MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 18

117. Teme pues, oh hija mía, este atrevido peligro, llórale en tantos hijos de la Iglesia, pide al Señor el remedio y con la doctrina que te doy hazte digna de conocer y ponderar profundamente este misterio de amor; y cuando llegas a recibirle, sacude y limpia de tu entendimiento toda especie de cosa terrena, a ninguna atiendas fuera de que vas a recibir al mismo Dios infinito e incomprensible. Extiéndete sobre tus fuerzas en el amor, en la humildad y en el agradecimiento, pues todo será menos de lo que debes y de lo que pide tan venerable misterio. Y para disponerte mejor, será tu dechado y espejo lo que yo hacía en esta ocasiones, en que especialmente quiero me imites interiormente, como lo haces en las tres humillaciones corporales. Y si con el afecto que tienes sintieras gran dolor si vieras hollar el sagrado cuerpo y sangre y que alguno lo pisaba con desprecio y por ignominia, lo mismo debes sentir con amargura y llanto sabiendo cómo le tratan hoy tantos hijos de la Iglesia con irreverencia y sin algún temor ni decoro. Llora, pues, esta desdicha y llora porque hay pocos que la lloren y llora porque se frustran los fines tan pretendidos con el inmenso amor de mi Hijo santísimo. Y para que llores más te hago saber, que como en la primitiva Iglesia eran tantos los que se salvaban ahora lo son los que se condenan. Que no te declaro en esto lo que sucede cada día, porque si lo entendieras y tienes caridad verdadera murieras de dolor. Y este daño sucede porque los hijos de la fe siguen las tinieblas, aman la vanidad, codician las riquezas y casi todos apetecen el deleite sensible y engañoso, el cual ciega y oscurece el entendimiento y le pone densas tinieblas, con que no conoce la luz ni sabe hacer distinción entre lo malo y lo bueno, ni penetrar la verdad y doctrina evangélica.

CAPITULO 8

Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunión para otra y el modo de sus operaciones después que descendió del cielo a la Iglesia.

118. Hasta ahora he tocado arriba este beneficio muy de paso (Cf. supra n. 19, 32), reservando su mayor declaración para su lugar, que es éste, para que tan grande maravilla del Señor en favor de su Madre amantísima no quede en esta Historia sin la inteligencia que puede desear nuestra piedad. Aflígeme mi propia cortedad para explicarme, porque no sólo ignoro infinito más que entiendo, pero esto que conozco lo declaro con recelo y menos satisfacción de mis términos y razones menos comprensivas de mi concepto. Con todo eso, no me atrevo a dejar en silencio los beneficios que nuestra gran Reina recibió de la poderosa diestra de su Hijo santísimo después que desde ella descendió al gobierno de su Iglesia, porque si antes fueron grandiosos e inefables, desde entonces crecieron con hermosa variedad, en que se manifestó ser infinito el poder que los hacía y como inmensa la capacidad de esta única y escogida entre todas las criaturas que los recibía.

119. En este raro y prodigioso beneficio, que las especies sacramentales con el Sagrado Cuerpo se conservasen siempre en el pecho de María santísima, no se ha de buscar otra causa fuera de la que tuvieron los otros favores en que únicamente se señaló Dios con esta gran Señora, que es su voluntad santa y su sabiduría infinita, con que obra siempre en medida y peso todo lo que conviene (Sab 11, 21). Y para la prudencia y piedad cristiana bastaba por razón saber que sola a esta pura criatura tuvo Dios por Madre natural y que sola ella fue digna de serlo entre todas las criaturas. Y como esta maravilla fue sola y sin ejemplo, sería torpe ignorancia buscar ejemplares para persuadirnos que hizo el Señor

con su Madre lo que no hizo ni hará con otras almas, pues sola María sale y se levanta sobre el orden común de todas. Mas aunque todo esto es verdad, quiere el Altísimo que con la luz de la fe y con otras ilustraciones alcancemos las razones de conveniencia y equidad con que su brazo poderoso obró estas maravillas con su dignísima Madre, para que en tales maravillas le conozcamos y alabemos en ella y por ella y entendamos cuán segura tenemos toda nuestra esperanza y nuestras suertes en manos de tan poderosa Reina, en quien depositó su Hijo toda la fuerza de su amor. Y conforme a estas verdades diré lo que se me ha dado a entender del misterio que voy hablando.

120. Vivió María santísima treinta y tres años en compañía de su Hijo y Dios verdadero y desde la hora que Su Majestad nació de su virginal vientre nunca le dejó hasta la cruz. Crióle, sirvióle, acompañóle, siguióle e imitóle, obrando en todo y siempre como Madre, como Hija, como Esposa, como sierva fidelísima y amiga, y gozando de su vista, de su conversación, de su doctrina y de los favores que con todos estos méritos y obsequios recibió en la vida mortal. Ascendió Cristo a los cielos, y la fuerza del amor y de la razón le obligaron a llevar consigo a su amantísima Madre para no estar allí sin ella ni ella en el mundo sin su presencia y compañía. Pero la caridad ardentísima que entrambos tenían a los hombres rompió en algún modo posible este lazo y unión, obligándola a nuestra amorosa Madre que volviese al mundo para fundar la Iglesia y al Hijo que la enviase y consintiese en la ausencia que se interponía entre los dos por este tiempo. Pero, siendo todopoderoso el Hijo de Dios para recompensarle esta privación a su querida en algún modo posible, venía a ser deuda del amor el hacerlo y no quedara tan acreditado ni fuera tan manifiesto si negara a su Madre purísima el favor de acompañarla en la tierra cuando Él se quedaba glorioso

en la diestra de su Eterno Padre. Fuera de esto, el amor ardentísimo de la beatísima Madre, acostumbrado y criado con la presencia de su Hijo purísimo, viviera con una intolerable violencia, si tantos años no le tuviera presente en el modo que podía estando en la Iglesia Santa.

121. A todo esto satisfacía Cristo nuestro Salvador, como lo hizo, estando siempre sacramentado en el corazón de su felicísima Madre mientras vivió en la Iglesia y Su Majestad en el cielo. Y en algún modo con esta sacramental presencia la recompensó con abundancia la que tenía cuando vivía en el mundo con la dulcísima Madre, porque entonces muchas veces se le ausentaba para salir a las obras de la Redención y en estas ocasiones la afligían los recelos o temores de los trabajos de su Hijo santísimo, o si volvería o se quedaría fuera de su compañía, y cuando la tenía no podía olvidar la pasión y muerte de cruz que le esperaba. Y este dolor templaba a tiempos el gozo de tenerle y conversarle. Pero cuando ya estaba a la diestra del Eterno Padre, pasada la tormenta de la pasión, y aquel mismo Señor e Hijo suyo estaba sacramentado en su virginal pecho, entonces gozaba de su vista la divina Madre sin recelos ni zozobras. Y en el Hijo tenía presente a toda la Beatísima Trinidad por aquel modo de visión que arriba dije (Cf. supra n. 32). Entonces se cumplía y ejecutaba a la letra lo que dijo esta gran Reina en los Cantares (Cant 3, 4; 8, 2): Téngole y no le soltaré, yo le tendré y no le dejaré hasta traerle a casa de mi madre la Iglesia. Allí le daré a beber del adobado vino y del mosto de mis granadas.

122. Desempeñóse también el Señor con este beneficio de su Madre santísima en la promesa hecha a su Iglesia en los Apóstoles, que estaría con ellos hasta el fin del siglo (Mt 28, 20), cumpliendo esta palabra desde la hora

que se la dio para subirse a los cielos, tan anticipadamente que ya estaba entonces sacramentado en el pecho de su Madre, como dije en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1505). Y no se hubiera cumplido desde entonces si no estuviera en la Iglesia por este nuevo milagro, porque en aquellos primeros años no tuvieron los Apóstoles templo, ni disposición para guardar continuamente la Eucaristía Sagrada y así la consumían toda el día que celebraban. Y sola María santísima fue el templo y el sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento, para que no faltase de la Iglesia el Verbo humanado por ningún instante de tiempo, después que subió a los cielos hasta el fin del mundo. Y aunque no estaba allí para uso de los fieles, pero estaba para su provecho y para otros fines muy gloriosos, porque la gran Reina del cielo oraba y pedía por todos los fieles en el templo de sí misma. Adoraba a Cristo sacramentado en la Iglesia en nombre de toda ella y, mediante esta Señora y la presencia que en ella tenía, estaba presente y unido por aquel modo al cuerpo místico de los fieles. Y sobre todo hizo esta gran Señora y Madre más feliz aquel siglo con tener sacramentado en su pecho a su Hijo y Dios verdadero, que estando como ahora en otras custodias y sagrarios, porque en el de María santísima siempre fue adorado con suma reverencia y culto, nunca fue ofendido como lo es ahora en los templos, tuvo en María con plenitud las delicias que deseó por eternos siglos con los hijos de los hombres y, ordenándose a este fin la asistencia perpetua de Cristo en su Iglesia, no la conseguía Su Majestad tan adecuadamente como estando sacramentado en el corazón de su purísima Madre. Ella era la esfera más legítima del divino amor y como el elemento propio y el centro en que descansaba, y todas las criaturas, fuera de María santísima, eran en su comparación como extrañas y en ellas no tenía su lugar ni esfera aquel incendio de la divinidad que siempre arde en infinita caridad.

123. Y por las inteligencias que de este misterio he tenido me atrevo a decir, del amor con que Cristo nuestro Salvador estimaba a su Madre santísima y de lo que ella le obligaba, que si no la acompañara siempre estando con ella debajo las especies consagradas volviera el mismo Hijo de la diestra de su Padre al mundo para hacerla compañía el tiempo que vivió la Madre en la Iglesia (Cf. infra n. 680). Y si para esto fuera necesario que las moradas de los cielos y sus cortesanos carecieran de la asistencia y presencia de la humanidad santísima por aquel tiempo, estimara esto en menos que faltar a la compañía de su Madre. Y no es encarecimiento decir esto, cuando todos hemos de confesar que en María purísima hallaba el Señor una correspondencia y linaje de amor más semejante al de su voluntad que en todos los bienaventurados juntos, y con otro amor correspondiente le amaba Su Majestad a ella más que a todos. Si el pastor de la parabola evangélica dejó noventa y nueve ovejas para ir a buscar una sola que le faltaba, y no diremos que dejó lo más por lo menos, no hiciera novedad en el cielo que este divino Pastor Jesús dejara en él a todo el resto de los santos para descender a estar en compañía de aquella candidísima oveja, que le vistió de su misma naturaleza, le crió y alimentó con ella. Sin duda que los ojos de esta amada Esposa y Madre le obligaran a volar de las alturas y venir a la tierra, a donde antes había venido para remedio de los hijos de Adán menos obligado o, para decirlo mejor, desobligado de sus pecados y a padecer por ellos; y si descendiera a vivir con su amantísima Madre, no fuera para padecer y morir, mas para recibir el gozo de tenerla consigo. Pero no fue necesario para esto desamparar el cielo, pues bajando sacramentado satisfacía a su amor y al de la felicísima Madre, en cuyo corazón como en su lecho descansaba este verdadero Salomón (Cant 3, 7), sin dejar la diestra de su Eterno Padre.

124. El modo con que obraba el Altísimo este milagro era así: En recibiendo María santísima las especies sacramentales se retiraban del lugar común del estómago donde se cuece y actúa el natural alimento, para que con el poco que alguna vez comía la gran Señora no se confundiesen ni mezclasen ni se gastasen con él. Y retirado el santísimo Sacramento del lugar del estómago se ponía en el mismo corazón de María, como en retorno de la sangre que dio en la encarnación del Verbo para que de ella se formase aquella humanidad santísima con quien se unió hipostáticamente, como declaré en la segunda parte (Cf. supra p.II n. 137). La comunión de la Eucaristía Sagrada se llama extensión de la Encarnación, y así era justo que participase esta extensión con otro nuevo y particular modo la feliz Madre que también con modo milagroso y singular concurrió a la misma Encarnación del Verbo eterno.

125. El calor del corazón en los vivientes perfectos es muy grande y en el hombre no será menor por su mayor excelencia y nobleza en el ser y en las operaciones y larga vida, y la providencia de la naturaleza le encamina algún aire o ventilación con que se refrigere y temple aquel ardor innato que es la raíz del que tiene todo animal. Y con ser esto así, y que en la generosa complexión de nuestra Reina el calor de su corazón era intenso y le aumentaban los afectos y operaciones de su inflamado amor, con todo eso no se alteraban ni consumían las especies sacramentales pegadas a su corazón. Y aunque para conservarlas era menester multiplicar milagros, no se han de escasear en esta única criatura, que toda era un prodigio de milagros que en ella estaban epilogados. Este favor comenzó de la primera comunión que recibió en la cena, como en su lugar se ha dicho (Cf. supra p. II n. 1297), y para continuarle se conservaron aquellas primeras especies hasta la segunda comunión que recibió de mano de San

Pedro el día octavo de Pentecostés (Cf. supra n. 112). Y entonces sucedió que, en recibiendo de nuevo las especies, al tiempo de pasarlas se consumieron las antiguas que tenía en el corazón y en su lugar entraron en él las nuevas especies que recibió. Y con este orden milagroso, desde aquel día hasta la última hora de su vida santísima fueron sucediendo unas especies sacramentales a otras en su pecho, sin que jamás faltase de él su Hijo y Dios verdadero sacramentado.

126. Con este beneficio y el que arriba dije (Cf. supra n. 23), de la visión continua y abstractiva de la divinidad, quedó María santísima tan divinizada y sus operaciones y potencias tan elevadas sobre todo humano pensamiento, que será imposible comprenderlo en esta vida mortal, ni tener de ella el concepto proporcionado que hacemos de otras cosas, ni yo hallo términos para declarar lo poco que se me ha manifestado. En el uso de los sentidos corporales, después que descendió del cielo, quedó toda renovada y mudada para el ejercicio que en ellos tenía; porque por una parte estaba ausente de su Hijo santísimo, en quien los empleaba dignamente cuando le comunicaba con ellos, y por otra le sentía y entendía como le tenía en su pecho, a donde le tiraba y recogía toda la atención. Y desde aquel día que descendió del cielo hizo nuevo pacto con sus ojos y tuvo nuevo imperio y dominio para no admitir las especies ordinarias que entran por ellos, de las cosas terrenas y visibles, más de en lo que fuese preciso para gobernar los hijos de la Iglesia y para entender en esto lo que debía obrar y disponer. No se valía de estas especies ni era necesario usar de ellas para discurrir ni convertirse a la oficina interior, donde se depositan en los demás para servir a la memoria y al entendimiento, porque todo esto lo hacía con otras especies infusas y con la ciencia que se le comunicaba con la visión abstractiva de la divinidad, al modo que los bienaventurados en Dios conocen y miran lo

que aquel espejo voluntario quiere manifestarles en sí mismo, o por otra visión o ciencia de las criaturas en sí mismas. A este modo entendía nuestra Reina todo lo que había de obrar de la voluntad divina en cualquiera de sus obras y no usaba de la vista para saber y aprender algo de esto, aunque miraba por dónde andaba y con quién trataba con una sencilla vista.

127. Del sentido del oído usaba algo más, porque era necesario para oír a los fieles y Apóstoles todo lo que le contaban del estado de las almas, de la Igesia, de sus necesidades y consuelo, a que era necesario responder, darles doctrina y consejo. Pero con tal dominio lo gobernaba, que por este sentido no entraban especies de sonido ni voz que disonase algo de la santidad y perfección altísima de su dignidad, o que no fuesen menester para el uso de la caridad de los prójimos. Del olfato no usaba para percibir olor terreno ni de los comunes objetos de este sentido, pero sentía otro más celestial por intervención de los Ángeles que se le administraban, con grandes motivos de alabar al Criador. En el sentido del gusto tuvo también gran mudanza, porque conoció que después que estuvo en el cielo podía vivir sin alimento, aunque no se le mandó que no lo recibiese, dejándolo esto en su voluntad; y así comía pocas veces y muy poco, y esto era cuando San Pedro o San Juan Evangelista se lo pedían o para no causar admiración con no verla comer, de suerte que venía a hacerlo por obediencia o humildad, y entonces no percibía el gusto o sabor común del alimento, ni por este sentido los distinguía más que si comiera un cuerpo aparente o glorioso. El tacto era también a este modo, porque distinguía por él muy poco lo que tocaba, ni tuviera en esto sensible delectación, pero sentía el tacto de las especies sacramentales en el corazón, con admirable suavidad y júbilo, y a esto atendía de ordinario.

128. Todos estos favores en el uso de los sentidos se le concedieron a petición suya, porque los consagró todos y todas sus potencias de nuevo para la mayor gloria del Altísimo y para obrar con toda plenitud de virtud, santidad y perfección eminentísima. Y aunque por toda la vida, desde su Inmaculada Concepción, había cumplido con la deuda de fiel sierva y prudente dispensadora de la plenitud de su gracia y dones, como en todo el discurso de esta Historia se ha dicho, pero después que ascendió a los cielos con su Hijo fue mejorada en todos, y le concedió su omnipotencia nuevo modo de obrar, que si bien era de viadora, porque aún no gozaba de la visión beatífica como comprensora, pero sus operaciones en los sentidos tenían una participación y similitud con las de los santos glorificados en cuerpo y alma mayor que con las de los otros viadores. Y no se puede explicar con otro ejemplo el estado tan feliz, tan singular y divino en que quedó nuestra gran Reina y Señora cuando volvió a la Santa Iglesia.

129. A este modo de obrar con las potencias sensitivas correspondía la sabiduría y ciencia interior, porque conocía la voluntad y decretos del Altísimo en todo lo que debía y quería obrar, en qué tiempo, con qué modo, con qué orden y sazón se había de hacer cada obra, con qué palabras y circunstancias; de manera que en esto no le excedían los mismos Ángeles que nos asisten sin perder de vista al Señor, antes obraba su gran Reina las virtudes con tan alta sabiduría que les era admiración, porque conocían que ninguna otra pura criatura podía excederla ni llegar a aquel colmo de santidad y perfección con que obraba esta divina Señora. Una de las cosas que para ella fue de sumo gozo era la adoración y reverencia que daban los espíritus soberanos a su Hijo sacramentado en su pecho. Y esto mismo hicieron los santos en el cielo, cuando subió en compañía de su Hijo santísimo

llevándole juntamente encerrado en su corazón en las especies sacramentales, que para todos los bienaventurados era vista de nuevo gozo y alegría. Y el que recibía la gran Señora con la reverencia que le daban los Ángeles al santísimo sacramento en su pecho, resultaba de la ciencia que tenía para conocer la grosería y bajeza de los mortales en venerar el sagrado y consagrado cuerpo del Señor. Y en recompensa de esta falta que todos habíamos de cometer, ofrecía a Su Majestad el culto y reverencia que le daban los príncipes celestiales, que más dignamente conocían este misterio y le veneraban sin engaño ni descuido.

130. Algunas veces se le manifestaba el cuerpo de su Hijo altísimo glorioso dentro de sí misma, otras veces con la natural hermosura de su humanidad santísima, otras veces y casi continuamente conocía todos los milagros que contiene el augustísimo sacramento y misterio de la Eucaristía. De todas estas maravillas y otras muchas que no podemos entender en esta vida corruptible gozaba María santísima, unas veces manifestándosele en sí mismas, otras en la visión abstractiva de la divinidad, y como se le dieron especies de la divinidad se las dieron también de todas las cosas que había de obrar para consigo misma y con la Iglesia. Y lo que más era estimable para ella fue conocer el gozo y beneplácito de su Hijo santísimo en asistir sacramentado en su candidísimo corazón, que sin duda, por lo que se me ha dado a entender, era mayor que de estar en la compañía de los Santos. ¡Oh singular y única y prodigiosa obra del poder infinito! Tú sola fuiste cielo más agradable para tu Criador que lo pudo ser el supremo inanimado que hizo para su habitación. El que no cabe en aquellos espacios sin medida, se midió y encerró en ti sola y halló asiento y trono conveniente, no sólo en tu virginal vientre, pero en el espacio inmenso de tu capacidad y amor. Tú sola nunca estuviste sin ser cielo, ni Dios estuvo sin ti después

que te dio ser, y con plenitud de complacencia descansará en ti por todos los siglos de su eternidad interminable. Todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan y todas las criaturas te magnifiquen, y en ti alaben y conozcan a su verdadero Dios y Redentor, que por ti sola nos visitó y reparó de nuestra infeliz caída.

131. ¿Quién de los mortales ni de los mismos ángeles puede manifestar el incendio de amor que ardía en el purísimo corazón de esta gran Reina llena de sabiduría? ¿Quién podrá comprender cuánto fue el ímpetu del río de la divinidad que inundó y absorbió esta ciudad de Dios? ¿Qué afectos, qué movimientos, qué actos hacía de todas las virtudes y dones que recibió sin medida y tasa, obrando siempre con toda la fuerza de estas gracias sin igual? ¿Qué oraciones, qué peticiones hacía por la Santa Iglesia? ¿Qué caridad fue la suya con nosotros? ¿Qué bienes nos alcanzó y granjeó? Sólo el Autor de esta prodigiosa maravilla la conoce. Pero levantemos nosotros la esperanza, encendamos nuestra fe, avivemos el amor con esta piadosa Madre, solicitemos su intercesión y amparo, que nada le negará para nosotros el que siendo Hijo suyo y hermano nuestro hizo con ella tales demostraciones de amor como he dicho y más que diré adelante.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles María santísima.

132. Hija mía, de todo lo que hasta ahora te he manifestado de mi vida y de mis obras estás bien informada; como en pura criatura, fuera de mí no hay otro dechado ni original de donde puedas copiar la mayor santidad y perfección que deseas. Mas ahora has llegado a declarar el supremo estado de las virtudes que yo tuve en la vida mortal. Y con este beneficio te dejo

más obligada, para que renueves tus deseos y pongas toda la atención de tus potencias en la perfecta imitación de lo que te enseño. Tiempo es ya, carísima, y razón es que toda te entregues a mi voluntad en lo que de ti quiero. Y para que más te animes a conseguir este bien, te quiero advertir que cuando mi Hijo santísimo sacramentado entra en aquellos que le reciben con veneración y fervor, habiéndose preparado con todas sus fuerzas para recibirle con limpieza de corazón y sin tibieza, en estas almas, aunque se consuman las especies sacramentales, queda Su Majestad por otro especial modo de gracia con que las asiste, enriquece y gobierna en retorno del buen hospedaje que le hicieron. Pocas son las almas que alcanzan este favor, porque son muchas las que ignoran y llegan al Santísimo sin esta disposición y como acaso y por costumbre y sin prevenirse con la veneración y temor santo que debían. Pero estando tú avisada de este secreto, quiero que todos los días, pues todos le recibes por obediencia de tus prelados, vayas preparada dignamente para que no se te niegue este gran beneficio.

133. Para esto te has de valer de la atención y memoria de lo que has conocido que yo hacía, por donde has de regular tus deseos y fervor, veneración y amor, y todas las acciones con que debes preparar tu pecho, como templo y morada de tu Esposo y sumo Rey. Trabaja, pues, en recoger todas tus fuerzas al interior, y antes y después de recibirle atiende a la fidelidad de esposa que le debes guardar, y en particular has de poner candados a tus ojos y cerradura de circunstancia (Sal 140, 3) a todos tus sentidos, para que en el templo del Señor no entre otra imagen profana ni peregrina. Guárdate toda pura y limpia de corazón, porque en el que está impuro y ocupado no puede entrar la plenitud de la divina luz y sabiduría (Sab 1, 4). Y todo lo conocerás a la vista de la que Dios te ha dado, si atiendes a ella sola con toda

rectitud de tu intención. Y supuesto que no puedes excusar en todo el trato de las criaturas, conviénete que tengas gran imperio sobre tus sentidos y que por ellos no admitas especies de cosa alguna sensible que no te pueda ayudar para obrar lo más santo y puro de las virtudes. Separa lo precioso de lo vil (Jer 15, 19) y la verdad del engaño. Y para que en esto me imites con perfección, quiero que desde ahora adviertas con la elección que debes obrar en todas las cosas grandes o pequeñas, para que no las yerres pervirtiendo el orden de la razón y de la luz divina.

134. Considera, pues, con atención el engaño común de los mortales y los lamentables daños que padecen, porque en las determinaciones de la voluntad de ordinario se mueven por sólo lo que perciben por los sentidos de todos sus objetos y eligen luego lo que han de hacer sin otra consulta ni atención. Y como lo sensible mueve luego a las pasiones e inclinaciones animales, es forzoso que las operaciones no se hagan con sano juicio de la razón, sino con el ímpetu de las pasiones, excitadas por los sentidos y por sus objetos. Por esto se inclina luego a la venganza el que consulta la injuria sólo con el dolor que causó, por esto se determina a la injusticia el que sigue sólo el apetito de la cosa ajena que miró y a este modo obran tantos y tan infelices cuantos son los que siguen la concupiscencia de los ojos, los afectos de la carne y la soberbia de la vida, que son lo que les ofrecen el mundo y el demonio, porque no tienen otra cosa que darles (1 Jn 2, 16). Y con este inadvertido engaño siguen las tinieblas por luz, lo amargo por dulce, el mortal veneno por medicina de sus pasiones y la ciega ignorancia por sabiduría, siendo como es diabólica y terrena. Pero tú, hija mía, guárdate de este pernicioso error, y nunca te determines ni gobiernes en cosa alguna sólo por lo sensible y por sus sentidos, ni por las conveniencias que por ellos se te representan. Consulta

tus acciones, lo primero con la conciencia y luz interior que Dios te ha comunicado, para que no obres a ciegas, y te la dará siempre para esto. Y luego busca el consejo de tu prelado y maestro, si le puedes tener antes de elegir lo que hubieres de hacer. Y si te faltare prelado y superior, pide consejo a otro inferior, que también esto es más seguro que obrar con voluntad propia, a quien pueden turbar las pasiones y oscurecerla. Y este orden has de guardar en las obras, especialmente exteriores, procediendo en ello con recato y con secreto y conforme lo pidieren las ocasiones y caridad del prójimo que se te ofrecieren, en que es menester no perder el norte de la luz interior en el profundo golfo y navegación del trato con criaturas, donde hay siempre peligro de perecer.

CAPITULO 9

Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir a la Iglesia y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo a los fieles.

135. En lo supremo de la gracia y santidad posible a pura criatura estaba la gran Señora del mundo, mirando con los ojos de su divina ciencia la pequeña grey de la Iglesia que cada día se iba multiplicando. Y como vigilantísima Madre y Pastora, del alto monte en que la colocó la diestra de su Hijo omnipotente oteaba y reconocía si a las ovejuelas de su rebaño las sobrevenía algún peligro y asechanza de los lobos carniceros e infernales, cuyo odio le era manifiesto contra los nuevos hijos del Evangelio. Con este desvelo de la Madre de la luz estaba guarnecida aquella familia santa que la piadosa Reina había reconocido por suya y la estimaba como herencia y parte de su Hijo santísimo escogida de todo el resto de los mortales y electa del Altísimo. Y por algunos días caminó prósperamente la navecilla de la nueva Iglesia, gobernada por la divina Maestra, así con los consejos

que la daba, con la doctrina y advertencias que la enseñaba, como con las oraciones y peticiones que incesantemente ofrecía por ella sin perder ocasión ni punto en atender a todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los Apóstoles y de los otros fieles.

136. Pocos días después de la venida del Espíritu Santo, repitiendo estas peticiones, dijo al Señor: Hijo mío y verdadero Dios de amor, conozco, Señor mío, que la pequeña grey de Vuestra Santa Iglesia, de quien me habéis hecho madre y defensora, no vale menos que el infinito precio de vuestra vida y sangre, con que la habéis redimido del poder de las tinieblas; razón será que yo también os ofrezca mi vida y todo lo que soy, para conservación y aumento de lo que tanta estimación tiene en Vuestra santa voluntad. Pues muera yo, Dios mío, si necesario es, para que Vuestro nombre sea engrandecido y Vuestra gloria dilatada por todo el mundo. Recibid, Hijo mío, el sacrificio de mis labios y voluntad, que con Vuestros propios méritos ofrezco. Atended piadoso a Vuestros fieles, encaminad a los que sólo en Vos esperan y se entregan a vuestra santa fe. Gobernad a vuestro vicario Pedro, para que él gobierne con acierto las ovejas que le habéis encomendado. Guardad a todos los Apóstoles, Vuestros ministros y mis señores, prevenidlos a todos con la bendición de Vuestra dulzura, para que todos ejecutemos Vuestra voluntad perfecta y santa.

137. Respondió el Altísimo a estas peticiones de nuestra Reina y díjola: Esposa y amiga mía, escogida entre las criaturas para la plenitud de mi agrado, atento estoy a tus deseos y peticiones. Pero ya sabes que mi Iglesia ha de seguir mis pasos y doctrina, imitándome por el camino del padecer y de mi cruz, con quien se han de abrazar mis Apóstoles y discípulos y todos mis íntimos amigos y seguidores, pues no lo pueden ser sin esta condición de trabajar y padecer. También es necesario que la nave de

mi Iglesia lleve lastre de persecuciones, con que vaya segura entre la prosperidad del mundo y sus peligros. Y así lo pide mi altísima Providencia con los fieles y predestinados. Atiende, pues, y mira el orden con que esto se debe disponer.

138. Luego se le manifestó una visión donde la gran Reina vio a Lucifer y mucha multitud de demonios que seguían y se levantaban de las cavernas infernales, donde habían estado oprimidos desde que fueron vencidos y arrojados del monte Calvario, como en su lugar queda dicho (Cf. supra p. II n. 1421). Vio que este Dragón con siete cabezas subía como por el mar, siguiéndole los demás, y aunque en las fuerzas salía muy debilitado, de la manera que se halla el convaleciente después de una larga enfermedad y grave que no puede casi tenerse, con todo eso, en la soberbia y enojo salía con implacable indignación y arrogancia, que en esta ocasión se conocían ser mayores que su fortaleza, como lo dijo antes Santo Profeta Mayor Isaías (Is 16, 6); porque de una parte manifestaba el quebranto que en él había causado la victoria de nuestro Salvador y el triunfo que de él alcanzó en la Cruz, y por otra descubría un volcán de indignación y furor que ardía en su pecho contra la Iglesia Santa y sus hijos. En saliendo sobre la tierra, la rodeó y reconoció toda, y luego se encaminó a Jerusalén para estrenar allí su rabiosa indignación en las ovejas de Cristo. Y comenzó de lejos a reconocerlas, acechando y circunvalando aquel humilde pero formidable rebaño para su arrogante malicia.

139. Y cuando el Dragón conoció los muchos que se habían reducido a la santa fe y cada hora iban recibiendo el sagrado bautismo, que los Apóstoles predicaban y obraban tantas maravillas en beneficio de las almas, que los convertidos renunciaban las riquezas y las aborrecían, y todos los principios de santidad tan

invencible con que se fundaba la nueva Iglesia, con esta novedad creció el furor que tenía y daba formidables bramidos reconcentrándose en su misma malicia. Y como enfureciéndose contra sí por lo poco que podía contra Dios y para beberse las aguas puras del Río Jordán que deseaba (Job 40, 18), pretendía allegarse a la congregación de los fieles, y no podía porque estaban todos unidos en caridad perfecta. Y esta virtud, con las de la fe, esperanza y humildad, era un castillo incontrastable para el Dragón y sus ministros de maldad. Rodeaba y acechaba para reconocer si alguna ovejuela del rebaño de Cristo se descuidaba para embestirla y devorarla. Buscaba muchos caminos y arbitrios para tentarlos y atraer alguno para que le diese mano y entrada por donde aportillar la fortaleza de las virtudes que en todos reconocía. Pero todo lo hallaba prevenido y pertrechado con la vigilancia de los Apóstoles y con la fuerza de la gracia, y mucho más con la protección de María santísima.

140. Pero cuando la gran Madre conoció y vio a Lucifer con tanto ejército de demonios y la maliciosa indignación con que se levantaba contra la Iglesia evangélica fue lastimado su piadoso corazón con una flecha de compasión y dolor, como quien conocía por una parte la flaqueza y la ignorancia de los hombres y por otra la maliciosa astucia y furor de la antigua serpiente. Y para detener y enfrenar su soberbia, se convirtió María santísima contra ella y le dijo: ¿Quién como Dios, que habita en las alturas (Sal 112, 5)? ¡Oh estulto y desvanecido enemigo del Omnipotente! El mismo que te venció desde la Cruz y quebrantó tu arrogancia, redimiendo al linaje humano de tu cruel tiranía, te mande ahora, su potencia te aniquile y su sabiduría te confunda y te arroje a lo profundo. Y yo en su nombre lo hago, para que no puedas impedir la exaltación y gloria que como a Dios y Redentor le deben dar todos los hombres.—Luego

continuó sus peticiones la piadosa Madre, y hablando con el Señor le dijo: Altísimo Dios y Padre mío, si la omnipotencia de Vuestro brazo no detiene y quebranta el furor que veo en el Dragón infernal y en sus demonios, sin duda perderá y destruirá a todo el orbe de la tierra en sus moradores. Dios de misericordia y clemencia sois para Vuestras criaturas; no permitáis, Señor, que esta serpiente venenosa derrame su ponzoña sobre las almas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero, Vuestro Hijo y Dios verdadero. ¿Es posible que puedan ellas mismas entregarse a tan cruenta bestia y mortal enemigo? ¿Cómo sosegará mi corazón, si veo caer en tan lamentable desdicha alguna de las almas que les ha tocado el fruto de esta sangre? ¡Oh si contra mí sola se convirtiera la ira de este dragón y fueran salvos vuestros redimidos! Yo, Señor eterno, pelearé Vuestras batallas contra Vuestros enemigos. Vestidme de Vuestra fortaleza para que los humille y quebrante su altiva soberbia.

141. En virtud de esta oración y resistencia de la poderosa Reina se acobardó grandemente Lucifer y no se atrevió entonces a llegar a nadie del colegio santo de los fieles. Pero no descansó por esto su furor, antes tomó por arbitrio valerse de los escribas y fariseos y todos los judíos que reconoció constantes en su obstinación. Fuese a ellos y por medio de muchas sugestiones los llenó de envidia y de odio contra los Apóstoles y fieles de la Iglesia, y la persecución que no pudo intentar por sí mismo la consiguió por medio de los incrédulos. Púsoles en la imaginación que de la predicación de los Apóstoles y discípulos les resultaba el mismo daño y mayor que de la de su Maestro Jesús Nazareno cuyo nombre querían introducir y celebrar a vista suya, que le habían crucificado por malhechor, que redundaba esto en gran deshonra suya y que siendo tantos los discípulos y con tantos milagros como hacían en el pueblo se le llevarían todo tras de sí y los maestros y sabios de la ley serían

despreciados y no cogerían las ganancias que solían, porque los nuevos discípulos y creyentes todo lo daban a los nuevos predicadores a quien seguían, y que este daño para los antiguos maestros comenzaba a correr muy aprisa, con los muchos que ya seguían a los Apóstoles.

142. Estos consejos de maldad eran muy ajustados a la ciega codicia y ambición, y así los admitieron por muy sanos y conformes a sus deseos. Y de aquí resultó que los fariseos, saduceos, magistrados y sacerdotes hicieron tantas juntas y cabildos contra los Apóstoles, como refiere San Lucas en sus Actos (Act 4, 5). La primera fue cuando San Pedro y San Juan Evangelista en la puerta del templo dieron salud a un paralítico *a nativitate,* que tenía cuarenta años de edad y era conocido en toda Jerusalén. Y como este milagro fue tan patente y admirable, se juntó la ciudad en gran multitud, estando todos asombrados y como fuera de sí. Y San Pedro les hizo un gran sermón, probando cómo no se podían salvar en otro nombre fuera de Jesús, en cuya virtud él y San Juan habían curado aquel paralítico de tantos años. Por este milagro se juntaron al otro día los sacerdotes y llamaron a los dos Apóstoles para que pareciesen en juicio ante los sacerdotes. Pero como el milagro era tan notorio y el pueblo glorificaba a Dios en él, halláronse tan confusos los inicuos jueces, que no se atrevieron a castigar a los dos Apóstoles, aunque les mandaron no predicasen ni enseñasen más al pueblo en el nombre de Jesús Nazareno. Pero San Pedro con invicto corazón les replicó que no podían obedecerlos en aquel mandato, porque Dios les mandaba lo contrario y no era justo desobedecer a Dios para obedecer a los hombres. Y con esta amenaza dejaron libres por entonces a los dos Apóstoles, que luego volvieron a dar cuenta a la Reina santísima de lo que les había pasado, aunque ella lo sabía todo, porque en visión lo había conocido. Y luego se pusieron en

altísima oración y estando en ella sobrevino otra vez el Espíritu Santo sobre todos con señales visibles.

143. En pocos días sucedió el milagroso castigo de Ananías y su mujer Safira, que tentados de la codicia pretendieron engañar a San Pedro, llevándole parte del precio en que habían vendido una heredad y ocultando otra parte y mintiendo al Apóstol. Poco antes Bernabé, que también se llamaba José, levita y natural de Chipre, había vendido otra heredad y llevado todo el precio a los Apóstoles. Y para que se conociera que todos debían obrar con esta verdad, fueron castigados Ananías y Safira, quedando muertos el uno tras del otro a los pies de San Pedro. Y con este milagro tan espantoso se atemorizaron todos en Jerusalén y los Apóstoles predicaban con mayor libertad. Pero los magistrados y saduceos se indignaron contra ellos y los prendieron y llevaron a la cárcel pública, donde estuvieron poco tiempo, porque la gran Reina los libró de ella, como diré luego (Cf. infra n. 148-150).

144. Pero no quiero dejar en silencio el secreto qué intervino en la caída de Ananías y Safira su mujer. Sucedió que cuando la gran Señora del cielo conoció que Lucifer y sus demonios provocaban a los sacerdotes y magistrados para que impidiesen la predicación de los Apóstoles, y que por estas sugestiones habían llamado a juicio a San Pedro y a San Juan Evangelista después del milagro del paralítico y les mandaron que no predicasen en el nombre de Jesús, y considerando la piadosa Madre el impedimento que resultaba a la conversión de las almas si esta malicia no se atajaba, se convirtió de nuevo contra el Dragón como al Señor lo había ofrecido y tomando la causa por suya con mayor valor que Judit la de Israel habló con este cruel tirano y le dijo: Enemigo del Altísimo, ¿cómo te atreves y te puedes levantar contra sus criaturas, cuando en virtud de la pasión y

muerte de mi Hijo y verdadero Dios has quedado vencido y oprimido y despojado de tu tirano imperio? ¿Qué puedes tú, oh basilisco venenoso, atado y encarcelado en las penas infernales por toda la eternidad del Altísimo? ¿No sabes que estás sujeto a su poder infinito y no puedes resistir a su voluntad invencible? Pues él te manda, y yo en su nombre v potestad te mando, que luego desciendas con los tuyos al profundo de donde saliste a perseguir los hijos de la Iglesia.

145. No pudo resistir el Dragón infernal a este imperio de la poderosa Reina, porque su Hijo santísimo para mayor terror de los demonios dio permiso que todos le conocieran sacramentado en el pecho de la invencible Madre, como en trono de su omnipotencia y majestad. Esto mismo sucedió en otras ocasiones en que María santísima confundía a Lucifer, de que diré adelante (Cf. infra n. 490). Y en ésta que digo se arrojó a los profundos con todas sus legiones que le acompañaban y todos cayeron por entonces arruinados y oprimidos de la virtud divina que sentían en aquella mujer singular. Estuvieron algún tiempo los demonios en el profundo aterrados y dando espantosos aullidos, enfureciéndose consigo mismos por su desdichada suerte en que no podían dejar de ser, y porque desesperaban de vencer a la poderosa Reina y a todos los que ella recibiese debajo de su amparo. Con este furioso despecho habló Lucifer a sus demonios y confiriéndolo con ellos les dijo: ¡Qué desdicha es ésta en que me veo! Decidme, ¿qué haré contra esta mi enemiga, que así me atormenta y me arroja? Sola ella me hace mayor guerra que todo el resto de las criaturas juntas. ¿Si la dejaré sin perseguirla, porque no acabe de destruirme? Siempre salgo vencido de sus batallas y ella victoriosa. Y reconozco que siempre disminuye mis fuerzas y poco a poco acabará de aniquilarlas y nada podré hacer contra los seguidores de su Hijo. Pero ¿cómo he de sufrir tan injusto agravio? ¿A dónde está mi altivo

poder? ¿Hele de sujetar a una mujer de condición y naturaleza tan inferior y vil en mi comparación? Mas no me atrevo ahora a pelear con ella. Procuremos derribar alguno de sus hijos que siguen su doctrina y con esto se aliviará mi confusión y quedaré satisfecho.

146. Dio permiso el Señor para que el Dragón y los suyos volviesen a tentar a los fieles y ejercitarlos. Y llegando a reconocer el estado que tenían y la grandeza de sus virtudes con que estaban guarnecidos, no hallaban entrada ni podían reducir algunos a las insanias y falsas ilusiones que les ofrecían. Pero reconociendo los naturales e inclinaciones de todos, por donde —¡ay dolor!— nos hacen cruda guerra siempre, hallaron que Ananías y Safira su mujer eran más inclinados al dinero y siempre lo habían buscado con alguna avaricia. Por este costado en que los conoció el demonio más flacos les hizo la herida, arrojándoles a la imaginación que reservasen alguna parte del precio en que vendían una heredad para darlo a los Apóstoles, de quien habían recibido la fe y el bautismo. Dejáronse vencer de este vil engaño, porque era conforme a su baja inclinación, y pretendiendo engañar a San Pedro tuvo el Santo Apóstol revelación del pecado de los dos y castigólos con la repentina muerte que tuvieron a sus pies, primero Ananías y después Safira, que sin saber el suceso de su marido vino después de poco rato y, mintiendo como él, expiró también en presencia de los Apóstoles.

147. Desde el primer intento de Lucifer, tuvo noticia nuestra Reina de lo que iba tramando y cómo Ananías y Safira admitían sus dañadas sugestiones, y llena de compasión y dolor la piadosa Madre se postró en la divina presencia y con íntimo clamor dijo: ¡Ay de mí, Hijo y Señor mío! ¿Cómo este Dragón sangriento hace presa en estas simples ovejuelas de Vuestro rebaño? ¿Cómo, Dios mío, sufrirá mi corazón ver que toque el contagio de

la codicia y mentira en las almas que han costado vida y sangre Vuestra? Si este cruelísimo enemigo se entrega en ellas sin escarmiento, correrá el daño con el ejemplo del pecado y la flaqueza de los hombres, y unos seguirán a otros en la caída. Yo, bien mío, perderé la vida en esta pena, por haber conocido lo que pesa el pecado en Vuestra justicia, y más el de los hijos que el de los extraños. Remediad, pues, amado mío, este daño como me le habéis dado a conocer.—Respondióla el Señor: Madre mía y escogida, no se aflija vuestro corazón, donde yo vivo, que yo sacaré para mi Iglesia muchos bienes de este mal, que para este fin ha permitido mi Providencia. Con el castigo que haré de estas culpas dejaré avisados a los demás fieles para que teman con el ejemplo que queda en la Iglesia y en lo futuro se guarden del engaño y de la codicia del dinero, pues amenaza el mismo castigo, o mi indignación, a quien cometiere el mismo pecado, porque mi justicia siempre es una misma contra los rebeldes a mi voluntad, como lo enseña mi Ley Santa.

148. Con esta respuesta del Señor se consoló María santísima, aunque se compadeció mucho del castigo que tomó la divina venganza de aquellos dos engañados, Ananías y Safira. En el ínterin que todo esto sucedía, hizo altísimas oraciones por los demás fieles para que no fuesen engañados del demonio, y de nuevo se volvió contra él, le aterró y arrojó, para que no irritase a los judíos contra los Apóstoles, y en virtud de esta fuerza con que los detenía gozaban de tanta paz y tranquilidad los hijos de la primitiva Iglesia. Y siempre se hubiera continuado aquella felicidad y amparo de su gran Reina y Señora, si no le hubieran despreciado los hombres, entregándose a los mismos engaños, y a otros peores, como lo hicieron Ananías y Safira. ¡Oh si temiesen los fieles aquel ejemplo e imitasen el de los Apóstoles! Sucedió que de la prisión donde arriba dije (Cf. supra n.

143) que los metieron, invocaron el favor divino y el de su Reina y Madre verdadera, y cuando Su Alteza conoció por la divina luz que estaban presos, postrada en cruz ante el acatamiento divino hizo por ellos esta oración:

149. Altísimo Señor mío, Criador del universo, de todo mi corazón me sujeto a Vuestra divina voluntad y reconozco, Dios mío, que así conviene, como Vuestra sabiduría infinita lo dispone y ordena, que los discípulos sigan a su maestro, que sois Vos, verdadera luz y guía de Vuestros escogidos; así lo confieso, Hijo mío, porque vinisteis al mundo en forma y hábito de humildad, para acreditarla y destruir la soberbia, para enseñar el camino de la cruz por la paciencia en los trabajos y deshonras de los hombres. Y conozco también que han de seguir esta doctrina y establecerla en la Iglesia Vuestros Apóstoles y discípulos. Pero si es posible, bien mío de mi alma, que por ahora tengan libertad y vida para fundar Vuestra Iglesia Santa y predicar al mundo Vuestro soberano nombre y reducirle a la verdadera fe, suplícoos. Señor mío, me deis licencia para que yo favorezca a Vuestro vicario Pedro, a mi hijo y Vuestro amado Juan y a todos los que por astucia de Lucifer están en prisiones. No se gloríe este enemigo de que ha triunfado ahora contra Vuestros siervos, ni levante su cabeza contra los demás hijos de la Iglesia. Quebrantad, Señor mío, su soberbia, y sea confuso en Vuestra presencia.

150. A esta petición la respondió el Altísimo: Esposa mía, hágase lo que tú quieres, que esto es mi voluntad. Envía a tus Ángeles para que destruyan las obras de Lucifer, que contigo está mi fortaleza.—-Con este beneplácito la gran Reina de los Ángeles despachó luego a uno de los de su guarda, que era de jerarquía muy superior, para que fuese a la cárcel donde estaban presos los Apóstoles y les quitase las prisiones y sacase libres de la cárcel. Y éste fue el Ángel que refiere San

Lucas en el capítulo 5 de los Hechos apostólicos (Act 5, 19), que de noche libró de la prisión a los Apóstoles como María santísima se lo ordenó, aunque el secreto de este milagro no lo declaró el Evangelista San Lucas. Pero los Apóstoles le vieron lleno de resplandor y hermosura, y les dijo cómo era enviado por su Reina para rescatarlos de la prisión, como lo hizo, y les mandó fuesen a predicar, como también sucedió. Tras de este Ángel despachó otros, para que fuesen a los magistrados y sacerdotes y apartasen de ellos a Lucifer y a sus demonios, que los turbaban e irritaban contra los Apóstoles, y para que les diesen inspiraciones santas, para que no se atreviesen a ofenderlos ni impedirles la predicación. Obedecieron también estos divinos espíritus y cumplieron tan bien con esta legacía, que de ella resultó lo que el mismo San Lucas dice en el capítulo citado de la plática que hizo en el consistorio aquel venerable doctor de la ley llamado Gamaliel (Act 5, 34). Porque hallándose confusos los demás jueces sobre lo que harían de los Apóstoles, a quienes habían puesto en la cárcel y estaban ya libres y predicando en el templo, sin saber por quién o dónde habían sido librados de la cárcel, entonces Gamaliel les dio por consejo a los sacerdotes que no se embarazasen con aquellos hombres, sino que los dejasen predicar, porque si aquella era obra de Dios no la podrían impedir y, si no lo era, ella se desvanecería luego, como en aquellos años había sucedido a otros dos falsos profetas que en Jerusalén y Palestina habían inventado nuevas sectas; el uno se llamaba Teodas y el otro Judas Galileo y entrambos perecieron con todos los de su séquito.

151. Este consejo de Gamaliel fue por inspiración de los Santos Ángeles de nuestra gran Reina, y también que los otros jueces le admitiesen, aunque mandaron a los Apóstoles que no predicasen más a Jesús Nazareno, porque a esto les movía su propia reputación e interés. Pero con algún castigo que dieron a los Apóstoles los

despidieron, porque los habían prendido otra vez, cuando desde la cárcel salieron a predicar por orden del Ángel que les dio libertad. De todos sus ejercicios y trabajos volvían luego los Apóstoles a dar cuenta a María santísima como a su Madre y Maestra, y la prudentísima Reina los recibía con maternal afecto y alegría de verlos tan constantes en el padecer y tan celosos de la salvación de las almas. Ahora —les decía --- me parecéis, señores míos, verdaderos imitadores y discípulos de Vuestro Maestro, cuando por su nombre padecéis afrentas y contumelias y con alegre corazón le ayudáis a llevar su cruz, cuando sois dignos ministros y cooperadores para que se logre el fruto de su sangre en los hombres, por cuya salvación la derramó. Su diestra poderosa os bendiga y os comunique su virtud divina.— Esto les decía puesta de rodillas y besándoles la mano, y luego los servía, como arriba se dijo (Cf. supra n. 92).

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles María santísima.

152. Hija mía, de lo que has entendido y escrito en este capítulo tienes importantes y muchas advertencias para tu salvación y de todos los fieles hijos de la Santa Iglesia. En primer lugar se debe ponderar la solicitud y desvelo con que yo cuidaba de la salvación eterna de todos los creyentes, sin omitir ni olvidar la menor de sus necesidades y peligros. Enseñábales la verdad, oraba incesantemente, animábalos en los trabajos, obligaba al Altísimo para que los asistiese, y sobre todo esto los defendía de los demonios y de sus engaños y furiosa indignación. Todos estos beneficios les hago ahora desde el cielo, y si no todos los experimentan, no es porque de mi parte no lo solicito, sino porque son muy contados los fieles que me llaman de todo corazón y los que se disponen para merecer y lograr el fruto de mi maternal amor. A todos defendería del Dragón, si todos me

invocasen y temiesen los engaños tan perniciosos con que los enreda y enlaza para su eterna condenación. Y para que despierten los mortales de este formidable peligro, les doy ahora este nuevo recuerdo. Te aseguro, hija mía, que todos los que se condenan después de la muerte de mi Hijo santísimo y de los favores y beneficios que por mi intercesión hace al mundo, tienen mayores tormentos en el infierno sobre los que se perdieron antes que viniera al mundo y yo estuviera en él. Y así los que desde ahora entendieren estos misterios y los despreciaren para su perdición, serán reos de mayores y nuevas penas.

153. Deben asimismo advertir la estimación en que han de tener sus propias almas, pues tanto hice yo y hago cada día por ellas, después de haberlas Redimido mi Hijo santísimo con su pasión y muerte. Este olvido en los hombres es muy reprensible y digno de tremendo castigo. ¿En qué razón o en qué juicio cabe, que por un momentáneo gusto de los sentidos, que al más largo plazo se acaba con la vida, y otras veces en un brevísimo tiempo, trabaje tanto un hombre que tiene fe? ¿Y de su alma, que es eterna, no haga más caso ni aprecio y la olvide tanto, como si con las cosas visibles se acabara y consumiera? No advierten que cuando todo perece, entonces comienza el alma a padecer o gozar lo que será eterno y sin fin. Conociendo tú esta verdad y la perversidad de los mortales, no te admires de que el Dragón infernal sea hoy tan poderoso contra los hombres, porque donde hay continua batalla, el que sale victorioso cobra las fuerzas que perdió el vencido. Y esto se verifica más en la cruel y continua lucha con los demonios, que si le vencen las almas quedan ellas fuertes y él queda debilitado, como sucedió cuando le venció mi Hijo y yo después. Pero si esta serpiente se reconoce victoriosa contra los hombres, entonces levanta la cabeza de su soberbia y convalece de su flaqueza cobrando nuevos bríos y mayor imperio, como le tiene hoy en el mundo,

porque los amadores de su vanidad se le han sujetado, siguiéndola debajo de su bandera y falsas fabulaciones. Con este daño ha dilatado el infierno su boca, y cuantos más engulle y traga es más insaciable su hambre, anhelando a sepultar en las cavernas infernales todo el resto de los hombres.

154. Teme, oh carísima, teme este peligro como lo conoces y vive en continuo desvelo para no abrir puerta en tu corazón a los engaños de esta cruentísima bestia. El escarmiento tienes en Ananías y Safira, que por haberles conocido la inclinación y codicia del dinero, entró el demonio en sus almas y los asaltó por aquel portillo. No quiero que tú apetezcas cosa alguna de la vida mortal, y de tal manera quiero que reprimas y extingas en ti todas las pasiones e inclinaciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíritus malignos puedan rastrear en ti con todo su desvelo algún movimiento desordenado de soberbia, codicia, vanidad, ira, ni otra pasión alguna. Esta es la ciencia de los santos y sin la que nadie vive seguro en carne mortal y por cuya ignorancia perecen innumerables almas. Apréndela tú con diligencia y enséñala a tus religiosas, para que cada una sea vigilante centinela de sí misma. Y con esto vivirán en paz y caridad verdadera y no fingida, y cada una y todas juntas, unidas en la quietud y tranquilidad del divino Espíritu y guarnecidas con el ejercicio de todas las virtudes, serán un castillo incontrastable para los enemigos. Acuérdate y hazles a la memoria a las religiosas el castigo de Ananías y Sefira y exhórtalas a que sean muy observantes de su regla y constituciones, que con esto merecerán mi protección y especialísimo amparo.

CAPITULO 10

Los favores que María santísima por medio de sus

Ángeles hacía a los Apóstoles, la salvación que alcanzó a una mujer en la hora de la muerte y otros sucesos de algunos que se condenaron.

155. Como la nueva ley de gracia se iba dilatando en Jerusalén, crecía cada día el número de los fieles y se aumentaba la nueva Iglesia del Evangelio, y al mismo paso crecía también la solicitud y atención de su gran Reina y Maestra María santísima con los nuevos hijos que los Apóstoles engendraban en Cristo nuestro Señor con su predicación. Y como ellos eran los fundamentos de la Iglesia, en quienes como en piedras firmísimas había de estribar la firmeza de este admirable edificio, por esto la prudentísima Madre y Señora cuidaba del Colegio Apostólico con especial vigilancia. Y toda esta divina atención se le aumentaba conociendo la indignación de Lucifer contra los seguidores de Cristo, y mayor contra los Sagrados Apóstoles como ministros de la salvación eterna de los otros fieles. Nunca será posible en esta vida decir ni alcanzar a conocer los oficios, los favores y beneficios que hizo a todo el cuerpo de la Iglesia y a cada uno de sus miembros místicos, en particular a los Apóstoles y discípulos, porque, según lo que se me ha dado a entender, no se pasó día ni hora en que no obrase con ellos alguna o muchas maravillas. Diré en este capítulo algunos sucesos que son de gran enseñanza para nosotros, por los secretos que contienen de la oculta providencia del Altísimo. Y de ellos se puede colegir cuál sería la vigilantísima caridad y celo de las almas que María santísima tenía con ellas.

156. A todos los Apóstoles amaba y servía con increíble afecto y veneración, así por su extremada santidad como por la dignidad de Sacerdotes y ministerio de fundadores y predicadores del Evangelio. Cuando estuvieron juntos en Jerusalén los servía, asistía, aconsejaba y gobernaba, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 89, 92, 102). Pero

con el aumento de la Iglesia fue necesario que luego comenzasen a salir de Jerusalén para bautizar y admitir a la fe a muchos que de los lugares circunvecinos se convertían; aunque luego volvían a la ciudad, porque de intento no se habían repartido ni despedido de Jerusalén, hasta que tuvieron orden para hacerlo. Y de los Actos apostólicos consta (Act 9, 38-40) que San Pedro salió a Lidia y a Jope, donde resucitó a Tabita e hizo otros milagros, y volvía a Jerusalén. Y aunque estas salidas las cuenta San Lucas después de la muerte de San Esteban —de que hablaré en el capítulo siguiente—, pero en el tiempo que pasó hasta que sucedió todo esto se convirtieron muchos de Palestina y fue necesario que los Apóstoles saliesen a predicarles y confirmarlos en la fe, y volvían a Jerusalén a dar cuenta de todo a su divina Maestra.

157. En todas estas jornadas y predicaciones procuraba el común enemigo impedir la palabra divina o el fruto de ella, moviendo muchas contradicciones y alteraciones de los incrédulos contra los Apóstoles y sus oyentes y convertidos. Y en estas persecuciones padecían cada día grandes molestias y sobresaltos, porque le pareció al Dragón infernal podía embestirles con mayor confianza, hallándolos ausentes y lejos del amparo de su Protectora y Maestra. Tan formidable era para el infierno esta gran Reina de los Ángeles, que con ser tan eminente la santidad de los Apóstoles, con todo eso le parecía a Lucifer que sin María los cogía desarmados y a su salvo, para acometerles y tentarlos. Tal es también la soberbia y furor de este Dragón, que, como está escrito en Job (Job 41, 18-19), al más duro acero lo reputó por una pajuela flaca y al bronce como si fuera un podrido leño. No teme las flechas ni la honda, pero teme tanto a María santísima, que para tentar a los Apóstoles aguarda que estén ausentes de este amparo.

158. Mas no por esto les faltó, porque la gran Señora desde la atalaya de su altísima sabiduría alcanzaba a todas partes, y como vigilantísima centinela descubría las asechanzas de Lucifer y acudía al socorro de sus hijos y ministros del Señor. Y cuando por estar ausentes los Apóstoles no los podía hablar, enviaba luego que los conocía afligidos a sus Santos Ángeles que la asistían, para que los consolasen y animasen, los previniesen y algunas veces ahuyentasen a los demonios que los perseguían. Todo esto ejecutaban los espíritus celestiales con prontitud, como su Reina lo ordenaba. Y unas veces lo hacían ocultamente por inspiraciones y consolaciones interiores que daban a los Apóstoles, otras veces, y más de ordinario, se les manifestaban visibles en cuerpos refulgentes y hermosísimos y hablaban con los Apóstoles todo lo que convenía o su Maestra les quería advertir. Y este modo era frecuente por la santidad y pureza de los Apóstoles y por la necesidad que entonces había de favorecerles con tanta abundancia de consuelo y esfuerzo. Y nunca tuvieron aprieto ni trabajo en que la amantísima Madre no les socorriese por estos modos, a más de las continuas oraciones, peticiones y hacimientos de gracias que por ellos ofrecía. Era la mujer fuerte, cuyos domésticos estaban socorridos con dobladas vestiduras, y la madre de familias que a todos los proveía de alimento y con el fruto de sus manos plantaba la viña del Señor (Prov 31).

159. Con todos los otros fieles tenía el mismo cuidado respectivamente y, aunque eran muchos en Jerusalén y en Palestina, de todos tenía noticia y conocimiento para favorecerlos en sus necesidades y tribulaciones, y no sólo atención a las de las almas, sino también a las corporales, y fuera de los muchos que curaba de gravísimas enfermedades. A otros que conocía no era conveniente darles salud milagrosamente, a éstos los servía muchas cosas por su misma persona, visitándolos y

regalándolos, y de los más pobres cuidaba más, y muchas veces por su mano les daba de comer, hacía las camas en que estaban, atendía a su limpieza como si fuera sierva de cada uno y con el enfermo estuviera enferma. Tanta era la humildad, la caridad y solicitud de la gran Reina del mundo, que ningún oficio ni obsequio o ministerio negaba a sus hijos los fieles, ni por ínfimos y humildes los despreciaba, como fuesen para consuelo suyo. Y llenaba a todos de gozo y consolación suavísima en sus trabajos, con que se les hacían fáciles. Y a los que por estar lejos no podía acudir personalmente, los favorecía por medio de los Ángeles ocultamente, o con oraciones y peticiones les alcanzaba interiores beneficios y otros socorros.

160. Singularmente se señalaba su maternal piedad con los que estaban a la hora de la muerte y morían, porque a muchos asistía en aquel último conflicto y los ayudaba en él hasta dejarlos en estado de seguridad eterna. Y por los que iban al purgatorio hacía fervorosas peticiones y algunas obras penales, como postraciones en cruz, genuflexiones y otros ejercicios con que satisfacía por ellos. Y luego despachaba a alguno de sus Ángeles para que sacase del purgatorio aquellas almas por quien había satisfecho y las llevase al cielo y en su nombre las presentase a su Hijo santísimo, como hacienda propia del mismo Señor y fruto de su sangre y redención. Esta felicidad alcanzó a muchas almas en el tiempo que la Señora del cielo era moradora en la tierra. Y no entiendo se les niegue ahora a las que se disponen en su vida para merecer su presencia en la muerte, como en otra parte dejo escrito (Cf. supra p. II n. 929). Y porque sería necesario extender mucho esta Historia si hubiera de referir los beneficios que hizo María santísima en la hora de la muerte a muchos que ayudó en ella, no puedo detenerme en esto, pero diré un suceso que tuvo con una doncella a quien libró de la boca del Dragón infernal; por ser tan raro y digno de advetrencia para todos, no es

justo negársele a esta Historia ni a nuestra enseñanza.

161. Sucedió, pues, en Jerusalén, que una doncella de padres humildes y poco abundantes de hacienda se convirtió entre los cinco mil que primero recibieron el bautismo. Esta pobrecilla mujer, acudiendo a los ministerios de su casa, enfermó y le duró por muchos días la dolencia, sin mejorar en la salud. Con esta ocasión, como suele suceder a otras almas, se fue resfriando en el primer fervor y se descuidó en cometer algunas culpas, con que pudo perder la gracia bautismal. Pero Lucifer, que no se descuidaba, sediento de tragar alguna de aquellas almas, acudió a ésta y la embistió con suma crueldad, permitiéndolo así Dios para mayor gloria suya y de su Madre santísima. Aparecióle el demonio a la doncella en forma de otra mujer para engañarla mejor y díjola con halagos que se retirase mucho de aquella gente que predicaba al Crucificado y no les diese crédito en cuanto la decían porque la engañaban en todo, y que si no lo hacía la castigarían los sacerdotes y jueces, como habían crucificado al Maestro de aquella ley nueva y engañosa que la habían enseñado a ella, y con este remedio estaría buena y después viviría contenta y sin peligro. Respondióle la doncella: Yo haré lo que me dices, mas aquella Señora que he visto con estos hombres y mujeres y parece tan linda y apacible, ¿qué tengo de hacer con ella?, porque la quiero mucho.—Replicóle el demonio: Esa que tú dices es peor que todos y a ella es la primera a quien has de aborrecer y retirarte de sus engaños y esto es lo que más te importa.

162. Con este mortal veneno de la antigua serpiente quedó inficionada el alma de aquella simplecilla paloma, y en vez de mejorar en la salud del cuerpo se le fue agravando la enfermedad y acercándose a la muerte natural y eterna. Uno de los setenta y dos discípulos que andaba visitando a los fieles tuvo noticia de la grave

enfermedad de aquella mujer, porque un vecino de su casa le dijo que allí estaba una mujer de los de su secta muy cerca de expirar. Entró a verla y animarla con razones santas y a reconocer su necesidad. Pero la enferma estaba tan oprimida de los demonios, que ni le admitió ni habló palabra aunque la exhortó y predicó grande rato, antes se retiraba y cubría para no oírle. Reconoció el discípulo por aquellas señales la perdición de la enferma, aunque ignoraba la causa, y con grande presteza fue a dar cuenta de aquel daño al Apóstol San Juan, el cual sin detenerse acudió luego a visitar a la doncella y la amonestó y habló palabras de vida eterna, si las quisiera admitir. Pero sucedió lo mismo que al discípulo, porque a entrambos resistió con pertinacia. Si bien el Apóstol vio muchas legiones de demonios que tenían rodeada a la enferma, porque llegando él se retiraron, pero no cesaban de forcejear para volver luego a renovar las ilusiones de que la miserable mujer estaba llena.

163. Y reconociendo su dureza el Apóstol, se fue muy afligido a dar noticia de ello a María santísima y pedirle el remedio. Convirtió luego la gran Reina su vista interior a la enferma y conoció el infeliz y peligroso estado de aquella alma y cómo el enemigo la había puesto en él. Lamentóse la piadosa Madre sobre aquella simple ovejuela, engañada del infernal y sangriento lobo, y postrada en tierra oró y pidió el rescate de la mísera doncella. Pero el Señor no respondió palabra a esta petición de su Madre santísima, no porque sus ruegos no le fuesen agradables, antes por eso mismo y por oír más sus clamores se hizo sordo, y para enseñarnos también cuál era la caridad y prudencia de la gran Maestra y Madre en las ocasiones que era necesario usar de ellas. Dejóla el Señor para esto en el estado común y ordinario que la gran Señora tenía, sin añadirla nueva ilustración en lo que pedía. Mas no por esto desistió, ni se entibió su

caridad ardentísima, como quien conocía que no por el silencio del Señor había de faltar ella a su oficio de Madre, mientras no sabía expresamente la voluntad divina. Con esta prudencia se gobernó en aquel suceso y luego ordenó a uno de sus Santos Ángeles fuese a remediar aquella alma y la defendiese de los demonios y exhortase con santas inspiraciones, para que se apartase de sus engaños y se convirtiese a Dios. Hizo el Ángel esta embajada con la presteza que saben obedecer a la voluntad del Altísimo, pero tampoco pudo reducir aquella obstinada mujer con las diligencias que como Ángel pudo hacer y de hecho hizo para desengañarla. A tal estado como éste puede venir un alma que se entrega al demonio.

164. Volvió el Santo Ángel a su Reina y la dijo: Señora mía, vengo de ayudar a aquella doncella en el peligro de su condenación, como Vos, Madre de Misericordia, me lo ordenasteis, pero su dureza es tanta que ni admite ni escucha las inspiraciones santas que le he dado. He altercado con los demonios para defenderla de ellos y se resisten, alegando el derecho que aquella alma de su voluntad les ha dado, en que libremente persevera. El poder de la divina justicia no ha concurrido conmigo como yo deseaba, obedeciendo Vuestra voluntad, y no puedo, Señora mía, daros el consuelo que deseáis.— Afligióse mucho la piadosa Madre con esta respuesta, pero como ella era la Madre del amor, de la ciencia y de la santa esperanza (Eclo 24, 24), no pudo perder lo que a todos nos mereció y enseñó. Y retirándose de nuevo a pedir el remedio de aquella alma engañada, se postró en tierra y dijo: Señor mío y Dios de misericordias, aquí está este vil gusanillo de la tierra, castigadme y afligidme a mí y no vea yo que esta alma, señalada con las primicias de Vuestra sangre y engañada por la serpiente, quede por despojos de su maldad y del odio que tiene contra Vuestros fieles.

165. Perseveró María santísima un rato en esta petición, pero tampoco la respondió el Señor, para probar su invicto corazón y caridad con los prójimos. Consideró la prudentísima Virgen lo que sucedió al Profeta San Eliseo [Día 14 de junio: Samaríae, in Palaestína, sancti Eliséi Prophétae, cujus sepúlcrum, ubi et Prophéta quiéscit Abdías, a daemónibus perhorrésci sanctus Hierónymus scribit.] (4 Re 4, 34) para resucitar al hijo de la Sunamitis su hospedera, que no bastó a darle vida el báculo del Profeta que le aplicó Giezi su discípulo y fue necesario que llegase en persona el mismo San Eliseo y tocase el difunto y se midiese y ajustase con él, con que le restituyó la vida. No fueron poderosos el Ángel ni el Apóstol para resucitar del pecado y engaño de Satanás a aquella miserable mujer, y así determinó la gran Señora ir a remediarla por su persona. Propúsolo así al Señor en la oración que por ella hizo y, aunque no tuvo respuesta de Su Majestad, como la obra misma le daba licencia, se levantó y comenzó a dar algunos pasos para salir del aposento donde estaba y caminar con San Juan Evangelista a donde estaba la enferma, que era algo distante del cenáculo. Pero en moviéndose a los primeros pasos la detuvieron los Ángeles, a quienes había mandado el Señor la llevasen y acompañasen, pero no se le había manifestado a ella. Preguntóles por qué la detenían. Y respondiéronla, porque no es razón consintamos que vais por la ciudad, cuando nosotros podemos llevaros con mayor decencia. Luego la pusieron en un trono de nube refulgente y la llevaron y pusieron en el aposento de la doncella enferma, que, como era pobre y no hablaba, la habían desamparado todos y estaba sola y rodeada de demonios que esperaban su alma para llevarla.

166. Mas al instante que llegó la Reina de los Ángeles huyeron todos los espíritus malignos como unos

relámpagos y como atropellándose unos a otros con terribles aullidos. Y la poderosa Señora les mandó con imperio descendiesen al profundo, hasta que les permitiese saliesen de él, y así lo hicieron sin poderlo resistir. Llegó la piadosísima Madre a la enferma y llamóla por su nombre, tomóla de la mano y la habló dulcísimas razones de vida con que la renovó toda y comenzó a respirar y volver en sí. Y respondiendo a María santísima dijo: Señora mía, una mujer que me visitó, me persuadió que los discípulos de Jesús me engañaban y que me apartase luego de ellos y de vos, porque me sucedería muy mal si admitía la ley que me enseñaban.— Replicó la Reina y díjola: Hija mía, esa que te pareció mujer era el demonio tu enemigo. Yo vengo a darte de parte del Altísimo la vida eterna; vuelve, pues, a su verdadera fe que antes recibiste y confiésale de todo tu corazón por tu Dios verdadero y Redentor, que para remedio tuyo y de todo el mundo murió en la Cruz; adórale, invócale y pídele perdón de tus pecados.

167. Todo eso —respondió la enferma— creía yo antes, y me han dicho que es muy malo y me castigarán si lo confieso.—Replicóle la divina Maestra: Amiga mía, no temas ese engaño, pero advierte que el castigo y penas que se han de temer son las del infierno, a donde te encaminaban los demonios. Y ahora estás muy cerca de la muerte y puedes alcanzar el remedio que yo te ofrezco si me das crédito y serás libre del fuego eterno que te amenazaba por tu error.—Con esta exhortación y la gracia que María santísima alcanzó para aquella pobrecilla mujer, se movió con grandes lágrimas de compunción y la pidió su favor en aquel peligro, estando rendida para todo lo que la mandase. Luego la gran Señora la hizo protestar la fe de Cristo nuestro Señor y que hiciese un acto de contrición para confesarse. Y la gran Reina dispuso que recibiese los sacramentos, llamando a los Apóstoles para que se los administrasen.

Y repitiendo la dichosa mujer los actos de contrición y de amor, invocando a Jesús y a su Madre que la gobernaba, expiró la feliz doncella en manos de su Remediadora, habiendo estado dos horas enteras con ella, para que el demonio no volviese a engañarla. Y fue tan poderoso este socorro, que no sólo la redujo al camino de la vida eterna, pero le alcanzó tantos auxilios, que salió aquella dichosa alma libre de culpa y de pena. Y luego la envió al cielo con unos Ángeles de los doce que tenían en el pecho aquella señal o divisa de la redención y traían palmas y coronas en las manos para socorrer a los devotos de su gran Reina. De estos ángeles queda ya dicho en la primera parte, capítulo 14, número 202, y capítulo 18, número 273, y no es necesario repetirlo ahora. Sólo advierto que a estos Ángeles, que enviaba la Reina a diversas operaciones, los escogía conforme a las gracias y virtudes que tenían para beneficio de los hombres.

168. Después de remediada aquella alma, volvieron los demás Ángeles a la Reina a su oratorio en la misma nube que la habían traído. Y luego se humilló y postró en tierra adorando al Señor y dándole gracias por el beneficio de haber sacado aquella alma de la boca del Dragón infernal, y por ello hizo un cántico de alabanza del Altísimo. Esta maravilla ordenó su gran sabiduría, para que los Ángeles, los Santos del cielo, los Apóstoles y también los mismos demonios entendiesen el poder incomparable de María santísima y que así como era Señora de todos así también todos juntos no serían poderosos tanto como ella y que nada se le negaría de lo que pidiese para los que la amasen, sirviesen y llamasen, pues aquella feliz doncella, por el amor que había tenido a esta Señora divina, no fue despedida del remedio, y los demonios quedasen oprimidos, confusos y desconfiados de prevalecer contra lo que María santísima quiere y puede para sus devotos. Otras cosas para nuestra

enseñanza se pueden notar en este ejemplo, que remito a la atención y prudencia de los fieles.

169. No sucedió así a otros dos de los convertidos, que desmerecieron la eficaz intercesión de María santísima. Y porque este ejemplo puede servir también de aviso y escarmiento, como el de Ananías y Safira, para conocer la astucia de Lucifer en tentar y derribar a los hombres, le escribiré como le he entendido, con las advertencias que encierra, para temer con Santo Rey David los justos juicios del Muy Alto (Sal 118, 120). Después del milagro referido, tuvo permiso el demonio para volver al mundo con los suyos y tentar a los fieles, porque así convenía para la corona de los justos y predestinados. Salió del infierno con mayor saña contra ellos y comenzó a investigar por dónde le abrían puerta para acometer, rastreando las inclinaciones malas de cada uno como ahora lo hace, con la confianza que le ha dado la experiencia de que los hijos de Adán, inadvertidos, de ordinario seguimos las inclinaciones y pasiones más que la razón y la virtud. Y como la multitud no puede ser muy perfecta en todas sus partes y la Iglesia iba creciendo en número, así también en algunos se entibiaba el fervor de la caridad, y el demonio tenía mayor campo en que sobresembrar su cizaña. Reconoció entre los fieles que dos hombres eran de malas inclinaciones y hábitos antes que se convirtiesen y que deseaban tener gracia y estrecha dependencia de algunos príncipes de los judíos, de quien esperaban algunos intereses temporales de honra y hacienda, y con esta codicia —que siempre fue raíz de todos los males (1 Tim 6, 10)— contemporizaban y lisonjeaban a los poderosos cuya gracia codiciaban.

170. Con estos achaques juzgó el demonio que aquellos fieles estaban flacos en la fe y virtudes y que podría derribarlos por medio de los judíos principales, de quienes tenían dependencia. Y como lo pensó la

serpiente, así lo ejecutó y consiguió, arrojando muchas sugestiones al corazón incrédulo de aquellos sacerdotes, para que reprendiesen y amenazasen a los dos convertidos por haber admitido la fe de Cristo y recibido su Bautismo. Hiciéronlo así como el demonio se lo administraba con grande aspereza y autoridad. Y como la indignación en los poderosos acobarda a los menores que son de corazón flaco, y lo eran aquellos dos convertidos, apegados a sus propios intereses temporales, con esta párvula flaqueza se resolvieron en apostatar de la fe de Cristo, para no caer en desgracia de aquellos judíos poderosos, en quien tenían alguna infeliz y falsa confianza. Luego se retiraron de todo el gremio de los otros fieles y dejaron de acudir a la predicación y ejercicios santos que los demás hacían, con que se conoció su caída y perdición.

171. Contristáronse mucho los Apóstoles por la ruina de aquellos fieles y por el escándalo que los demás recibirían con tan pernicioso ejemplo en los principios de la Iglesia. Confirieron entre sí si le darían noticia del suceso a María santísima, porque temían el desconsuelo y dolor que la causaría. Pero el Apóstol San Juan les advirtió que la gran Señora sabía todas las cosas de la Iglesia y aquélla no se le podría ocultar a su vigilantísima atención y caridad. Con esto fueron todos a darla cuenta de lo que pasaba con aquellos dos apostatas a quienes habían exhortado para que se redujesen a la verdadera fe que habían descreído y negado. La piadosa y prudente Madre no disimuló el dolor, porque no era para ocultarle en la pérdida de las almas que ya estaban agregadas a la Iglesia. Y convenía también que los Apóstoles conocieran en el sentimiento de la gran Señora la estimación que debían hacer de los hijos de la Iglesia y el celo tan ardiente con que habían de procurar conservarlos en la fe y reducirlos al camino de salvación. Retiróse luego nuestra. Reina a su oratorio y postrada en

tierra como solía hizo profunda oración por aquellos dos apostatas, derramando copiosas lágrimas de sangre por ellos.

172. Y para moderar en algo su dolor con la ciencia de los ocultos juicios del Altísimo, la respondió Su Majestad y la dijo: Esposa mía, escogida entre mis criaturas, quiero que conozcas mis justos juicios en esas dos almas por quien me pides y en otras que han de entrar en mi Iglesia. Estos dos, que han apostatado de mi verdadera fe, pueden hacer más daño que provecho entre los demás fieles si perseverasen en su conversación y trato, porque son de costumbres muy depravadas y han empeorado sus torcidas inclinaciones; con que mi ciencia infinita los conoce por réprobos [o precitos: Dios da gracia suficiente a todos pero los hombres tienen libre albedrío] y así conviene desviarlos del rebaño de los fieles y cortarlos del Cuerpo Místico de mi Iglesia para que no inficionen a otros ni les peguen su contagio. Necesario es ya, querida mía, conforme a mi altísima Providencia, que entren en mi Iglesia predestinados y prescitos: unos, que por sus culpas se han de condenar, y otros, que por mi gracia se han de salvar con buenas obras; y mi doctrina y Evangelio (Mt 13, 47) ha de ser como la red que recoge a todo género de peces, buenos y malos, a prudentes y necios, y el enemigo ha de sembrar su cizaña entre el grano puro de la verdad, para que los justos se justifiquen más y los inmundos, si quisieren por su malicia, se hagan más inmundos (Ap 22, 11).

173. Esta fue la respuesta que dio el Señor a María santísima en aquella oración, renovando en ella la participación de su divina ciencia, con que se dilató su afligido corazón conociendo la equidad de la justicia del Muy Alto en condenar con razón a los que por su malicia se hacían réprobos [o precitos: Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente a todos pero el hombre

tiene libre albedrío y por su culpa puede condenarse al infierno – gehena. Hay predestinación a la gloria y no hay predestinación antecedente y previa al infierno] e indignos de la amistad de Dios y de su gloria. Pero como la divina Madre tenía el peso del santuario en su eminentísima sabiduría, ciencia y caridad, sola ella entre todas las criaturas pesaba y ponderaba dignamente lo que monta perder una alma a Dios eternamente y quedar condenada a los tormentos eternos en compañía de los demonios, y a la medida de esta ponderación era su dolor. Ya sabemos que los Ángeles y Santos del cielo, que conocen en Dios este misterio, no pueden tener dolor ni pena, porque no se compadece con aquel estado felicísimo. Y si fuera compatible con la gloria de que gozan, fuera su dolor conforme al conocimiento que tienen del daño que es condenarse los que aman con caridad tan perfecta y desean tener consigo en la gloria.

174. Pues las penas y dolor que no pueden sentir los bienaventurados de la condenación de los hombres, éste tuvo María santísima en grado tan superior al que tuvieran ellos, cuanto les excedía esta divina Señora en la sabiduría y caridad. Para sentir el dolor estaba en estado de viadora y para conocer la causa tenía ciencia de comprensora. Porque cuando gozó de la visión beatífica conoció el ser de Dios y el amor que tiene a la salvación de los hombres, como de bondad infinita, y lo que se doliera de la perdición de una alma si fuera capaz de dolor. Conocía la fealdad de los demonios, la ira que tienen contra los hombres, la condición de las penas infernales y eterna compañía de los mismos demonios y de todos los condenados. Todo esto, y lo que yo no alcanzo a ponderar, ¿qué dolor, qué pena y compasión causaría en un corazón tan blando, tan amoroso y tierno como el de nuestra amantísima María, sabiendo que aquellas dos almas y otras casi infinitas con ellas se perderían en la Santa Iglesia? Sobre esta desdicha se

lamentaba y muchas veces repetía: ¿Es posible que un alma por su voluntad se haya de privar eternamente de ver la cara de Dios y escoja ver las de tantos demonios en eterno fuego?

175. El secreto de la reprobación de aquellos nuevos apostatas reservó para sí la prudentísima Reina, sin manifestarlo a los Apóstoles. Pero estando así afligida y retirada, en aquella ocasión entró el Evangelista San Juan a visitarla y saber lo que le mandaba hacer o en qué servirla. Y como la vio tan afligida y triste, se turbó el Apóstol y pidiéndola licencia para hablarla dijo: Señora mía y Madre de mi Señor Jesucristo, después que Su Majestad murió nunca he reconocido Vuestro semblante tan afligido y doloroso como ahora y bañados en sangre Vuestro rostro y ojos. Decidme, Señora, si es posible, la causa de tan nuevo dolor y sentimiento y si puedo aliviaros en él con dar mi propia vida.—Respondió María santísima: Hijo mío, lloro ahora por esta misma causa.— Entendió San Juan Evangelista que la memoria de la pasión había renovado en la piadosa Madre tan acervo y nuevo dolor y con este pensamiento la replicó así: Ya, Señora mía, podéis moderar las lágrimas, cuando Vuestro Hijo y Redentor nuestro está glorioso y triunfante en los cielos a la diestra de su Eterno Padre. Y aunque no es razón olvidemos lo que padeció por los hombres, también es justo os alegréis con los bienes que se han seguido de su pasión y muerte.

176. Si después que murió mi Hijo —respondió María santísima— le quieren crucificar otra vez los que le ofenden y niegan y malogran el fruto inestimable de su sangre, justo es que yo llore, como quien conoce de su ardentísimo amor con los hombres que padeciera por el remedio de cada uno lo que padeció por todos. Veo tan mal agradecido este amor inmenso y la perdición eterna de tantos que debían conocerle, que no es posible

moderar mi dolor, ni tener vida, si no me la conserva el mismo Señor que me la dio. Oh hijos de Adán, formados a la imagen de mi Hijo y de mi Señor, ¿en qué pensáis?, ¿dónde tenéis el juicio y la razón para sentir vuestra desdicha, si perdéis a Dios eternamente?—Replicó San Juan Evangelista: Madre y Señora mía, si vuestro dolor es por los dos que han apostatado, bien sabéis que entre tantos hijos ha de haber infieles siervos, pues en nuestro apostolado prevaricó Judas Iscariotes [que esta ya dos mil años en el infierno --- gehena] en la misma escuela de nuestro Redentor y Maestro.—Oh Juan —respondió la Reina— si Dios tuviera voluntad determinada [que no la tiene] de la perdición de algunas almas, pudiera aliviar algo mi pena, pero, aunque permite la condenación de los réprobos porque ellos se quieren perder, no era ésta absoluta voluntad de la divina bondad, que a todos quisiera hacer salvos si ellos con su libre albedrío no le resistieran, y a mi Hijo santísimo le costó sudar sangre el que no fuesen todos predestinados [a la gloria] y alcanzase con eficacia la que por ellos derramaba. Y si ahora en el cielo pudiera tener dolor [que no lo tiene] de cualquier alma que se pierde, sin duda le tuviera mayor que de padecer por ella. Pues yo, que conozco esta verdad y vivo en carne pasible, razón es que sienta lo que mi Hijo tanto desea y no se consigue.—Con estas y otras razones de la Madre de Misericordia se movió San Juan Evangelista a lágrimas y llanto, en que la acompañó grande rato.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

177. Hija mía, pues en este capítulo con particularidad has entendido el incomparable dolor y amargura con que yo lloré la perdición de las almas ajenas, de aquí conocerás lo que debes hacer por la tuya y por ellas, para imitarme en la perfección que yo de ti quiero. Ningún tormento ni la misma muerte rehusara yo, si fuera

necesario, para remediar a cualquiera de los que se condenan, y lo reputara por descanso en mi ardentísima caridad. Pues ya que tú no mueras con este dolor, por lo menos no excuses el padecer todo lo que el Señor ordenare por esta causa, y tampoco el pedir por ellas y trabajar con todas tus fuerzas para excusar en tus hermanos cualquiera culpa, si pudieres atajarla; y cuando no luego la consigas, ni conozcas que te oye el Señor, no por esto pierdas la confianza, sino avívala y persevera, que esta porfía nunca puede desagradarle, pues desea Él más que tú la salvación de todos sus redimidos. Y si todavía no fueres oída ni alcanzares lo que pides, aplica los medios que la prudencia y la caridad pidieren y vuelve a pedir con nueva instancia, que siempre se obliga el Altísimo de esta caridad con el prójimo y del amor que obliga a impedir el pecado de que se ofende. No quiere la muerte del pecador (Ez 33, 11) y, como has escrito, no tuvo por sí voluntad absoluta y antecedente de perder a sus criaturas, antes las quisiera salvar a todas si ellas no se perdieran, y aunque lo permite por su justicia, permite lo que le es de su desagrado por la condición libre de los hombres. No te encojas en estas peticiones, pero las que fueren de cosas temporales preséntalas y pídele que haga su voluntad santa en lo que conviene.

178. Y si por la salvación de tus hermanos quiero que trabajes con tanto fervor de caridad, considera lo que debes hacer por la tuya y en qué estimación has de tener tu propia alma, por quien se ofreció infinito precio. Quiérote amonestar como Madre, que cuando la tentación y pasiones te inclinaren a cometer alguna culpa, por levísima que sea, te acuerdes del dolor y lágrimas que me costó el saber los pecados de los mortales y desear impedirlos. No quieras tú, carísima, darme la misma causa, que si bien no puedo ahora recibir aquella pena, por lo menos me privarás del gozo

accidental que recibiré de que, habiéndome dignado de ser tu Madre y Maestra para gobernarte como a hija y discípula, salgas perfecta como enseñada en mi escuela. Y si en esto fueres infiel, frustrarás muchos deseos míos de que en todas tus obras seas agradable a mi Hijo santísimo y le dejes cumplir en ti su voluntad santa con toda plenitud. Pondera, con la luz infusa que recibes, cuán graves serían tus culpas, si alguna cometieres después de hallarte tan beneficiada y obligada del Señor y de mí. No te faltarán peligros y tentaciones en lo que tuvieres de vida, pero en todas te acuerda de mi enseñanza, de mis dolores y lágrimas y sobre todo de lo que debes a mi Hijo santísimo, que tan liberal es contigo en favorecerte y aplicarte el fruto de su sangre, para que en ti halle retorno y agradecimiento.

CAPITULO 11

Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba a los nuevos fieles y lo que hizo con San Esteban en su vida y muerte y otros sucesos.

179. Al ministerio de Madre y Maestra de la Santa Iglesia, que dio el Señor a María santísima, era consiguiente darle ciencia y luz proporcionada a tan alto oficio, para que con ella conociera a todos los miembros de aquel Cuerpo Místico, cuyo gobierno espiritual le tocaba, y a cada uno le aplicase la doctrina y magisterio conforme a su grado, condición y necesidad. Este beneficio recibió nuestra Reina con tanta plenitud y abundancia de sabiduría y ciencia divina, como se colige de todo el discurso que voy escribiendo. Conocía a todos los fieles que entraban en la Iglesia, penetraba sus naturales inclinaciones, el grado de gracia y virtudes que tenían, el mérito de sus obras, sus fines, y principios de cada uno, y nada ignoraba de toda la Iglesia, salvo si

alguna vez le ocultaba el Señor por algún tiempo algún secreto que después venía a conocer cuando convenía. Y toda esta ciencia no era estéril y desnuda, pero correspondíale igual participación de la caridad de su Hijo santísimo, con que amaba a todos como los miraba y conocía. Y como juntamente conocía también el sacramento de la voluntad divina, con toda esta sabiduría dispensaba en medida y peso los afectos de la caridad interior, porque ni daba más al que se le debía menos, ni menos al que merecía ser más amado y estimado; defecto en que muy de ordinario incurrimos los ignorantes hijos de Adán, aun en lo que nos parece justificado.

180. Pero la Madre del amor concertado y de la ciencia no pervertía el orden de la justicia distributiva trocando los afectos, porque los dispensaba a la luz del Cordero que la iluminaba y gobernaba, para que de su amor interior diese a cada uno lo que se le debía, más o menos, aunque para todos en esto era Madre piadosísima y amantísima, sin tibieza, escasez ni olvido. Pero en los efectos y demostraciones exteriores se gobernaba por otras reglas de suma prudencia, atendiendo a excusar la singularidad en el trato y gobierno de todos y evitar los leves achaques con que se engendran emulaciones y envidias en las comunidades, familias y en todas las repúblicas, donde hay muchos que vean y juzguen las acciones públicas. Natural y común pasión es en todos desear ser estimados y queridos, y más de los que son poderosos, y apenas se hallará alguno que no presuma de sí mismo que tiene tantos méritos como el otro para ser tan favorecido y aun más. Y esta dolencia no perdona a los más altos en estado, ni aun en virtud, como se vio en el Colegio Apostólico, que por alguna particular señal que les despertó la sospecha se movió luego entre ellos la cuestión de la precedencia y superior dignidad en el Colegio Sagrado y se la

propusieron a su Maestro (Mt 18, 1; Lc 9, 46).

181. Para prevenir y excusar estas rencillas era advertidísima la gran Reina en ser muy igual y uniforme en los favores y demostraciones que hacía con todos a vista de la Iglesia. Y no sólo fue esta doctrina digna de tal Maestra, pero muy necesaria en los principios de su gobierno, así para que quedase establecida en la Iglesia para los Prelados que en ella habían de gobernar, como porque en aquellos felicísimos principios resplandecían con milagros y otros dones divinos todos los Apóstoles y discípulos y otros fieles, como en los últimos siglos se señalan muchos en ciencia y letras adquiridas, y convenía enseñar a todos que ni por aquellos grandes dones ni por estos menores ninguno se levantase en vana presunción ni se juzgase por digno de ser más honrado y favorecido de Dios ni de su Madre santísima en las cosas exteriores. Bástele al justo que sea amado del Señor y esté en su amistad, y al que no lo es no le será de provecho el beneficio de la honra y estimación visible.

182. Mas no por este recato faltaba la gran Reina a la veneración y honor que de justicia se debía a cada uno de los Apóstoles y fieles por la dignidad o ministerio que tenía, porque en esta veneración también era dechado para todos de lo que debían hacer en las cosas de obligación, como en el recato enseñaba la templanza en las que eran voluntarias y sin esta deuda. Y fue tan admirable y prudente en todo esto nuestra gran Reina, que jamás tuvo querelloso alguno de los fieles que la trataban, ni pudo con razón, ni aparente, negarle alguno la estimación y respeto, antes todos la amaban y bendecían y se hallaban llenos de gozo y deudores a sus favores y piedad maternal. Ninguno pudo tener sospecha de que le faltaría a su necesidad, ni le negaría el consuelo en ella. Y ninguno conoció que a él le desestimase y a otro favoreciese o amase más que a él,

ni les daba motivo de hacer en esto alguna comparación. Tanta fue la discreción y sabiduría de esta Reina y tan ajustadas ponía las balanzas del amor exterior en el fiel de la prudencia. Y sobre todo esto no quiso por sí misma distribuir oficios ni las dignidades que se repartían entre los fieles, ni intercediendo por ninguno para que se le diese. Todo lo remitía al parecer y votos de los Apóstoles, cuyo acierto alcanzaba ella del Señor en su secreto.

183. Obligábala también para obrar tan sabiamente su profundísima humildad, con que la enseñaba a todos, pues conocían era Madre de la sabiduría y que nada ignoraba ni podía errar en lo que hiciese. Pero con todo eso quiso dejar este raro ejemplo en la Santa Iglesia, para que nadie presumiese de su propia ciencia, prudencia o virtud, y menos en materias graves, pero todos entendiesen que el acierto está vinculado a la humildad y al consejo y la presunción al propio dictamen, cuando no hay obligación de obrar sólo con él. Conocía asimismo que el interceder y favorecer a otros con cosas temporales trae consigo algún dominio presuntuoso y mayor le tiene el recibir de voluntad los agradecimientos que hacen aquellos que son favorecidos y beneficiados. Todas estas desigualdades y menguas de la virtud eran muy ajenas de la suprema santidad de nuestra divina Maestra, y por eso nos enseñó con su vivo ejemplo el modo de gobernar nuestras obras para no defraudar el mérito ni impedir la mayor perfección. Pero de tal manera procedía en este recato, que no por él negaba el consejo a los Apóstoles y la dirección de sus oficios y acciones, en que muy frecuentemente la consultaban, y lo mismo hacía con los demás discípulos y fieles de la Iglesia, porque todo lo obraba con plenitud de sabiduría y caridad.

184. Entre los Santos que fueron muy dichosos en merecer especial amor de la gran Reina del cielo, fue

uno San Esteban, que era de los setenta y dos discípulos, porque desde el principio que comenzó a seguir a Cristo nuestro Salvador le miró María santísima con especialísimo afecto entre los demás, dándole el primero o de los primeros lugares en su estimación. Conoció luego que este Santo era elegido por el Maestro de la vida para defender su honra y santo nombre y dar la vida por él. A más de esto el invicto Santo era de condición suave y apacible y dulce, y sobre este buen natural le hizo la gracia mucho más amable para todos y más dócil para toda santidad. Era esta condición muy agradable para la dulcísima Madre, y cuando hallaba alguno de este natural blando y pacífico solía decir que aquél se asimilaba más a su Hijo santísimo. Por estas condiciones y las heroicas virtudes que conocía en San Esteban, le amaba tiernamente, dábale muchas bendiciones, y al Señor gracias porque le había criado, llamado y escogido para primicias de sus Mártires; y con la estimación prevista de su martirio le amaba mucho en su interior, porque su Hijo santísimo le había revelado aquel secreto.

185. El dichoso Santo correspondía con fidelísima atención y veneración a los beneficios que recibía de Cristo nuestro Salvador y su beatísima Madre, porque no sólo era pacífico, sino humilde de corazón, y los que con verdad lo son oblíganse mucho de los beneficios, aunque no sean tan grandes como los que el santo discípulo Esteban recibía. Concibió siempre altísimamente de la Madre de Misericordia y solicitaba su gracia con este aprecio y ferventísima devoción. Preguntábale muchas cosas misteriosas, porque era muy sabio, lleno del Espíritu Santo y de fe, como San Lucas lo dice (Act 6, 8). Y la gran Maestra le respondía a todas sus preguntas y le confortaba y animaba para que invictamente volviese por la honra de Cristo. Y para confirmarle más en su gran fe, le previno María santísima el martirio y le dijo: Vos, Esteban, seréis el primogénito de los Mártires que

engendrará mi Hijo santísimo y mi Señor con el ejemplo de su muerte, y seguiréis sus pasos como esforzado discípulo a su maestro y soldado animoso a su capitán, y en la milicia del martirio llevaréis el estandarte de la Cruz. Para esto conviene que os arméis de fortaleza con el escudo de la fe y creed que la virtud del Altísimo os asistirá en vuestro conflicto.

186. Este aviso de la Reina de los Ángeles inflamó tanto el corazón de San Esteban con el deseo del martirio, como se colige de lo que se refiere de él en los Actos [Hechos] apostólicos, donde no sólo se dice que estaba lleno de gracia y fortaleza y que obraba grandes prodigios y maravillas en Jerusalén, pero después de los dos Apóstoles San Pedro y San Juan de ningún otro se dice que disputase con los judíos y los confundiese antes que San Esteban, a cuya sabiduría y espíritu no podían resistir, porque con intrépido corazón les predicaba, redargüía y reprendía, señalándose en este esfuerzo antes y más que otros discípulos. Todo esto hacía San Esteban encendido en el deseo del martirio que la gran Señora le aseguró conseguiría. Y como si otro le hubiera de ganar de mano esta corona, se ofrecía ante todos los demás a las disputas con los rabinos y maestros de la ley de Moisés, y anhelaba por las ocasiones de defender la honra de Cristo, por la cual sabía que había de poner su vida. La atención maligna del Dragón infernal, que llegó a conocer el deseo de San Esteban, convirtió contra él su saña y pretendió impedir los pasos del invicto discípulo para que no llegara a conseguir público martirio en testimonio de la fe de Cristo nuestro bien. Y para atajarlo incitó a los judíos más incrédulos que diesen la muerte a San Esteban ocultamente. Atormentó a Lucifer la virtud y esfuerzo que reconoció en San Esteban y temió que con ella haría grandes obras en vida y muerte, acreditando la fe y doctrina de su Maestro. Y con el odio que los judíos incrédulos tenían contra el santo discípulo fácilmente los

persuadió a que en secreto le quitasen la vida.

187. Intentáronlo muchas veces en el poco tiempo que pasó desde la venida del Espíritu Santo hasta el martirio del Santo. Pero la gran Señora del mundo, que conocía la malicia y enredos de Lucifer y de los judíos incrédulos, libró a San Esteban de todas sus asechanzas, hasta que fue tiempo oportuno de morir apedreado, como diré luego. En tres ocasiones envió la Reina uno de sus Ángeles que la asistían para que sacase a San Esteban de una casa donde le pretendían quitar la vida ahogándole. Y el Ángel le sacó de este peligro invisiblemente para los judíos que le buscaban, aunque no para el santo, que le vio y conoció que le llevaba al cenáculo y le presentaba a su Reina y Señora. Otras veces le avisaba con el mismo Ángel para que no fuese a tal calle o casa, donde le esperaban para acabar con él. Otras veces la gran Madre le detuvo para que no saliese del cenáculo, porque conocía que le acechaban para matarle. Y no sólo le esperaron algunas noches a la salida del cenáculo para ir a su posada, pero en otras casas le pusieron las mismas asechanzas y traiciones. Porque San Esteban, como he dicho, con su ardiente celo acudía al consuelo de muchos fieles necesitados y no sólo no temía los peligros y ocasiones para morir, mas antes las deseaba y solicitaba. Y como no sabía para cuándo le guardaba el Señor esta gran felicidad y veía que tantas veces le libraba de los peligros la beatísima Madre, solía amorosamente querellarse con ella y la decía: Señora y amparo mío, pues, ¿cuándo ha de llegar el día y la hora en que yo pague a mi Dios y Maestro la deuda de mi vida, sacrificándome para la honra y gloria de su santo nombre?

188. Eran para María santísima estas querellas del amor de Cristo en su siervo San Esteban de incomparable júbilo, y con maternal y dulce afecto solía

responderle: Hijo mío y siervo fidelísimo del Señor, ya llegará el tiempo determinado por su altísima sabiduría y no se hallarán frustradas vuestras esperanzas. Trabajad ahora lo que os resta en su Santa Iglesia, que segura tendréis la corona de vuestro nombre, y dadle gracias continuamente al Señor que os la tiene prevenida.—Era la pureza y santidad de San Esteban nobilísima y de eminente perfección, de manera que los demonios no podían llegar a él de mucha distancia, y por esto muy amado de Cristo y de su Madre santísima. Ordenáronle los Apóstoles de diácono. Y antes de ser mártir, era su virtud y santidad muy heroica, con que mereció ser el primero que después de la pasión ganó la palma a todos. Y para manifestar más la santidad de este grande y primer mártir, añadiré aquí lo que he entendido, conforme a lo que refiere San Lucas en el capítulo 6 de los Hechos apostólicos.

189. Levantóse una rencilla en Jerusalén entre los fieles convertidos, porque los griegos se quejaban contra los hebreos de que en el ministerio y servicio cotidiano de los convertidos no eran admitidas las viudas de los griegos como lo eran las de los hebreos. Los unos y los otros eran judíos israelitas, aunque se llamaban griegos los que habían nacido en Grecia y hebreos los que eran naturales de Palestina, y en esto se fundaba la querella de los griegos. Este ministerio cotidiano era la administración y distribución de las limosnas y ofrendas que se gastaban en sustentar a los fieles. El cual ministerio se encargó a seis varones aprobados y de satisfacción, como queda dicho en el capítulo 7, y se ordenó así por consejo de María santísima, como allí se dijo (Cf. supra n. 107, 109). Pero creciendo el número de los creyentes fue necesario señalar también algunas mujeres viudas y de edad madura, para que trabajasen en el mismo ministerio y cuidasen del sustento de los fieles, en particular de las otras mujeres y enfermos, y

gastaban con ellos lo que las daban los seis despenseros o limosneros señalados. Estas viudas eran de los hebreos, y pareciéndoles a los griegos [también judíos] que era poca confianza de las suyas no admitirlas ni ocuparlas en este ministerio, se querellaron ante los Apóstoles de este agravio.

190. Y para componer esta diferencia, el Colegio Apostólico hizo juntar la multitud de los fieles y les dijeron: No es justo que nosotros dejemos la predicación de la palabra de Dios para acudir a la sustentación de los hermanos que vienen a la fe. Elegid vosotros a siete varones de vosotros mismos, que sean hombres sabios y llenos de Espíritu Santo, y a éstos encargaremos el cuidado y gobierno de todo esto, para que nosotros nos ocupemos en la oración y predicación. Y a ellos acudiréis con las dudas o diferencias que se ofrecieren sobre la comida de los creyentes.—Aprobaron todos este parecer y sin diferencia de naciones eligieron siete que refiere San Lucas (Act 6, 5), y el primero y principal fue San Esteban, cuya fe y sabiduría era conocida de todos. Estos siete quedaron por superintendentes de los seis primeros y de las viudas que administraban, sin excluir a las griegas más que a otras, porque no atendían a la condición de las naciones, sino a la virtud de cada una. Y quien más hizo en componer esta discordia fue San Esteban, que con su admirable sabiduría y santidad extinguió luego la rencilla de los griegos y facilitó a los hebreos para que todos se conviniesen como hijos de Cristo nuestro Salvador y Maestro y procediesen con sinceridad y caridad, sin parcialidades ni acepción de personas, como lo hicieron por lo menos los meses que él. vivió.

191. Mas no por esta ocupación dejó San Esteban la predicación y disputas con los judíos incrédulos. Y como ni le podían dar la muerte en secreto, ni resistir su

sabiduría en público, vencidos del mortal odio buscaron testigos falsos contra él. Acusáronle de blasfemo contra Dios y contra Moisés y que no cesaba de hablar contra el templo santo y contra la ley y que aseguraba que Jesús Nazareno había de destruir lo uno y lo otro. Y como los testigos falsos contestasen todo esto y el pueblo se alterase con las falsedades que para esto le imputaron, echaron mano de San Esteban y le llevaron a la sala donde estaban los sacerdotes como jueces de la causa. Y el presidente le tomó su confesión delante de todos, en cuya respuesta habló el Santo con altísima sabiduría, probando con las antiguas Escrituras que Cristo era el Mesías verdadero y prometido en ellas, y por conclusión del sermón les reprendió su dureza e incredulidad con tanta eficacia que, como no hallaban qué responder, se taparon los oídos y rechinaban los dientes contra él.

192. Tuvo noticia la Reina del cielo de la prisión de San Esteban, y al punto le envió uno de sus Santos Ángeles, antes que llegase a las disputas con los pontífices, que de su parte le animase para el conflicto que le esperaba. Y con el mismo Ángel le respondió San Esteban que iba lleno de gozo a confesar la fe de su Maestro, y con esfuerzo de corazón para dar la vida por ella, como siempre lo había deseado, y que le ayudase Su Majestad en aquella ocasión como Madre y Reina clementísima, y que sólo llevaba de pena no haber podido pedirle su bendición para morir con ella como deseaba, y que se la diese desde su retiro. Estas últimas razones movieron a compasión las maternales entrañas de María santísima sobre el amor y aprecio que hacía de San Esteban, y deseaba la gran Señora asistirle personalmente en aquella ocasión donde el santo había de volver por la honra de su Dios y Redentor y ofrecer la vida en su defensa. Ofrecíansele a la prudente Madre las dificultades que había en salir por las calles de Jerusalén en tiempo que estaba alborotada, y no menores en

hablar a San Esteban y hallar oportunidad para esto.

193. Postróse en oración pidiendo el favor divino para su amado discípulo y presentó al Señor el deseo que tenía de favorecerle en aquella última hora. Y la clemencia del Muy Alto, que siempre está atento a las peticiones y deseos de su Esposa y Madre y quería también hacer más preciosa la muerte de su fiel siervo y discípulo Esteban, envió desde el cielo nueva multitud de Ángeles que juntos con los de María santísima la llevasen luego donde estaba el Santo. Ejecutóse al punto como el Señor lo mandaba, y los Santos Ángeles pusieron a su Reina en una refulgente nube y la llevaron al tribunal donde San Esteban estaba, y el sumo sacerdote le acababa de examinar en los cargos que le hacían. Esta visión fue oculta para todos, fuera de San Esteban, que vio a la gran Reina delante de sí mismo en el aire llena de divinos resplandores y de gloria, y vio también a los Ángeles que la tenían en la nube. Este incomparable favor encendió de nuevo la llama del amor divino y el ardiente celo de la honra de Dios en su defensor San Esteban. Y a más del nuevo júbilo que recibió con la vista de María santísima, sucedió también que de los resplandores que tenía la gran Reina, como herían el rostro de San Esteban, reverberaban en él, causándole una admirable claridad y hermosura.

194. De esta novedad resultó la atención con que San Lucas en el capítulo 6 de los Hechos apostólicos dice (Act 6, 15) que miraron a San Esteban los judíos que estaban en aquella sala o tribunal y que vieron su cara como de un ángel, porque sin duda lo parecía más que de hombre. Y no quiso ocultar Dios este efecto de la presencia de su Madre santísima, para que fuese mayor la confusión de aquellos judíos, si con un milagro tan patente no se reducían a la verdad que San Esteban les predicaba. Pero no conocieron la causa de aquella hermosura

sobrenatural de San Esteban, porque ni eran dignos de conocerla, ni convenía entonces manifestarla, y por esta razón tampoco la declaró San Lucas. Habló María santísima a San Esteban palabras de vida y de admirable consuelo y le asistió dándole bendiciones de suavidad y dulzura y orando por él al Eterno Padre para que de nuevo le llenase de su divino espíritu en aquella ocasión. Y todo se cumplió como la Reina lo pidió, como lo manifiesta el invencible esfuerzo y sabiduría con que San Esteban habló a los príncipes de los judíos, y probó la venida de Cristo por Salvador y Mesías, comenzando el discurso desde la vocación de Abrahán hasta los reyes y profetas del pueblo de Israel, con testimonios irrefragables de todas las antiguas Escrituras.

195. Al fin de este sermón, por las oraciones de la Reina que estaba presente y en premio del invicto celo de San Esteban, se le apareció nuestro Salvador desde el cielo, abriéndose para esto y manifestándose Jesús en pie a la diestra de la virtud del Padre, como quien asistía al santo en su batalla y conflicto para ayudarle. Alzó los ojos San Esteban y dijo: Mirad que veo abiertos los cielos y su gloria, y en ella veo a Jesús a la diestra del mismo Dios (Act 7, 56).—Pero los duros judíos tuvieron estas palabras por blasfemia, y cerraron los oídos para no oirlas, y como la pena del blasfemo, según la ley, era que muriese apedreado, mandaron ejecutarla en San Esteban. Entonces acometieron todos a él, como lobos, para sacarle de la ciudad con grande ímpetu y alboroto. Y cuando esto se comenzaba a ejecutar, le dio su bendición María santísima y animándole se despidió del Santo con grande caricia, y mandó a todos los Ángeles de su guarda le acompañasen y asistiesen en su martirio hasta presentar su alma en la presencia del Señor. Y sólo un Ángel de los que asistían a María santísima, con los demás que descendieron del cielo para llevarla a la presencia de San Esteban, la volvieron al cenáculo.

196. Desde allí vio la gran Señora por especial visión todo el martirio de San Esteban y lo que en él sucedía; cómo lo llevaban fuera de la ciudad con gran violencia y vocería, dándole por blasfemo y digno de muerte; cómo Saulo era uno de los que más concurrían en ella y cómo celoso de la ley de Moisés guardaba los vestidos de todos los que se ahorraron de ellos para apedrear a San Esteban; cómo le herían las piedras que llovían sobre él y que algunas quedaban fijas en la cabeza del Mártir, engastadas con el esmalte de su sangre. Grande fue y muy sensible la compasión que nuestra Reina tuvo de tan crudo martirio, pero mayor el gozo de que San Esteban le consiguiese tan gloriosamente. Oraba con lágrimas la piadosa Madre, para no faltarle desde su oratorio, y cuando el invicto Mártir se reconoció cerca de expirar, dijo: Señor, recibid mi espíritu.— Y luego con alta voz puesto de rodillas añadió diciendo: Señor, no les imputéis a estos hombres este pecado (Act 7, 58-59).—En estas peticiones le acompañó también María santísima, con increíble júbilo de ver que el fiel discípulo imitaba tan ajustadamente a su Maestro, orando por sus enemigos y malhechores y entregando su espíritu en manos de su Criador y Reparador.

197. Expiró San Esteban oprimido y herido de las pedradas de los judíos, quedando ellos más endurecidos. Y al punto llevaron los Ángeles de la Reina aquella purísima alma a la presencia de Dios, para ser coronada de honor y gloria eterna. Recibióla Cristo nuestro Salvador con aquellas palabras de su Evangelio y doctrina: *Amigo, asciende más arriba* (Lc 14, 10); ven a mí, siervo fiel, que si en lo poco y breve lo fuiste, yo te premiaré con abundancia, y te confesaré delante de mi Padre por mi fiel siervo y amigo, porque tú me confesaste delante de los hombres.—Todos los Ángeles, Patriarcas y Profetas y todos los demás recibieron especial gozo

accidental aquel día y dieron el parabién al invicto Mártir, reconociéndole por primicias de la pasión del Salvador y capitán de los que después de su muerte le seguirían por el martirio. Y fue colocada aquella alma felicísima en lugar de gloria muy superior y cercana a la santísima humanidad de Cristo nuestro Salvador. La beatísima Madre participaba de este gozo por la visión que de todo tenía, y en alabanza del Altísimo hizo cánticos y loores con los Ángeles. Y los que volvieron del cielo dejando allá a San Esteban, le dieron gracias por los favores que había hecho al Santo, hasta colocarle en la felicidad eterna de que gozaba.

198. Murió San Esteban a los nueve meses después de la pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor, a veinte y seis de diciembre, el mismo día que la Santa Iglesia celebra su martirio, y aquel día cumplía treinta y cuatro años de edad, y también era el año treinta y cuatro del nacimiento de nuestro Salvador ya cumplido, un día entrado el año de treinta y cinco. De manera que San Esteban nació también otro día después del nacimiento del Salvador y sólo tuvo San Esteban de más edad los nueve meses que pasaron de la muerte de Cristo hasta la suya, pero en un día concurrió su nacimiento y su martirio, y así se me ha dado a entender. La oración de María santísima y la de San Esteban merecieron la conversión de Saulo, como adelante diremos (Cf. infra n. 263). Y para que fuese más gloriosa permitió el Señor que el mismo Saulo desde este día tomase por su cuenta perseguir la Iglesia y destruirla, señalándose sobre todos los judíos en la persecución que se movía después de la muerte de San Esteban, por haber quedado indignados contra los nuevos creyentes, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 202). Recogieron los discípulos el cuerpo del invicto Mártir y le dieron sepultura con grande llanto, por haberles faltado un varón tan sabio y defensor de la Ley de Gracia. Y en su relación me he alargado

algo, por haber conocido la insigne santidad de este primer Mártir y por haber sido tan devoto y favorecido de María santísima.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles.

199. Hija mía, los misterios divinos, representados y propuestos a los sentidos terrenos de los hombres, suenan poco en ellos cuando los hallan divertidos y acostumbrados a las cosas visibles cuando el interior no está puro, limpio y despejado de las tinieblas del pecado. Porque la capacidad humana, que por sí misma es pesada y corta para levantarse a cosas altas y celestiales, si a más de su limitada virtud se embaraza toda en atender y amar lo aparente, alejase más de lo verdadero y acostumbrada a la oscuridad se deslumbra con la luz. Por esta causa los hombres terrenos y animales hacen tan desigual y bajo concepto de las obras maravillosas del Altísimo y de las que yo también hice y hago cada día por ellos. Huellan las margaritas y no distinguen el pan de los hijos del grosero alimento de los brutos irracionales. Todo lo que es celestial y divino les parece insípido, porque no les sabe al gusto de los deleites sensibles, y así están incapaces para entender las cosas altas y aprovecharse de la ciencia de vida y pan de entendimiento que en ellas está encerrado.

200. Pero el Altísimo ha querido, carísima, reservarte de este peligro y te ha dado ciencia y luz, mejorando tus sentidos y potencias, para que, habilitados y avivados con la fuerza de la divina gracia, sientas y juzgues sin engaño de los misterios y sacramentos que te manifiesto. Y aunque muchas veces te he dicho que en la vida mortal no los penetrarás ni pesarás enteramente, pero debes y puedes según tus fuerzas hacer digno aprecio de ellos para tu enseñanza e imitación de mis obras. En la variedad o contrariedad de penas y desconsuelos con

que estuvo tejida toda mi vida, aun después que estuve con mi Hijo santísimo a su diestra en el cielo y volví al mundo, entenderás que la tuya, para seguirme como a Madre, ha de ser de la misma condición si quieres ser dichosa y mi discípula. En la prudente e igual humildad con que gobernaba a los Apóstoles y a todos los fieles sin parcialidad ni singularidad, tienes forma para saber cómo has de proceder en el gobierno de tus súbditas con mansedumbre, con modestia, con severidad humilde y sobre todo sin aceptación de personas y sin señalarte con ninguna en lo que a todas es debido y puede ser común. Esto facilita la verdadera caridad y humildad de los que gobiernan, porque si obrasen con estas virtudes no serían tan absolutos en el mandar, ni tan presuntuosos de su propio parecer, ni se pervertiría el orden de la justicia con tanto daño como hoy padece toda la cristiandad; porque la soberbia, la vanidad, el interés, el amor propio y de la carne y sangre se ha levantado con casi todas las acciones y obras del gobierno, con que se yerra todo y se han llenado las repúblicas de injusticias y confusión espantosa.

201. En el celo ardentísimo que yo tenía de la honra de mi Hijo santísimo y Dios verdadero, y que se predicase y defendiese su santo nombre; en el gozo que recibía cuando en esto se iban ejecutando su voluntad divina y se lograba en las almas el fruto de su pasión y muerte con dilatarse la Santa Iglesia; los favores que yo hice al glorioso mártir Esteban, porque era el primero que ofrecía su vida en esta demanda; en todo esto, hija mía, hallarás grandes motivos de alabar al Muy Alto por sus obras divinas y dignas de veneración y gloria, y para imitarme a mí, y bendecir a su inmensa bondad por la sabiduría que me dio para obrar en todo con plenitud de santidad en su agrado y beneplácito.

CAPITULO 12

La persecución que tuvo la Iglesia después de la muerte de San Esteban, lo que en ella trabajó nuestra Reina y cómo por su solicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica.

202. El mismo día que fue San Esteban apedreado y muerto —dice San Lucas (Act 8, 1)— se levantó una gran persecución contra la Iglesia que estaba en Jerusalén. Y señaladamente dice (Act 8, 3) que Saulo la devastaba, inquiriendo por toda la ciudad a los seguidores de Cristo para prenderlos o denunciarlos ante los magistrados, como lo hizo con muchos creyentes que fueron presos y maltratados y algunos muertos en esta persecución. Y aunque fue muy terrible por el odio que los príncipes de los sacerdotes tenían concebido contra todos los seguidores de Cristo y porque Saulo se mostraba entre todos más acérrimo defensor y emulador de la ley de Moisés, como él mismo lo dice en la epístola *ad Galatas* (Gal 1, 13), pero tenía esta indignación judaica otra causa oculta, que ellos mismos aunque la sentían en los efectos la ignoraban en su principio de dónde se originaba.

203. Esta causa era la solicitud de Lucifer y sus demonios, que con el martirio de San Esteban se turbaron, alteraron y conmovieron con diabólica indignación contra los fieles, y más contra la Reina y Señora de la Iglesia María santísima. Permitióle el Señor a este Dragón, para mayor confusión suya, que la viese cuando la llevaron los Ángeles a la presencia de San Esteban. Y de este beneficio tan extraordinario y de la constancia y sabiduría de San Esteban, sospechó Lucifer que la poderosa Reina haría lo mismo con otros Mártires que se ofrecerían a morir por el nombre de Cristo, o que por lo menos ella les ayudaría y asistiría con su protección y amparo para que no temiesen los tormentos

y la muerte pero se entregasen a ella con invencible corazón. Era este medio de los tormentos y dolores el que la diabólica astucia había arbitrado para acobardar a los fieles y retraerlos de la secuela de Cristo nuestro Salvador, pareciéndole que los hombres aman tanto su vida y temen la muerte y los dolores, y más cuanto más violentos, que por no llegar a padecerlos y morir en ellos negarían la fe y se retraerían de admitirla. Y este arbitrio siguió siempre la serpiente, aunque en el discurso de la Iglesia le engañó con él su propia malicia, como le había sucedido en la cabeza de los santos, Cristo Señor nuestro, donde se engañó primero.

204. Pero en esta ocasión, como era al principio de la Iglesia y se halló tan turbado el Dragón con irritar a los judíos contra San Esteban, quedó confuso. Y cuando le vio morir tan gloriosamente, juntó a los demonios y les dijo así: Turbado estoy con la muerte de este discípulo y con el favor que ha recibido de aquella Mujer nuestra enemiga, porque si esto hace con otros discípulos y seguidores de su Hijo a ninguno podremos vencer ni derribar con el medio de los tormentos y de la muerte, antes con el ejemplo se animarán a morir y padecer todos como su Maestro; y por el camino que intentamos destruirlos venimos a quedar vencidos y oprimidos, pues, para tormento nuestro, el mayor triunfo y victoria que pueden ganar de nosotros es dar la vida por la fe que deseamos extinguir. Perdidos vamos por este camino, pero no hallo otro, ni atino con el modo de perseguir a este Dios humanado y a su Madre y seguidores. ¿Es posible que los hombres sean tan pródigos de la vida que tanto apetecen y que sintiendo tanto el padecer se entreguen a los tormentos por imitar a su Maestro? Más no por esto se aplaca mi justa indignación. Yo haré que otros se ofrezcan a la muerte por mis engaños, como lo hacen éstos por su Dios. Y no todos merecerán el amparo de aquella mujer invencible, ni todos serán tan

esforzados que quieran padecer tormentos tan inhumanos como yo les fabricaré. Vamos, e irritemos a los judíos nuestros amigos, para que destruyan esta gente y borren de la tierra el nombre de su Maestro.

205. Luego puso Lucifer en ejecución este dañado pensamiento y con multitud innumerable de demonios fue a todos los príncipes y magistrados de los judíos, y a los demás del pueblo que reconocía más incrédulos, y a todos los llenó de confusión y furiosa envidia contra los seguidores de Cristo, y con sugestiones y falacias les encendió el engañoso celo de la ley de Moisés y tradiciones antiguas de sus pasados. No era dificultoso para el demonio sembrar esta cizaña en corazones tan estragados con otros muchos pecados, y así la admitieron con toda su voluntad. Y luego en muchas juntas y diferencias trataron de acabar de una vez con todos los discípulos y seguidores de Cristo. Unos decían que los desterrasen de Jerusalén, otros que de todo el reino de Israel, otros que a ninguno dejasen con vida para que de una vez se extinguiese aquella secta; otros, finalmente, eran de parecer que los atormentasen con rigor, para poner miedo y escarmiento a los demás que no se llegasen a ellos y los privasen luego de sus haciendas antes que las pudiesen consumir entregándolas a los Apóstoles. Y fue tan grave esta persecución, como dice San Lucas (Act 8, 1ss), que los setenta y dos discípulos huyeron de Jerusalén, derramándose por toda Judea y Samaría, aunque iban predicando por toda la tierra con invicto corazón. Y en Jerusalén quedaron los Apóstoles con María santísima y otros muchos fieles, aunque éstos estaban encogidos y como amilanados, ocultándose muchos de las diligencias con que Saulo los buscaba para prenderlos.

206. La beatísima María, que a todo esto estaba presente y atenta, en primer lugar aquel día de la muerte

de San Esteban dio orden que su santo cuerpo fuese recogido y sepultado —que aun esto se hizo por su mandato— y pidió la trajesen una cruz que llevaba consigo el Mártir. Habíala hecho a imitación de la misma Reina, porque después de la venida del Espíritu Santo trajo otra consigo la divina Señora, y con su ejemplo los demás fieles comúnmente las llevaban en la primitiva Iglesia. Recibió esta cruz de San Esteban con especial veneración, así por ella misma como por haberla traído el Mártir. Llamóle Santo, y mandó recoger lo que fuese posible de su sangre y que se tuviese con estimación y reverencia, como de Mártir ya glorioso. Alabó su santidad y constancia en presencia de los Apóstoles y de muchos fieles, para consolarlos y animarlos con su ejemplo en aquella tribulación.

207. Y para que entendamos en alguna parte la grandeza del corazón magnánimo que manifestó nuestra Reina en esta persecución y en las demás que tuvo la Iglesia en el tiempo de su vida santísima, es necesario recopilar los dones que la comunicó el Altísimo, reduciéndolos a la participación de sus divinos atributos, tan especial e inefable cuanto era menester para confiar de esta mujer fuerte todo el corazón de su varón (Prov 31, 11) y fiarle todas las obras *ad extra* que hizo la omnipotencia de su brazo; porque en el modo de obrar que tenía María santísima, sin duda trascendía toda la virtud de las criaturas y se asimilaba a la del mismo Dios, cuya única imagen o estampa parecía. Ninguna obra ni pensamiento de los hombres le era oculta, y todos los intentos y maquinaciones de los demonios penetraba; nada de lo que convenía hacer en la Iglesia ignoraba. Y aunque todo esto junto lo tenía comprendido en su mente, ni se turbaba en la disposición interior de tantas cosas, ni se embarazaba en unas para otras, ni se confundía ni afanaba en la ejecución, ni se fatigaba por la dificultad, ni por la multitud se oprimía, ni por acudir a

los más presentes se olvidaba de los ausentes, ni en su prudencia había vacío ni defecto; porque parecía inmensa y sin limitación alguna, y así atendía a todo como a cada cosa en particular y a cada uno como si fuera solo de quien cuidaba. Y como el sol que sin molestia ni cansancio ni olvido todo lo alumbra, vivifica y calienta sin mengua suya, así nuestra gran Reina, escogida como el sol para su Iglesia, la animaba y daba vida a todos sus hijos sin faltar a ninguno.

208. Y cuando la vio tan turbada, perseguida y afligida con la persecución de los demonios y de los hombres a quien irritaban, luego se convirtió contra los autores de la maldad y mandó imperiosamente a Lucifer y sus ministros que por entonces descendiesen al profundo, a donde sin poderlo resistir cayeron al punto dando bramidos y así estuvieron ocho días enteros como atados y encarcelados, hasta que se les permitió levantarse otra vez. Hecho esto, llamó a los Apóstoles y los consoló y animó para que estuviesen constantes y esperasen el favor divino en aquella tribulación, y en virtud de esta exhortación ninguno salió de Jerusalén. Los discípulos, que por ser muchos se ausentaron, porque no se pudieran ocultar como entonces convenía, fueron todos a despedirse de su Madre y Maestra y salir con su bendición. Y a todos los amonestó y alentó y les ordenó que por miedo de la persecución no desfalleciesen ni dejasen de predicar a Cristo crucificado, como de hecho le predicaron en Judea y Samaría y otras partes. Y en los trabajos que se les ofrecieron los confortó y socorrió por ministerio de los Santos Ángeles que les enviaba, para que los animasen y llevasen cuando fuese necesario; como sucedió a San Felipe [Día 6 de junio: Caesaréae {Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea}, in Palestina, natális beáti Philíppi, qui fuit unus de septem primis Diáconis. Hic, signis et prodígiis clarus, Samaríam ad Christi fidem convértit, et Reginae Aethíopum Cándacis

Eunúchum baptizavit, ac demum apud Caesaréam {Palestinae} requiévit. Juxta ipsum tres Vírgines, ejus fíliae ac Prophetíssae, tumulátae jacent; nam quarta filia ejus, plena Spíritu sancto, Ephesi occúbuit.] en el camino de la ciudad de Gaza, cuando bautizó al etíope criado de la reina Candaces, que refiere San Lucas en el capítulo 8 (Act 8, 26-40). Y para socorrer a los fieles que estaban en el artículo de la muerte enviaba también a los mismos Ángeles que les ayudasen, y luego cuidaba de socorrer en el purgatorio a las almas que a él iban.

209. Los cuidados y trabajo de los Apóstoles en esta persecución fueron mayores que en los otros fieles, porque como maestros y fundadores de la Iglesia convenía que asistiesen a toda ella así en Jerusalén como fuera de la ciudad. Y aunque estaban llenos de ciencia y dones del Espíritu Santo, con todo eso la empresa era tan ardua y la contradicción tan poderosa, que muchas veces sin el consejo y dirección de su única Maestra se hallaran algo atajados y oprimidos. Y por eso la consultaban frecuentemente, y ella los llamaba y ordenaba las juntas y conferencias que más convenía tratasen, conforme a las ocasiones y negocios que ocurrían, porque sola ella penetraba las cosas presentes y prevenía con certeza las futuras. Entre todas estas ocupaciones propias y tribulaciones de sus fieles, que amaba y cuidaba como a hijos, estaba la gran Señora inmutable en un ser perfectísimo de tranquilidad y sosiego, con inviolable serenidad de su espíritu.

210. Disponía las acciones de manera que le quedaba tiempo para retirarse muchas veces a solas, y aunque para orar no le impedían las obras exteriores, pero en soledad hacía muchas reservadas para el secreto de sí misma. Postrábase en tierra, pegábase con el polvo, suspiraba y lloraba por el remedio de los mortales y por la caída de tantos como conocía réprobos. Y como en su

corazón purísimo tenía escrita la Ley Evangélica y la estampa de la Iglesia con el discurso de ella y los trabajos y tribulaciones que los fieles habían de padecer, todo esto lo confería con el Señor y consigo misma, para disponer y ordenar todas las cosas con aquella divina luz y ciencia de la voluntad santa del Altísimo. Allí renovaba aquella participación del ser de Dios y de sus perfecciones, de que necesitaba para tan divinas obras como en el gobierno [como medianera de todas las gracias y con sus consejos] de la Iglesia hacía, sin faltar a ninguna, con tanta plenitud de sabiduría y santidad que en todas parecía más que pura criatura, aunque lo era. Porque en sus pensamientos era levantada en sabiduría inestimable, en consejos prudentísima, en juicios rectísima y acertada, en obras santísima, en palabras verdadera y sencilla y en toda bondad perfecta y especiosa; para los flacos piadosa, para los humildes amorosa y suave, para los soberbios de majestad severa: ni la excelencia propia la levantaba, ni la adversidad la turbaba, ni los trabajos la vencían; y en todo era un retrato de su Hijo santísimo en el obrar.

211. Consideró la prudentísima Madre que, habiéndose derramado los discípulos a predicar el nombre y fe de Cristo nuestro Salvador, no llevaban instrucción ni arancel expreso y determinado para gobernarse todos uniformemente en la predicación sin diferencia ni contradicción y para que todos los fieles creyesen unas mismas verdades expresas. Conoció asimismo que los Apóstoles era necesario que se repartiesen luego por todo el orbe a dilatar y fundar la Iglesia con su predicación y que convenía fuesen todos unidos en la doctrina sobre que se había de fundar toda la vida y perfección cristiana. Para todo esto la prudentísima Madre de la sabiduría juzgó que convenía reducir a una breve suma todos los misterios divinos que los Apóstoles habían de predicar y los fieles creer, para que estas

verdades epilogadas en pocos artículos estuviesen más en pronto para todos y en ellas se uniese toda la Iglesia sin diferencia esencial y sirviesen como de columnas inmutables para levantar sobre ellas el edificio espiritual de esta nueva Iglesia evangélica.

212. Para disponer María santísima este negocio, cuya importancia conocía, representó sus deseos al mismo Señor que se los daba y por más de cuarenta días perseveró en esta oración con ayunos, postraciones y otros ejercicios. Y así como, para que Dios diese la ley escrita fue conveniente que Moisés ayunase y orase cuarenta días en el monte Sinaí como medianero entre Dios y el pueblo, así también para la ley de gracia fue Cristo nuestro Salvador autor y medianero entre su Padre eterno y los hombres y María santísima fue medianera entre ellos y su Hijo santísimo, para que la Iglesia evangélica recibiese esta nueva ley escrita en los corazones reducida a los artículos de la fe, que no se mudarán ni faltarán en ella porque son verdades divinas e indefectibles. Un día de los que perseveró en estas peticiones hablando con el Señor, dijo así: Altísimo Señor y Dios eterno, Criador y Gobernador de todo el universo, por Vuestra inefable clemencia habéis dado principio a la magnífica obra de Vuestra Santa Iglesia. No es, Señor mío, conforme a Vuestra sabiduría dejar imperfectas las obras de Vuestra poderosa diestra; llevad, pues, a su alta perfección esta obra que tan gloriosamente habéis comenzado. No os impidan, Dios mío, los pecados de los mortales, cuando sobre su malicia está clamando la sangre y muerte de vuestro Unigénito y mío, pues no son estos clamores para pedir venganza como la sangre de Abel (Gen 4, 11), mas para pedir perdón de los mismos que la derramaron. Mirad a los nuevos hijos que os ha engendrado y a los que tendrá Vuestra Iglesia en los futuros siglos, y dad vuestro divino Espíritu a Pedro vuestro vicario y a los demás Apóstoles para que acierten

a disponer en orden conveniente las verdades en que ha de estribar Vuestra Iglesia y sepan sus hijos lo que deben creer todos sin diferencia.

213. Para responder a estas peticiones de la Madre, descendió de los cielos personalmente su Hijo santísimo Cristo nuestro Salvador y manifestándosele con inmensa gloria la habló y dijo: Madre mía y paloma mía, descansad en vuestras ansias afectuosas y saciad con mi presencia y vista la viva sed que tenéis de mi gloria y aumento de mi Iglesia. Yo soy el que puedo y quiero dárselos, y vos, Madre mía, la que podéis obligarme y nada negaré a vuestras peticiones y deseos.—A estas razones estuvo María santísima postrada en tierra adorando la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero. Y luego Su Majestad la levantó y la llenó de inefable gozo y júbilos con darle su bendición y con ella nuevos dones y favores de su omnipotente diestra. Estuvo algún rato con este gozo de su Hijo y Señor con altísimos y misteriosos coloquios, con que se templaron las ansias que padecía por los cuidados de la Iglesia, porque le prometió Su Majestad grandes beneficios y dones para ella.

214. Y en la petición que la Reina hacía para los Apóstoles, a más de la promesa del Señor que los asistiría para que acertasen a disponer el Símbolo de la fe, declaró Su Majestad a su Madre santísima los términos y palabras y proposiciones de que por entonces se había de formar. De todo estaba capaz la prudentísima Señora, como se dijo en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 733ss) más por extenso; pero ahora que llegaba el tiempo de ejecutarse todo lo que de tan lejos había entendido, quiso renovarlo todo en el purísimo corazón de su Madre Virgen, para que de boca del mismo Cristo saliesen las verdades infalibles en que se funda su Iglesia. Fue también conveniente prevenir de nuevo la

humildad de la gran Señora, para que con ella se conformase a la voluntad de su Hijo santísimo en haberse de oír nombrar en el Credo por Madre de Dios y Virgen antes y después del parto, viviendo en carne mortal entre los que habían de predicar y creer esta verdad divina. Pero no se pudo temer que oyese predicar tan singular excelencia de sí misma, la que mereció que mirara Dios su humildad (Lc 1, 48) para obrar en ella la mayor de sus maravillas, y más pesa el ser Madre y Virgen, conociéndolo ella, que oírlo predicar en la Iglesia.

215. Despidióse Cristo nuestro bien de su beatísima Madre y se volvió a la diestra de su Eterno Padre. Y luego inspiró en el corazón de su vicario San Pedro y los demás que ordenasen todos el Símbolo de la fe universal de la Iglesia. Y con esta moción fueron a conferir con la divina Maestra las conveniencias y necesidad que había en esta resolución. Determinóse entonces que ayunasen diez días continuos y perseverasen en oración, como lo pedía tan arduo negocio, para que en él fuesen ilustrados del Espíritu Santo. Cumplidos estos diez días, y cuarenta que la Reina trataba con el Señor esta materia, se juntaron los doce Apóstoles en presencia de la gran Madre y Maestra de todos, y San Pedro les hizo una plática en que les dijo estas razones:

216. Hermanos míos carísimos, la divina misericordia por su bondad infinita y por los merecimientos de nuestro Salvador y Maestro Jesús, ha querido favorecer a su Santa Iglesia comenzando a multiplicar sus hijos tan gloriosamente, como en pocos días todos lo conocemos y experimentamos. Y para esto su brazo todopoderoso ha obrado tantas maravillas y prodigios y cada día los renueva por nuestro ministerio, habiéndonos elegido, aunque indignos, para ministros de su divina voluntad en esta obra de sus manos y para gloria y honra de su santo nombre. Junto con estos favores nos ha enviado

tribulaciones y persecuciones del demonio y del mundo, para que con ellas le imitemos como a nuestro Salvador y caudillo y para que la Iglesia con este lastre camine más segura al puerto del descanso y eterna felicidad. Los discípulos se han derramado por las ciudades circunvecinas por la indignación de los príncipes de los sacerdotes y predican en todas partes la fe de Cristo nuestro Señor y Redentor. Y nosotros será necesario que vayamos luego a predicarla por todo el orbe, como nos lo mandó el Señor antes de subir a los cielos. Y para que todos prediquemos una misma doctrina y los fieles la crean, porque la santa fe ha de ser una como es uno el bautismo (Ef 4, 5) en que la reciben, conviene que ahora todos juntos y congregados en el Señor determinemos las verdades y misterios que a todos los creyentes se les han de proponer expresamente, para que todos sin diferencia los crean en todas las naciones del mundo. Promesa es infalible de nuestro Salvador que donde se congregaren dos o tres en su nombre estará en medio de ellos (Mt 18, 20), y en esta palabra esperamos con firmeza que nos asistirá ahora su divino Espíritu para que en su nombre entendamos y declaremos con decreto invariable los artículos que ha de recibir la Iglesia Santa, para fundarse en ellos hasta el fin del mundo, pues ha de permanecer hasta entonces.

217. Aprobaron todos los Apóstoles esta proposición de San Pedro, y luego el mismo Santo celebró una Santa Misa y comulgó a María santísima y a los otros Apóstoles, y acabada se postraron en tierra, orando e invocando al divino Espíritu, y lo mismo hizo María santísima. Y habiendo orado algún espacio de tiempo, se oyó un tronido como cuando el Espíritu Santo vino la primera vez sobre todos los fieles que estaban congregados y al punto fue lleno de luz y resplandor admirable el cenáculo donde estaban y todos fueron ilustrados y llenos del Espíritu Santo. Y luego María santísima les pidió que

cada uno pronunciase y declarase un misterio, o lo que el Espíritu divino le administraba. Comenzó San Pedro y prosiguieron todos en esta forma:

San Pedro: ***Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.***

San Andrés: ***Y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor.***

Santiago el Mayor: ***Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen.***

San Juan: ***Padeció debajo del poder de Poncio Piloto, fue crucificado, muerto y sepultado.***

Santo Tomás: ***Bajó a los infiernos, resucitó al tercero día de entre los muertos.***

Santiago el Menor: ***Subió a los cielos, está asentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso.***

San Felipe: ***Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.***

San Bartolomé: ***Creo en el Espíritu Santo.***

San Mateo: ***La santa Iglesia católica, la comunión de los Santos.***

San Simón: ***El perdón de los pecados.***

San [Judas] Tadeo: ***La resurrección de la carne.***

San Matías: ***La vida perdurable. Amén.***

218. Este Símbolo, que vulgarmente llamamos el Credo, ordenaron los Apóstoles después del martirio de San

Esteban y antes que se cumpliera el año de la muerte de nuestro Salvador. Y después la Santa Iglesia, para convencer la herejía de Arrio [que niega a la divinidad de Jesús] y otros herejes en los concilios que contra ellos hizo, explicó más los misterios que contiene el Símbolo de los Apóstoles y compuso el Símbolo o Credo que se canta en la Santa Misa. Pero en sustancia entrambos son una misma cosa y contienen los doce artículos que nos propone la doctrina cristiana para catequizarnos en la fe, con la cual tenemos obligación de creerlos para ser salvos. Y al punto que los Apóstoles acabaron de pronunciar todo este Símbolo, el Espíritu Santo lo aprobó con una voz que se oyó en medio de todos y dijo: Bien habéis determinado.—Y luego la gran Reina y Señora de los cielos dio gracias al Muy Alto con todos los Apóstoles, y también se las dio a ellos porque habían merecido la asistencia del divino Espíritu para hablar como instrumentos suyos con tanto acierto en gloria del Señor y beneficio de la Iglesia. Y para mayor confirmación y ejemplo de sus fieles, se puso de rodillas la prudentísima Maestra a los pies de San Pedro y protestó la santa fe católica como se contiene en el Símbolo que acabaron de pronunciar. Y esto hizo por sí y por todos los hijos de la Iglesia con estas palabras, hablando con San Pedro: Señor mío, a quien reconozco por vicario de mi Hijo santísimo, en vuestras manos, yo vil gusanillo, en mi nombre y en el de todos los fieles de la Iglesia, confieso y protesto todo lo que habéis determinado por verdades infalibles y divinas de fe católica y en ellas bendigo y alabo al Altísimo de quien proceden.—-Besó la mano al Vicario de Cristo y a los demás Apóstoles, siendo la primera que protestó la fe santa de la Iglesia después que se determinaron sus artículos.

Doctrina que me dio la gran Señora de los ángeles María santísima.

219. Hija mía, sobre lo que has escrito en este capítulo quiero para tu mayor enseñanza y consuelo manifestarte otros secretos de mis obras. Después que los Apóstoles ordenaron el Credo, te hago saber que le repetía yo muchas veces al día, puesta de rodillas y con profunda reverencia. Y cuando llegaba a pronunciar aquel artículo que *nació de María Virgen,* me postraba en tierra con tal humildad, agradecimiento y alabanza del Altísimo, que ninguna criatura lo puede comprender. Y en estos actos tenía presentes todos los mortales, para hacerlos también por ellos y suplir la irreverencia con que habían de pronunciar tan venerables palabras. Y por mi intercesión ha ilustrado el Señor a la Iglesia Santa, para que repita tantas veces en el oficio divino el *Credo, Ave María y Pater noster,* y que las religiones tengan por costumbre humillarse cuando las dicen, y todos hincar la rodilla en el Credo de la Misa a las palabras: *Et incarnatus est,* etc., para que en alguna parte cumpla la Iglesia con la deuda que tiene por haberle dado el Señor esta noticia y por los misterios tan dignos de reverencia y agradecimiento como el Símbolo contiene.

220. Otras muchas veces mis Santos Ángeles solían cantarme el Credo con celestial armonía y suavidad, con que mi espíritu se alegraba en el Señor. Otras veces me cantaban el Ave María hasta aquellas palabras: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.* Y cuando nombraban este santísimo nombre o el de María, hacían profundísima inclinación, con que me inflamaban de nuevo en afectos de humildad amorosa y me pegaba con el polvo reconociendo el ser de Dios comparado con el mío terreno. Oh hija mía, queda, pues, advertida de la reverencia con que debes pronunciar el Credo, Pater noster y Ave María y no incurras en la inadvertida grosería que en esto cometen muchos fieles. Y no por la frecuencia con que en la Iglesia se dicen estas oraciones y divinas palabras se les ha de perder su debida

veneración. Pero este atrevimiento resulta de que las pronuncian con los labios y no meditan ni atienden a lo que significan y en sí contienen. Para ti quiero que sean materia continua de tu meditación, y por esto te ha dado el Altísimo el cariño que tienes a la doctrina cristiana, y le agrada a Su Majestad y a mí que la traigas contigo y la leas muchas veces, como lo acostumbras, y de nuevo te lo encargo desde hoy. Y aconséjalo a tus súbditas, porque ésta es joya que adorna a las esposas de Cristo y la debían traer consigo todos los cristianos.

221. Sea también documento para ti el cuidado que yo tuve de que se escribiese el Símbolo de la fe, luego que fue necesario en la Santa Iglesia. Muy reprensible tibieza es conocer lo que toca a la gloria y servicio del Altísimo y al beneficio de la propia conciencia y no ponerlo luego por obra, o a lo menos hacer las diligencias posibles para conseguirlo. Y será mayor esta confusión para los hombres, pues ellos, cuando les falta alguna cosa temporal, no quieren esperar dilación en conseguirla y luego claman y piden a Dios que se las envíe a satisfacción, como sucede si les falta la salud o frutos de la tierra y aun otras cosas menos necesarias o más superfluas y peligrosas, y al mismo tiempo, aunque conozcan en muchas obligaciones la voluntad y agrado del Señor, no se dan por entendidos o las dilatan con desprecio y desamor. Atiende, pues, a este desorden para no cometerle, y como yo fui tan solícita en lo que convenía hacer para los hijos de la Iglesia, procura tú ser puntual en todo lo que entendieres ser voluntad de Dios, ahora sea para el beneficio de tu alma, ahora para otras, a imitación mía.

CAPITULO 13

Remitió María santísima el Símbolo de la fe a los discípulos y a otros fieles, obraron con él grandes

milagros, fue determinado el repartimiento del mundo a losAapóstoles y otras obras de la gran Reina del cielo.

222. Era tan diligente, vigilante y oficiosa la prudentísima María en el gobierno [como medianera de todas las gracias y con sus consejos] de su familia la Santa Iglesia, como madre y mujer fuerte, de quien dijo el Sabio que consideró las sendas y caminos de su casa para no comer el pan ociosa (Prov 31, 27). Considerólos y conociólos la gran Señora con plenitud de ciencia, y como estaba adornada y vestida de la púrpura de la caridad y de la candidez de su incomparable pureza, así como nada ignoraba, nada omitía de cuanto necesitaban sus hijos y domésticos los fieles. Luego que se formó el Símbolo de los Apóstoles hizo por sus manos innumerables copias de él, asistiéndola sus Santos Ángeles, ayudándola y sirviéndola también de secretarios para escribir, y para que sin dilación le recibiesen todos los discípulos que andaban derramados y predicando por Palestina. Se lo remitió a cada uno con algunas copias para que las repartiesen y con carta particular en que se lo ordenaba y le daba noticia del modo y forma que los Apóstoles habían guardado para componer y ordenar aquel Símbolo, que se había de predicar y enseñar a todos los que viniesen a la fe para que le creyesen y confesasen.

223. Y porque los discípulos estaban en diferentes ciudades y lugares, unos lejos y otros más cerca, a los más vecinos les remitió el Símbolo y su instrucción por mano de otros fieles que se las entregaban y a los de más lejos las envió con sus Ángeles, que a unos de los discípulos se les manifestaban y les hablaban, y esto sucedió con los más, pero a otros no se manifestaron y se les dejaban en pliego en sus manos invisiblemente, inspirándoles en el corazón admirables efectos, y por ellos y las cartas de la misma Reina conocían el orden

por donde venía el despacho. Sobre estas diligencias que hizo por sí misma, dio orden a los Apóstoles para que ellos en Jerusalén y otros lugares distribuyesen también el Símbolo que habían escrito y que informasen a todos los creyentes de la veneración en que le debían tener por los altísimos misterios que contenía y por haberle ordenado el mismo Señor, enviando al Espíritu Santo para que le inspirase y aprobase, y cómo había sucedido y todo lo demás que era necesario para que entendiesen todos que aquella era fe única, invariable y cierta, que se había de creer, confesar y predicar en la Iglesia para conseguir la gracia y la vida eterna.

224. Con esta instrucción y diligencias, en muy pocos días se distribuyó el Credo de los Apóstoles entre los fieles de la Iglesia, con increíble fruto y consuelo de todos, porque con el fervor que comúnmente todos tenían lo recibieron con suma veneración y devoción. Y el Espíritu divino, que lo había ordenado para firmeza de la Iglesia, lo fue confirmando luego con nuevos milagros y prodigios, no sólo por mano de los Apóstoles y discípulos, sino también por la de otros muchos creyentes. Muchos que le recibieron escrito con especial veneración y afecto, recibieron al Espíritu Santo en forma visible, que venía sobre ellos con una divina luz que los rodeaba exteriormente y los llenaba de ciencia y celestiales efectos. Y con esta maravilla se movían y encendían otros en el deseo ardentísimo de tenerle y reverenciarle. Otros con poner el Credo sobre los enfermos, muertos y endemoniados les daban salud a los enfermos, resucitaban los difuntos y expelían a los demonios. Y entre estas maravillas sucedió un día que un judío incrédulo, oyendo a un católico que leía con devoción el Credo, se irritó contra el creyente con gran furor y fue a quitársele de las manos, y antes de ejecutarlo cayó el judío muerto a los pies del católico. A los que desde entonces se iban bautizando como eran adultos, se les

mandaba que luego protestasen la fe por el Símbolo apostólico, y con esta confesión y protesta venía sobre ellos el Espíritu Santo visiblemente.

225. Continuábase también muy notoriamente el don de lenguas que daba el Espíritu Santo, no sólo a los que le recibieron el día de Pentecostés, sino a muchos fieles que le recibieron después y ayudaban a predicar o catequizar a los nuevos creyentes, porque cuando hablaban o predicaban a muchos juntos de diversas naciones entendía cada nación su lengua, aunque hablasen sola la lengua hebrea. Y cuando enseñaban a los de una lengua o nación les hablaban en ella, como arriba se dijo (Cf. supra n. 83) en la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Fuera de estas maravillas hacían otras muchas los Apóstoles, porque cuando ponían las manos sobre los creyentes o los confirmaban en la fe venía también sobre ellos el Espíritu Santo. Y fueron tantos los milagros y prodigios que obró el Altísimo en aquellos principios de la Iglesia, que fueran menester muchos volúmenes para escribirlos todos. San Lucas escribió en los Actos apostólicos los que en particular convino escribir, para que no todos los ignorase la Iglesia, y en común dijo que eran muchos (Act 2, 43), porque no se podían reducir a tan breve historia.

226. Conociendo y escribiendo esto me hizo gran admiración la liberalísima bondad del Todopoderoso en enviar tan frecuentemente al Espíritu Santo en forma visible sobre los creyentes de la primitiva Iglesia. Y a esta admiración me fue respondido lo siguiente: Lo uno, que tanto como esto pesaba en la sabiduría, bondad y poder de Dios traer a los hombres a la participación de su divinidad en la felicidad y gloria eterna; y como para conseguir este fin el Verbo eterno bajó del cielo en carne visible comunicable y pasible, así la tercera persona descendió en otra forma visible sobre la Iglesia en el

modo que convenía tantas veces, para fundarla y establecerla con igual firmeza y demostraciones de la omnipotencia divina y del amor que le tiene. Lo otro, porque en los principios estaban por una parte muy recientes los méritos de la pasión y muerte de Cristo, juntos con las peticiones e intercesión de su Madre santísima, que en la aceptación del Eterno Padre —a nuestro modo de entender— obraban con mayor fuerza, porque no se habían interpuesto los muchos y gravísimos pecados que después han cometido los mismos hijos de la Iglesia, con que han puesto tantos óbices a los beneficios del Señor y a su divino Espíritu, para que no se manifieste tan familiarmente con los hombres ahora como en la primitiva Iglesia.

227. Pasado ya un año de la muerte de nuestro Salvador, con inspiración divina trataron los Apóstoles de salir a predicar la fe por todo el mundo, porque ya era tiempo se publicase a las gentes el nombre de Dios y se les enseñase el camino de la salvación eterna. Y para saber la voluntad del Señor en la distribución de los reinos y provincias que a cada uno le habían de tocar en su predicación, por consejo de la Reina determinaron ayunar y orar diez días continuos. Esta costumbre en los negocios más arduos guardaron después que pasada la Ascensión perseveraron en la misma oración y ayunos, disponiéndose para la venida del Espíritu Santo por todos aquellos diez días. Y cumplidos estos ejercicios, el día último celebró Santa Misa el Vicario de Cristo y comulgó a María santísima y a los once Apóstoles, como lo hicieron para determinar el Símbolo y queda dicho en el capítulo precedente. Después de la Santa Misa y comunión estuvieron todos con la Reina en altísima oración, invocando singularmente al Espíritu Santo para que les asistiese y manifestase su voluntad santa en aquel negocio.

228. Hecho esto, les habló San Pedro y les dijo: Carísimos hermanos, postrémonos todos juntos ante el acatamiento divino y de todo corazón y suma reverencia confesemos a nuestro Señor Jesucristo por verdadero Dios, Maestro y Redentor del mundo, y protestemos su santa fe con el Símbolo que nos ha dado por el Espíritu Santo, ofreciéndonos al cumplimiento de su divina voluntad.—Hiciéronlo así y dijeron el Credo y luego prosiguieron en voz con el mismo San Pedro, diciendo: Altísimo Dios eterno, estos viles gusanillos y pobres hombres, a quienes nuestro Señor Jesucristo por la dignación de sola su clemencia eligió por ministros para enseñar su doctrina y predicar su santa ley y fundar su Iglesia por todo el mundo, nos postramos en Vuestra divina presencia con un mismo corazón y un alma. Y para el cumplimiento de Vuestra voluntad eterna y santa nos ofrecemos a padecer y sacrificar nuestras vidas por la confesión de vuestra santa fe, enseñarla y predicarla en todo el mundo, como nuestro Señor y Maestro Jesús nos lo dejó mandado. Y no queremos perdonar trabajo, ni molestia, ni tribulación, que para esta obra fuere necesario padecer hasta la muerte. Pero desconfiando de nuestra fragilidad, os suplicamos, Señor y Dios altísimo, enviéis sobre nosotros a vuestro divino Espíritu que nos gobierne y encamine nuestros pasos por el camino recto e imitación de nuestro Maestro y nos vista de nueva fortaleza, y ahora nos manifieste y enseñe a qué reino o provincias será más agradable a Vuestro beneplácito que nos repartamos para predicar Vuestro santo nombre.

229. Acabada esta oración, descendió sobre el cenáculo una admirable luz que los rodeó a todos y se oyó una voz que dijo: Mi vicario Pedro señale a cada uno las provincias y esa será su suerte. Yo le gobernaré y asistiré con mi luz y espíritu.—Este nombramiento remitió el Señor a San Pedro para confirmar de nuevo en aquella

ocasión la potestad que le había dado de cabeza y pastor universal de toda la Iglesia y para que los demás Apóstoles entendiesen que la habían de fundar en todo el mundo debajo de la obediencia de San Pedro y de sus sucesores, a los cuales había de estar sujeta y subordinada como a vicarios de Cristo. Así lo entendieron todos, y así se me ha dado a conocer que fue ésta la voluntad del Muy Alto. Y en su ejecución, en oyendo San Pedro aquella voz, comenzó por sí mismo el repartimiento de los reinos, y dijo: Yo, Señor, me ofrezco a padecer y morir, siguiendo a mi Redentor y Maestro, predicando su santo nombre y fe ahora en Jerusalén y después en Ponto, Galacia, Bitinia y Capadocia, provincias del Asia, y tomaré asiento primero en Antioquía y después en Roma, donde asentaré y fundaré la cátedra de Cristo nuestro Salvador y Maestro, para que allí tenga su lugar la cabeza de su Santa Iglesia.—Esto dijo San Pedro, porque tenía orden del Señor para que señalase a la Iglesia Romana por asiento y para cabeza de toda la Iglesia universal. Y sin este orden no determinara San Pedro negocio tan arduo y de tanto peso.

230. Prosiguió San Pedro y dijo:

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Andrés le seguirá predicando su santa fe en las provincias de Scitia de Europa, Epiro y Tracia, y desde la ciudad de Patras en Acaya gobernará a toda aquella provincia y lo demás de su suerte en lo que pudiere.

El siervo de Cristo, nuestro hermano carísimo Santiago el Mayor, le seguirá en la predicación de la fe en Judea, en Samaría y en España, de donde volverá a esta ciudad de Jerusalén y predicará la doctrina de nuestro Señor y Maestro.

El carísimo hermano Juan obedecerá a la voluntad de nuestro Salvador y Maestro, como se la manifestó desde la Cruz. Cumplirá con el oficio de hijo con nuestra gran Madre y Señora. Servirála y la asistirá con reverencia y fidelidad de hijo y la administrará el sagrado misterio de la Eucaristía, y cuidará también de los fieles de Jerusalén en nuestra ausencia. Y cuando nuestro Dios y Redentor llevare consigo a los cielos a su beatísima Madre, seguirá a su Maestro en la predicación del Asia Menor y cuidará de aquellas iglesias desde la isla de Patmos, a donde irá por la persecución.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Tomás le seguirá predicando en la India, en la Persia y en los partos, medos, hircanos, bracmanes y bactrios. Bautizará a los tres Reyes magos y les dará noticia de todo lo que la esperan y le buscarán ellos mismos por la fama que oirán de su predicación y milagros.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Jacobo le seguirá con ser pastor y Obispo en Jerusalén, donde predicará al judaísmo y acompañará a Juan en la asistencia y servicio de la gran Madre de nuestro Salvador.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Felipe le seguirá con la predicación y enseñanza de las provincias de Frigia y Scitia del Asia y en la ciudad llamada Hierópolis de Frigia.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Bartolomé le seguirá predicando en Licaonia, parte de Capadocia en el Asia, y pasará a la India Citerior y después a la Menor Armenia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Mateo enseñará primero a los hebreos y después seguirá

a su Maestro pasando a predicar en Egipto y en Etiopía.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Simón le seguirá predicando en Babilonia, Persia y también en el reino de Egipto.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Judas Tadeo seguirá a nuestro Maestro predicando en Mesopotamia y después se juntará con Simón para predicar en Babilonia y en la Persia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Matías le seguirá predicando su santa fe en la interior Etiopía y en la Arabia y después volverá a Palestina.

Y el Espíritu del Altísimo nos encamine a todos y nos gobierne y asista, para que en todo lugar y tiempo hagamos su voluntad perfecta y santa, y ahora nos dé su bendición, en cuyo nombre la doy a todos.

231. Todo esto dijo San Pedro y al mismo instante que acabó de hablar se oyó un tronido de gran potencia y se llenó el cenáculo de resplandor y refulgencia, como de la presencia del Espíritu Santo. Y en medio de esta luz se oyó una voz suave y fuerte, que dijo: Admitid cada uno la suerte que le ha tocado.—Postráronse en tierra y dijeron todos juntos: Señor Altísimo, a Vuestra palabra y de Vuestro Vicario obedecemos con prontitud y alegría de corazón, y nuestro espíritu está gozoso y lleno de Vuestra suavidad en medio de Vuestras obras admirables.—Esta obediencia tan rendida y pronta que los Apóstoles tuvieron al Vicario de Cristo nuestro Salvador, aunque era efecto de la caridad ardentísima con que deseaban morir por su santa fe, los dispuso en esta ocasión para que de nuevo viniera sobre ellos el divino Espíritu, confirmándoles la gracia y dones que antes habían recibido y aumentándolos con otros nuevos. Recibieron

nueva luz y ciencia de todas las naciones y provincias que San Pedro les había señalado, y conocieron cada uno los naturales, condiciones y costumbres de los reinos que le tocaban, la disposición de la tierra y su sitio en el mundo, como si le escribieran interiormente un mapa muy distinto y copioso. Dioles el Altísimo nuevo don de fortaleza para los trabajos, de agilidad para los caminos, aunque en ellos les habían de ayudar muchas veces los Santos Ángeles, y en el interior quedaron encendidos como serafines con la llama del divino amor, elevados sobre la condición y esfera de la naturaleza.

232. La beatísima Reina de los Ángeles estaba presente a todo esto y le era patente cuanto el poder divino obraba en los Apóstoles y en ella misma, que de las influencias de la divinidad participó en esta ocasión más que todos juntos, porque estaba en grado supereminentísimo a todas las criaturas, y por eso el aumento de sus dones había de ser proporcionado y trascender a todos los demás sin medida. Renovó el Altísimo en el purísimo espíritu de su Madre la ciencia infusa de todas las criaturas y en especial de todos los reinos y naciones que a los Apóstoles se les había dado. Y conoció Su Alteza lo que ellos conocían, y más que todos, porque tuvo ciencia y noticia individual de todas las personas a quienes en todos los reinos habían de predicar la fe de Cristo, y quedó en esta ciencia tan capaz de todo el orbe y de sus moradores, como respectivamente lo estaba de su oratorio y de los que en él entraban.

233. Esta ciencia era como de suprema Maestra, Madre, Gobernadora y Señora de la Iglesia, que el Todopoderoso había puesto en sus manos, como arriba se ha dicho (Cf. supra p. II n. 1524), y adelante será forzoso tocarlo muchas veces. Ella había de cuidar de todos, desde el supremo en santidad hasta el mínimo, y de los

míseros pecadores hijos de Eva. Y si ninguno había de recibir beneficio o favor alguno de mano del Hijo si no fuese por la de su Madre, necesario era que la fidelísima dispensadora de la gracia conociera a todos los de su familia, de cuya salvación había de cuidar como Madre. Y no sólo tenía la gran Señora especies infusas y ciencia de todo lo que he dicho, pero después de este conocimiento tenía otro actual cuando los Apóstoles y discípulos andaban predicando, porque se le manifestaban sus trabajos y peligros y las asechanzas del demonio que contra ellos fabricaba, y las peticiones y oraciones de todos ellos y de los otros fieles, para socorrerlos ella con las suyas, o por medio de sus Ángeles, o por sí misma; que por todos estos medios lo hacía, como en muchos sucesos veremos adelante (Cf. infra n. 318, 324, 339, 567).

234. Sólo quiero advertir aquí que, a más de esta ciencia infusa que tenía nuestra Reina de todas las cosas con las especies de cada una, tenía otra noticia de ellas en Dios con la visión abstractiva que continuamente miraba a la divinidad. Pero entre estos dos modos de ciencia había una diferencia, que cuando miraba en Dios los trabajos de los Apóstoles y de todos los fieles de la Iglesia, como aquella visión era de tanto gozo y alguna participación de la bienaventuranza, no causaba el dolor y compasión sensible como tenía la piadosa Madre cuando conocía estas tribulaciones en sí mismas, porque en esta visión las sentía y lloraba con maternal compasión. Y para que no le faltase este mérito y perfección, la concedió el Altísimo toda esta ciencia por el tiempo que fue viadora. Y junto con esta plenitud de especies y ciencias infusas tenía el dominio de sus potencias que arriba dije (Cf. supra n. 126), para no admitir otras especies o imágenes adquiridas fuera de las que eran necesarias para el uso preciso de la vida, o para alguna obra de caridad o perfección de las virtudes. Con este adorno y hermosura patente a los ángeles y

santos era la divina Señora objeto de admiración y alabanza en que glorificaban al Muy Alto por el digno empleo de todos sus atributos en María santísima.

235. Hizo en esta ocasión profundísima oración por la perseverancia y fortaleza de los Apóstoles en la predicación de todo el mundo. Y el Señor la prometió que los guardaría y asistiría, para manifestar en ellos y por ellos la gloria de su nombre y al fin los premiaría con digna retribución de sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó María santísima llena de júbilo y agradecimiento, exhortó a los Apóstoles a que le diesen de todo corazón y saliesen alegres y confiados a la conversión del mundo. Y hablándoles otras muchas palabras de suavidad y vida, puesta de rodillas les dio a todos la enhorabuena de la obediencia que habían mostrado en nombre de su Hijo santísimo, y de su parte les dio las gracias por el celo que manifestaban de la honra del mismo Señor y beneficio de las almas a cuya conversión se sacrificaban. Besó la mano a cada uno de los Apóstoles, ofreciéndoles su intercesión con el Señor, su solicitud para servirlos, y pidióles su bendición como acostumbraba y todos como Sacerdotes se la dieron.

236. Pocos días después que se hizo este repartimiento de las provincias para la predicación, comenzaron a salir de Jerusalén particularmente los que les tocaba predicar en las provincias de Palestina, y el primero fue Santiago el Mayor. Otros perseveraron más tiempo en Jerusalén, porque allí quería el Señor que con mayor fuerza y abundancia se predicase primero la fe de su santo nombre y fuesen los judíos llamados en primer lugar y traídos a las bodas evangélicas, si querían venir y entrar en ellas; que en este beneficio de la Redención, aquel pueblo fue más favorecido, aunque fue más ingrato que los gentiles. Después fueron saliendo los Apóstoles a los reinos que a cada uno le tocaban, según lo pedía el

tiempo y la sazón, gobernándose en esto por el Espíritu divino, consejo de María santísima y obediencia de San Pedro. Pero cuando se despidieron de Jerusalén, primero fue cada uno a visitar los Santos Lugares, como eran el Huerto, el Calvario, el sagrado Sepulcro, el lugar de la Ascensión y Betania y los demás que era posible, y todos los veneraban con admirable reverencia y lágrimas, adorando la tierra que tocó el Señor. Después iban al cenáculo y le veneraban por los misterios que allí se obraron, y se despedían de la gran Reina del cielo y de nuevo se encomendaban en su protección. Y la beatísima Madre los despedía con palabras dulcísimas y llenas de la virtud divina.

237. Pero fue admirable la solicitud y maternal cuidado de la prudentísima Señora para despedir a los Apóstoles como verdadera Madre a sus hijos. Porque en primer lugar hizo para cada uno de los doce una túnica tejida, semejante a la de Cristo nuestro Salvador, del color entre morado y ceniza, y para hacerlas se valió del ministerio de sus Santos Ángeles. Y con esta atención envió a los Apóstoles vestidos sin diferencia y con igualdad uniforme entre sí mismos y con su Maestro Jesús, porque aun en el hábito exterior quiso que le imitasen y fuesen conocidos por discípulos suyos. Hizo juntamente la gran Señora doce cruces con sus cañas o astas de la altura de las personas de los Apóstoles y dio a cada uno la suya para que en su peregrinación y predicación la llevase consigo, así en testimonio de lo que predicaban como para consuelo espiritual de sus trabajos, y todos los Apóstoles guardaron y llevaron aquellas cruces hasta su muerte. Y de lo mucho que alababan la Cruz tomaron ocasión algunos tiranos para martirizarlos en la misma cruz a los que dichosamente murieron en ella.

238. A más de todo esto dio la piadosa Madre a cada uno de los doce Apóstoles una cajilla pequeña de metal

que hizo para este intento, y en cada una puso tres espinas de la corona de su Hijo santísimo y algunas partes de los paños en que envolvió al Señor cuando era niño y otros de los que limpió y recibió su preciosísima sangre en la circuncisión y pasión; que todas estas sagradas prendas tenía guardadas con suma devoción y veneración, como Madre y depositaría de los tesoros del cielo. Y para dárselas a los doce Apóstoles, los llamó juntos y con majestad de Reina y agrado de dulcísima Madre les habló y dijo que aquellas prendas que a cada uno entregaba era el mayor tesoro que tenía para enriquecerlos y despedirlos a sus peregrinaciones, que en ellas llevarían la memoria viva de su Hijo santísimo y el testimonio cierto de lo que el mismo Señor los amaba, como a hijos y ministros del Altísimo. Con esto se las entregó y las recibieron con lágrimas de veneración y júbilo y agradecieron a la gran Reina estos favores y se postraron ante ella adorando aquellas sagradas reliquias y abrazándose unos a otros se dieron la enhorabuena, y se despidió el primero Santiago, que fue quien comenzó estas misiones.

239. Pero según lo que se me ha dado a entender, no sólo predicaron los Apóstoles en las provincias que por entonces les repartió San Pedro, mas en otras muchas vecinas de aquéllas y más remotas. Y no es dificultoso de entender esto, porque muchas veces eran llevados de unas partes a otras por ministerio de los Ángeles, y esto no sólo para predicar, sino también para consultarse unos a otros y especialmente con el vicario de Cristo, San Pedro, y mucho más a la presencia de María santísima, de cuyo favor y consejo tuvieron necesidad en la dificultosa empresa de plantar la fe en reinos tan diversos y naciones tan bárbaras. Y si para dar de comer a San Daniel, Profeta Mayor, [Día 21 de julio: Babylóne sancti Daniélis Prophétae] llevó el Ángel a Babilonia al Profeta San Habacuc [Día 15 de enero: In Judaea

sanctórum Hábacuc et Michaeae Prophetárum, quorum córpora, sub Theodósio senióre, divina revelatióne sunt repérta] (Dan 14, 35), no es maravilla que se hiciera este milagro con los Apóstoles, llevándolos a donde era necesario predicar a Cristo y dar noticia de la divinidad y plantar la Iglesia universal para remedio de todo el linaje humano. Y arriba hice mención (Cf. supra n. 208) de cómo el Ángel del Señor que llevó a Felipe, el discípulo de los setenta y dos, desde el camino de Gaza le puso en Azoto, como lo cuenta San Lucas (Act 8, 26ss). Y todas estas maravillas, y otras innumerables que ignoramos, fueron convenientes para enviar a unos pobres hombres a tantos reinos y provincias y naciones poseídas del demonio, llenas de idolatrías, errores y abominaciones, cual estaba todo el mundo cuando vino a redimirle el Verbo humanado.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

240. Hija mía, la doctrina que te doy en este capítulo es mandarte y convidarte para que con íntimos suspiros y gemidos de tu alma y con lágrimas de sangre, si puedes alcanzarlas, llores amargamente la diferencia que tiene la Iglesia Santa en el estado presente del que tuvo en sus principios, cómo se ha oscurecido el oro purísimo de la santidad y se ha mudado el color sano (Lam 4, 1), perdiendo aquella antigua hermosura en que la fundaron los Apóstoles, y buscando otros afeites y colores peregrinos y engañosos para encubrir la fealdad y confusión de los vicios, que tan infelizmente la tienen oscurecida y llena de formidable horror. Y para que penetres esta verdad desde su principio y fundamento, conviene que renueves en ti misma la luz que has recibido para conocer la fuerza y peso con que la divinidad se inclina a comunicar su bondad y perfecciones a sus criaturas. Es tan vehemente el ímpetu del sumo Bien para derramar su corriente en las almas,

que sólo puede impedirle la voluntad humana, que le ha de recibir por el libre albedrío que le dio para esto; y cuando con él resiste a la inclinación e influencias de la Bondad infinita, la tiene —a tu modo de entender— violentada y contristado su amor inmenso en su liberalísima condición. Pero si las criaturas no le impidieran y dejaran obrar con su eficacia, a todas las almas inundara y llenara de la participación de su ser divino y atributos: levantara del polvo a los caídos, enriqueciera a los pobres hijos de Adán, y de sus miserias los elevara y asentara con los príncipes de su gloria.

241. Y de aquí entenderás, hija mía, dos cosas que la humana sabiduría ignora. La una, el agrado y servicio que le hacen al Sumo Bien aquellas almas que con ardiente celo de su gloria y con su trabajo y solicitud ayudan a quitar de otras almas este óbice que con sus culpas han puesto para que no las justifique el Señor y las comunique tantos bienes como de su bondad inmensa pueden participar y el Altísimo desea obrar en ellas. La complacencia que recibe Su Majestad en que le ayuden en esta obra no se puede conocer en la vida mortal. Por esto es tan alto y engrandecido el ministerio de los apóstoles y de los prelados, ministros y predicadores de la divina palabra, que en este oficio suceden a los que plantaron la Iglesia y trabajan en su amplificación y conservación; porque todos deben ser cooperadores y ejecutores del amor inmenso que Dios tiene a las almas que crió para partícipes de su divinidad. La segunda cosa que debes ponderar es la grandeza y abundancia de los dones y favores que comunicará el poder infinito a las almas que no le ponen impedimento a su liberalísima bondad. Manifestó luego el Señor esta verdad en los principios de la Iglesia evangélica, para que a los fieles que habían de entrar en ella les quedase testificada en tantos prodigios y maravillas como hizo con los primeros, bajando el Espíritu Santo en visibles señales sobre ellos

tan frecuentemente y con los milagros que has escrito obraban los creyentes con el Credo y otros favores ocultos que recibían de la mano del Muy Alto.

242. Pero en quien resplandeció más su bondad y omnipotencia fue en los Apóstoles y discípulos, porque en ellos no hubo impedimento ni óbice para la voluntad eterna y santa y fueron verdaderos instrumentos y ejecutores del amor divino, imitadores y sucesores de Cristo y seguidores de su verdad, y por esto fueron levantados a una participación inefable de los atributos del mismo Dios, en particular de la ciencia, santidad y omnipotencia, con que obraban para sí y para las almas tantas maravillas, que nunca los mortales los pueden dignamente engrandecer. Después de los Apóstoles nacieron en su lugar otros hijos de la Iglesia, en quienes de generación en generación se fue transfundiendo esta divina sabiduría y sus efectos. Y dejando ahora los innumerables mártires que derramaron su sangre y vidas por la santa fe, considera los patriarcas de las religiones, los grandes santos que en ellas han florecido, los doctores, obispos y prelados y varones apostólicos en quienes tanto se ha manifestado la bondad y omnipotencia de la divinidad, para que los demás no tuviesen disculpa, si en ellos, que son ministros de la salvación de las almas, y en todos los demás fieles no hacía Dios las maravillas y favores que hizo en los primeros y ha continuado en los que halla idóneos para hacerlas.

243. Y para que sea mayor la confusión de los malos ministros que hoy tiene la Santa Iglesia, quiero que entiendas cómo en la voluntad eterna con que determinó el Altísimo comunicar sus tesoros infinitos a las almas, en primer lugar los encaminó inmediatamente a los prelados, sacerdotes, predicadores y dispensadores de su divina palabra, para que en cuanto era de parte de la

voluntad del Señor todos fuesen de santidad y perfección de ángeles más que de hombres y gozasen de muchos privilegios y exenciones de naturaleza y gracia entre los demás vivientes; y con estos singulares beneficios se hiciesen idóneos ministros del Altísimo, si ellos no pervertían el orden de su infinita sabiduría y si correspondían a la dignidad para que eran llamados y elegidos entre todos. Esta piedad inmensa, la misma es ahora que en la primitiva Iglesia; la inclinación del sumo bien a enriquecer las almas no se ha mudado, ni esto es posible; su liberal dignación no se ha disminuido; el amor a su Iglesia siempre está en su punto; la misericordia mira a las miserias y éstas hoy son sin medida; el clamor de las ovejas de Cristo llega a lo sumo que puede; los prelados, sacerdotes y ministros nunca llegaron a tanto número. Pues si todo esto es así, ¿a quién se ha de atribuir la perdición de tantas almas y la ruina del pueblo cristiano y que hoy no sólo no vengan los infieles a la Santa Iglesia, sino la tengan tan afligida y llena de tristeza, que los prelados y ministros no resplandezcan, ni Cristo en ellos, como en los pasados siglos y la primitiva Iglesia?

244. Oh hija mía, para que muevas tu llanto sobre esta perdición te convido. Considera las piedras del santuario derramadas en las plazas de las ciudades (Lam 4, 1). Atiende cómo los sacerdotes del Señor se han hecho semejantes al pueblo (Is 24, 2) cuando debían hacer al pueblo santo y semejante a sí mismos. La dignidad sacerdotal y sus vestiduras ricas y preciosas de las virtudes están manchadas con el contagio de los mundanos; los ungidos del Señor y consagrados para sólo su trato y culto se han degradado de su nobleza; perdieron su decoro por abatirse a las acciones viles, indignas de su levantada excelencia entre los hombres: afectan la vanidad, siguen la codicia y avaricia, sirven al interés, aman al dinero, ponen su esperanza en los

tesoros del oro y de la plata, sujétanse a la lisonja y obsequio de los mundanos y poderosos y, lo que más es, a la bajeza de las mismas mujeres y tal vez se hacen participantes de las juntas y consejos de maldad. Apenas hay oveja del rebaño de Cristo que conozca en ellos la voz de su pastor, ni halla el alimento y pasto saludable de la virtud y santidad de que debían ser maestros. Piden el pan los párvulos y no hay quien se les distribuya (Lam 4, 4). Y cuando se hace por el interés o por sólo cumplimiento, si la mano está leprosa, ¿cómo dará saludable alimento al necesitado y enfermo? Y ¿cómo el soberano Médico fiará de ella la medicina en que consiste la vida? Y si los que han de ser intercesores y medianeros se hallan reos de mayores culpas, ¿cómo alcanzarán misericordia para los culpados con otras menores o semejantes?

245. Estas son las causas por que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen las maravillas que hicieron los apóstoles y discípulos de la primitiva Iglesia y los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y conversión de las almas. Por esto no se logran los tesoros de la muerte y sangre de Cristo que dejó en la Iglesia, así en sus sacerdotes y ministros como en los demás mortales, porque si ellos mismos los desprecian y olvidan para aprovecharlos en sí, ¿cómo los repartirán a los demás hijos de esta familia? Por esto no se convierten ahora como entonces los infieles al conocimiento de la verdadera fe, aunque viven a la vista de los príncipes eclesiásticos, ministros y predicadores del Evangelio. Enriquecida está la Iglesia ahora más que nunca de bienes temporales, de rentas y posesiones, llena está de hombres doctos con ciencia adquirida, de grandes prelacias y dignidades abundantes, y como todos estos beneficios se deben a la sangre de Cristo todo se debía convertir en su obsequio y servicio, empleándose en convertir las almas y sustentarle sus

pobres y el sagrado culto y veneración de su santo nombre.

246. Si esto se hace así ahora, díganlo los cautivos que se redimen con las rentas de las iglesias, los infieles que se convierten, las herejías que se extirpan, y qué tanto es lo que en esto se emplea de los tesoros eclesiásticos; y también lo dirán los palacios que con ellos se han fabricado, los mayorazgos que se han fundado, las torres de viento que se han levantado y, lo que es más lamentable, los empleos profanos y torpísimos en que muchos los consumen, deshonrando al sumo sacerdote Cristo y viviendo tan lejos y distantes de su imitación y de los Apóstoles a quien sucedieron, como viven alejados del mismo Señor los hombres más profanos del mundo. Y si la predicación de los ministros de la divina palabra está muerta y sin virtud para vivificar a los oyentes, no tienen la culpa la verdad y la doctrina de las Sagradas Escrituras, pero tiénela el mal uso de ella, por la torcida intención de los ministros. Truecan el fin de la gloria de Cristo en su propia honra y estimación vana, el bien espiritual en el bajo interés del estipendio, y como se consigan estas dos cosas no cuidan de otro fruto de la predicación. Y para esto quitan a la doctrina sana y santa la sinceridad y pureza, y aun tal vez la verdad, con que la escribieron los autores sagrados y la explicaron los doctores santos, redúcenla a sutilezas de ingenio propio, que causen más admiración y gusto que provecho de los oyentes. Y como llega tan adulterada a los oídos de los pecadores, reconócenla por doctrina del ingenio del predicador más que de la caridad de Cristo, y así no lleva virtud ni eficacia para penetrar los corazones, aunque lleva artificio para deleitar las orejas.

247. En castigo de estas vanidades y abusiones, y de otras que no ignora el mundo, no te admires, carísima, que la justicia divina haya desamparado tanto a los

prelados, ministros y predicadores de su palabra y que la Iglesia católica tenga ahora tan abatido estado, habiéndole tenido tan alto en sus principios. Y si algunos de los sacerdotes y ministros no están comprendidos en estos vicios tan lamentables, esto debe más la Iglesia a mi Hijo santísimo en tiempo que tan ofendido y desobligado se halla de todos. Y con estos buenos es liberalísimo, pero son muy contados, como lo testifica la ruina del pueblo cristiano y el desprecio a que han llegado los sacerdotes y predicadores del Evangelio; porque si fueran muchos los perfectos y celadores de las almas, sin duda se reformaran y enmendaran los pecadores, se convirtieran muchos infieles y todos miraran y oyeran con veneración y temor santo a los predicadores, sacerdotes y prelados, y los respetaran por su dignidad y santidad y no por la autoridad y fausto con que granjean esta reverencia, que más se ha de llamar aplauso mundano y sin provecho. Y no te encojas ni acobardes por haber escrito todo esto, que ellos mismos saben es verdad y tú no lo escribes por tu voluntad sino por mi obediencia, para que lo llores y convides al cielo y a la tierra que te ayuden en este llanto, porque hay pocos que le tengan, y ésta es la mayor injuria que recibe el Señor de todos los hijos de su Iglesia.

CAPITULO 14

La conversión de San Pablo y lo que en ella obró María santísima y otros misterios ocultos.

248. Nuestra Madre la Iglesia, gobernada por el Espíritu divino, celebra la conversión de San Pablo como uno de los mayores milagros de la ley de gracia y para consuelo universal de los pecadores, pues de perseguidor contumelioso y blasfemo contra el nombre de Cristo —como el mismo San Pablo dice (1 Tim 1, 13)— alcanzó misericordia y fue mudado en Apóstol por la divina

gracia. Y porque en alcanzarla tuvo tanta parte nuestra gran Reina, no se puede negar a su historia esta rara maravilla del Omnipotente. Pero entenderáse mejor su grandeza, declarando el estado que tuvo San Pablo cuando se llamaba Saulo y era perseguidor de la Iglesia y las causas que le movieron para señalarse por tan acérrimo defensor de la ley de Moisés y perseguidor de la de Cristo nuestro bien.

249. Tuvo San Pablo dos principios que le hicieron señalado en su judaismo. El uno era su propio natural y otro fue la diligencia del demonio que se le conoció. Por su natural condición era Saulo de corazón grande, magnánimo, nobilísimo, oficioso, activo, eficaz y constante en lo que intentaba. Tenía muchas virtudes morales adquiridas, preciábase de grande profesor de la ley de Moisés y de estudioso y docto en ella, aunque en hecho de verdad era ignorante —como él lo confesó a Timoteo su discípulo (1 Tim 1, 13)—, porque toda su ciencia era humana y terrena y entendía la ley como otros muchos israelitas sólo en la corteza sin espíritu ni luz divina, la cual era necesaria para entenderla legítimamente y penetrar sus misterios. Pero como su ignorancia le parecía verdadera ciencia y era tenaz de entendimiento, mostrábase gran celador de las tradiciones de los rabinos (Gal 1, 14) y juzgaba por cosa indigna y disonante que contra ellos y contra Moisés —como él pensaba— se publicase una ley nueva, inventada por un Hombre crucificado como reo, habiendo recibido Moisés su ley en el monte dada por el mismo Dios. Con este motivo concibió grande aborrecimiento y desprecio de Cristo, de su ley y discípulos. Y para este engaño se ayudaba de sus propias virtudes morales —si pueden llamarse virtudes estando sin verdadera caridad— porque con ellas presumía de sí que acertaba en otros yerros, como sucede a muchos hijos de Adán que se contentan de sí mismos cuando hacen alguna obra

virtuosa y con esta satisfacción falsa no atienden a reformar otros mayores vicios. Con este engaño vivía y obraba Saulo, muy asido a la antigüedad de su ley mosaica, ordenada por el mismo Dios, cuya honra le pareció que celaba, por no haber entendido que aquella ley en las ceremonias y figuras era temporal y no eterna, porque de necesidad le había de suceder otro Legislador más poderoso y sabio que Moisés, como él mismo lo dijo (Dt 18, 15).

250. Al indiscreto celo de Saulo y a su vehemente condición se juntó la malicia de Lucifer y sus ministros para irritarle, moverle y acrecentarle el odio que tenía con la Ley de Cristo nuestro Salvador. Muchas veces he hablado en el discurso de esta Historia (Cf. supra p. II n. 1425ss; p. III n. 204) de los consejos de maldad y arbitrios infernales que fabricó este Dragón contra la Santa Iglesia. Y uno de ellos era buscar con suma vigilancia a los hombres que fuesen más acomodados y proporcionados, por inclinaciones y costumbres, para valerse de ellos como de instrumentos y ejecutores de su maldad. Porque el mismo Lucifer por sí solo y sus demonios, aunque pueden tentar singularmente a las almas pero no levantar ellos bandera en lo público y hacerse cabezas de alguna secta o séquito contra Dios, si no se sirven en esto de algún hombre a quien sigan otros tan ciegos y desalumbrados. Estaba enfurecido este cruel enemigo de ver los felices principios de la Santa Iglesia, temía sus progresos y ardía en desmedida envidia de que los hombres de inferior naturaleza fuesen levantados a la participación de la divinidad y gloria que con su soberbia había desmerecido. Reconoció las inclinaciones de Saulo y las costumbres [los demonios no saben naturalmente a los pensamientos ocultos de los hombres, pero sí, observan a su comportamiento exterior], y todo le pareció cuadraba mucho con sus deseos de destruir la Iglesia de Cristo por mano de otros incrédulos que fuesen a

propósito para ejecutarlo.

251. Consultó Lucifer esta maldad con otros demonios en un particular conciliábulo que para ello hizo, y de común acuerdo de todos salió decretado que el mismo Dragón con otros asistiesen a Saulo sin dejarle un punto y le arrojasen sugestiones y razones acomodadas a la indignación que tenía contra los Apóstoles y todo el rebaño de Cristo, que todas las admitiría pues le darían por sus triunfos, irritándole con algún color de virtud falsa y aparente. Todo este acuerdo ejecutó el demonio sin perder punto ni ocasión. Y aunque Pablo estaba descontento y opuesto a la doctrina de nuestro Salvador desde que la predicó por sí mismo, pero en el tiempo que vivió Su Majestad en el mundo no se declaró Saulo por tan ardiente celador de la ley de Moisés y adversario de la del mismo Señor, hasta que en la muerte de San Esteban descubrió la indignación con que ya el dragón infernal le comenzaba a irritar contra los seguidores de Cristo. Y como en aquella ocasión halló este enemigo tan pronto el corazón de Saulo para ejecutar las sugestiones malas que le arrojaba, quedó tan ufana su malicia, que le pareció no tenía más que desear y que aquel hombre no resistiría a ninguna maldad que se le propusiese.

252. Con esta impía confianza pretendió Lucifer que Saulo quitase la vida por sí mismo a todos los Apóstoles y, lo que más formidable era, que hiciese lo mismo con María santísima. A tal insania llegó la soberbia de este cruentísimo Dragón. Pero engañóse en ella, porque la condición de Saulo era más noble y generosa y así le pareció, discurriendo sobre ello, que era cosa indigna de su honor y su persona cometer aquella traición y obrar como hombre forajido, cuando con razón y justicia, como a él le parecía, podía destruir la Ley de Cristo. Y sintió mayor horror en ofender la vida de su beatísima Madre, por el decoro que se le debía como a mujer y porque de

haberla visto tan compuesta y tan constante en los trabajos y pasión de Cristo le había parecido a Saulo que era mujer grande y digna de veneración, y así se la cobró con alguna compasión de sus penas y aflicciones, que todos conocían las había padecido muy graves. Por esto no admitió contra María santísima la inhumana sugestión que le propuso el demonio. Y no le ayudó poco a Saulo esta compasión de los trabajos de la Reina para abreviar su conversión. Contra los Apóstoles tampoco admitió la traición, aunque Lucifer se la coloreaba con aparentes razones y como obra digna de su esforzado corazón. Pero desechando estas maldades se resolvió en adelantarse a todos los judíos en perseguir la Iglesia hasta destruirla con el nombre de Cristo.

253. Quedó contento el Dragón y sus ministros con esta determinación de Saulo, ya que no podían conseguir más. Y para que se conozca la ira que tienen contra Dios y sus criaturas, desde aquel día hicieron otro conciliábulo para conferir cómo conservarían la vida de aquel hombre que tan ajustado hallaban para ejecutar sus maldades. Bien saben estos mortales enemigos que no tienen jurisdicción sobre la vida de los hombres, ni se la pueden dar ni quitar, si no se lo permite Dios en algún caso particular, pero con todo eso se quisieron hacer médicos y tutores de la vida y salud de Saulo, para conservársela en cuanto se extendía su poder, moviéndole su imaginación para que se guardase de lo que era nocivo y usase de lo más saludable y aplicando otras causas naturales que le conservasen la salud. Mas con todas estas diligencias no pudieron impedir que no obrase en Saulo la divina gracia, cuando quería su Autor. Pero estaban tan desimaginados los demonios, que jamás tuvieron recelos de que Saulo admitiría la ley de Cristo y que la vida que ellos procuraban conservar y alargar había de ser para su propia ruina y tormento. Tales obras ordena la sabiduría del Altísimo, dejando engañar al demonio en

sus consejos de maldad para que caiga en la fóvea y en el lazo que arma contra Dios (Sal 56, 79) y que a la divina voluntad vengan a servir todas sus maquinaciones, sin que lo pueda resistir.

254. Con este gran consejo de la altísima Sabiduría ordenaba el Señor que la conversión de Saulo fuese más admirable y gloriosa. Y para esto dio lugar a que, incitado de Lucifer con ocasión de la muerte de San Esteban, fuese Saulo al príncipe de los sacerdotes y, arrojando fuego y amenazas contra los discípulos del Señor que se habían derramado fuera de Jerusalén, le pidiese comisión y requisitorias para traerlos presos a Jerusalén de donde quiera que los hallase (Act 9, 1). Y para esta demanda ofreció Saulo su persona, hacienda y vida, y que a su propia costa y sin salarios haría aquella jornada en defensa de su ley y de sus pasados, para que no prevaleciese contra ella la que de nuevo predicaban los discípulos del Crucificado. Este ofrecimiento facilitó más el ánimo del sumo sacerdote y los de su consejo, y luego dieron a Saulo la comisión que pedía, señaladamente para Damasco, a donde tenían lengua que algunos de los discípulos se habían retirado de Jerusalén. Dispuso la jornada, previniendo gente de ministros de justicia y algunos soldados que le acompañasen. Pero la más copiosa compañía y aparato era de muchas legiones de demonios, que para asistirle en esta empresa salieron del infierno, pareciéndoles que con tantas precauciones acabarían con la Iglesia y que Saulo a sangre y fuego la devastaría. Y a la verdad era éste el intento que llevaba y el que Lucifer y sus ministros le administraban a él y a todos los que le seguían. Pero dejémosle ahora en el camino de Damasco, a donde enderezó su jornada para prender en las sinagogas de aquella ciudad a todos los discípulos de Cristo.

255. Nada de todo esto era oculto a la gran Reina del

cielo, porque, a más de la ciencia y visión con que penetraba hasta el más mínimo pensamiento de los hombres y de los demonios, la daban muchos avisos los Apóstoles de todo lo que se obraba contra los seguidores de Cristo. Conocía también muy de lejos que Saulo había de ser Apóstol del mismo Señor y predicador de las gentes y varón tan señalado y admirable en la Iglesia, porque de todo esto la informó su Hijo santísimo, como queda dicho en la segunda parte de esta Historia (Cf. supra p. II n. 734). Pero como crecía la persecución y se dilataba el fruto que Saulo había de hacer y traer al nombre cristiano con tanta gloria del Señor, y en el ínterin los discípulos de Cristo, que ignoraban el secreto del Altísimo, se afligían y acobardaban algo conociendo la indignación con que los buscaba y perseguía, todo esto fue causa de gran dolor para la piadosa Madre de la gracia. Y ponderando con su divina prudencia lo que pesaba aquel negocio, se vistió de nuevo esfuerzo y confianza para pedir el remedio de la Iglesia y la conversión de Saulo y postrada en la presencia de su Hijo hizo esta oración:

256. Altísimo Señor, Hijo del Eterno Padre, Dios vivo y verdadero de Dios verdadero, engendrado de su misma e indivisa sustancia y por la inefable dignación de Vuestra bondad infinita Hijo mío y vida de mi alma, ¿cómo vivirá esta vuestra esclava, a quien habéis encomendado Vuestra amada Iglesia, si la persecución que han movido Vuestros enemigos contra ella prevalece y no la vence Vuestro poder inmenso? ¿Cómo sufrirá mi corazón ver despreciado y conculcado el precio de Vuestra muerte y sangre? Si me dais, Señor mío, por hijos míos los que engendráis en Vuestra Iglesia, y yo los amo y miro con amor de madre, ¿cómo tendré consuelo de verlos oprimidos y destruidos, porque confiesan Vuestro santo nombre y Os aman con corazón sencillo? Vuestro es el poder y la sabiduría, y no es justo que se gloríe contra

Vos el Dragón infernal, enemigo de Vuestra gloria y calumniador de mis hijos y Vuestros hermanos. Confundid, Hijo mío, la soberbia antigua de esta serpiente, que de nuevo se levanta contra Vos orgullosa y derramando su furor contra las simples ovejuelas de vuestra grey. Atended cuán engañado lleva a Saulo, a quien vos tenéis elegido y señalado para Vuestro Apóstol. Tiempo es ya, Dios mío, de obrar con Vuestra omnipotencia y reducir aquella alma, de quien y en quien tanta gloria ha de resultar a Vuestro santo nombre y tantos bienes a todo el universo.

257. Perseveró María santísima en esta oración grande rato ofreciéndose a padecer y morir, si fuera necesario, por el remedio de la Iglesia Santa y conversión de Pablo. Y como la sabiduría infinita de su Hijo santísimo la tenía prevenida por medio de los ruegos de su amantísima Madre para ejecutar esta maravilla, descendió del cielo en persona y se le apareció y manifestó en el cenáculo, donde oraba en su retiro y oración. Hablóla Su Majestad con el amor y caricia de Hijo que solía y la dijo: Amiga mía y Madre mía, en quien hallé la complacencia y agrado de mi perfecta voluntad, ¿qué peticiones son las vuestras? Decidme lo que deseáis.—Postróse de nuevo en tierra la humilde Reina, como acostumbraba, en la presencia de su Hijo santísimo, y adoróle como a verdadero Dios y dijo: Señor mío altísimo, muy de lejos conocéis los pensamientos y corazones de las criaturas y mis deseos están patentes a vuestros ojos. Mi petición es como de quien conoce Vuestra infinita caridad con los hombres y como de Madre de la Iglesia y abogada de los pecadores y vuestra esclava. Y si todo lo he recibido de vuestro amor inmenso sin merecerlo, no puedo temer que despreciaréis mis deseos de Vuestra gloria. Pido, Hijo mío, que miréis la aflicción de Vuestra Iglesia y como Padre amoroso apresuréis el socorro de Vuestros hijos engendrados con vuestra sangre preciosísima.

258. Deseaba el Señor oír la voz y los clamores amorosos de su amantísima Madre y Esposa, y para esto se dejó rogar más en esta ocasión, como quien recateaba lo mismo que la deseaba conceder y a tales méritos y caridad no se debía negar. Y con esta traza del amor divino tuvieron algunos coloquios Cristo nuestro bien y su dulcísima Madre, pidiendo ella el remedio de aquella persecución con la conversión de Saulo. Respondióla Su Majestad en esta conferencia y dijo: Madre mía, ¿cómo mi justicia quedará satisfecha, para inclinarse la misericordia a usar de mi clemencia con Saulo, cuando él está en lo sumo de la incredulidad y malicia, mereciendo mi justa indignación y castigo y sirviendo de corazón a mis enemigos para destruir mi Iglesia y borrar mi nombre del mundo?—A esta razón tan concluyente en los términos de justicia no le faltó solución y respuesta a la Madre de la sabiduría y misericordia y con ella replicó y dijo: Señor y Dios eterno, Hijo mío, para elegir a Pablo por Vuestro apóstol y vaso de elección en la aceptación de Vuestra mente divina y para escribirle en Vuestra memoria eterna, no fueron impedimento sus culpas, ni extinguieron estas aguas el fuego de Vuestro amor divino (Cant 8, 7), como Vos mismo me lo habéis manifestado. Más poderosos y eficaces fueron Vuestros infinitos merecimientos, en cuya virtud tenéis ordenada la fábrica de Vuestra amada Iglesia, y así no pido yo cosa que Vos mismo no tengáis determinada; pero duéleme, Hijo mío, que aquella alma camine a mayor precipicio y perdición suya y de otras —si puede ser en él como en los demás— y que se retarde la gloria de Vuestro nombre, la alegría de los ángeles y santos, el consuelo de los justos, la confianza que recibirán los pecadores y la confusión de Vuestros enemigos. Ea, pues, Hijo y Señor mío, no despreciéis los ruegos de Vuestra Madre, ejecútense Vuestros divinos decretos y vea yo engrandecido Vuestro nombre, que es ya tiempo y la ocasión oportuna y no

sufre mi corazón que tanto bien se le dilate a la Iglesia.

259. En esta petición se enardeció la llama de la caridad en el pecho castísimo de la gran Reina y Señora, que sin duda le consumiera la vida natural, si el mismo Señor con milagrosa virtud no se la conservara; aunque para obligarse más de tan excesivo amor en pura criatura, dio lugar a que la beatísima Madre en esta ocasión llegase a padecer algún dolor sensible y adolecer como con un deliquio sensible. Pero su Hijo, que —a nuestro modo de entender— no pudo resistir más a la fuerza de tal amor que le hería su corazón, la consoló y renovó, dándose por obligado de sus ruegos y diciendo: Madre mía electa entre todas las criaturas, hágase vuestra voluntad sin dilación. Yo haré con Saulo todo lo que pedís y le pondré en el estado que desde luego sea defensor de mi Iglesia a quien persigue y predicador de mi gloria y de mi nombre. Voy a reducirle luego a mi amistad y gracia.

260. Desapareció luego Cristo nuestro bien de la presencia de su Madre santísima, quedando ella continuando su oración y con visión muy clara de lo que iba sucediendo. Y en breve espacio apareció el mismo Señor a Saulo cerca de la ciudad de Damasco, a donde con acelerado curso caminaba, adelantándose en la indignación contra Jesús más que en el camino. Manifestósele el Señor en una nube de resplandor admirable y con inmensa gloria, y a un mismo tiempo fue rodeado Saulo de la divina luz dentro y fuera, quedando vencidos su corazón y sentidos y sin poder resistirse a tanta fuerza. Cayó apresuradamente del caballo en tierra y al mismo tiempo oyó una voz de lo alto que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Respondió todo turbado y con gran pavor: *¿Quién eres tú, Señor?* Replicó la voz y dijo: *Yo soy Jesús a quien tú persigues: dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón.*

Respondió otra vez Saulo con mayor temblor y miedo: *Señor, ¿qué me mandas y qué quieres que haga?* Los que estaban presentes y acompañaban a Saulo oyeron estas demandas y respuestas, aunque no vieron a Cristo nuestro Salvador como le vio Saulo, pero vieron el resplandor que le rodeaba, y todos quedaron despavoridos y llenos de gran temor y admiración de tan impensado y repentino suceso, y así estuvieron un rato casi pasmados (Act 9, 3ss).

261. Esta nueva maravilla nunca vista en el mundo fue mayor y más eficaz en lo secreto y oculto que en lo aparente a los sentidos; porque no sólo quedó Saulo rendido y postrado, ciego y debilitado en el cuerpo, de suerte que si no fuera confortado del poder divino expirara luego, pero en el interior quedó más trocado en otro nuevo hombre que cuando pasó de la nada al ser natural que tenía y más distante de lo que antes era que dista la luz de las tinieblas y lo supremo del cielo de lo ínfimo de la tierra, porque pasó de la imagen y similitud de un demonio a la de un supremo y abrasado serafín. Orden fue de la sabiduría y omnipotencia divina triunfar de Lucifer y sus demonios en esta milagrosa conversión, de tal manera que, en virtud de la pasión y muerte de Cristo, quedase vencido este Dragón y su malicia, por medio de la humana naturaleza, contraponiendo los efectos de la gracia y redención en un hombre al mismo pecado de Lucifer y sus efectos. Y fue así, porque en el breve espacio que Lucifer por su soberbia pasó de ángel a demonio la virtud de Cristo pasó a Saulo de demonio a ángel en la gracia. En la naturaleza angélica la suprema hermosura bajó a la suma fealdad y en la naturaleza humana la mayor fealdad subió a la perfecta hermosura. Lucifer descendió enemigo de Dios de lo supremo de los cielos a lo profundo de la tierra y un hombre ascendió amigo del mismo Dios desde la tierra al supremo cielo.

262. Y porque no era harto glorioso este triunfo si el vencedor no daba a un hombre más de lo que perdió Lucifer, también quiso el Omnipotente añadir esta grandeza a la victoria que en Saulo ganaba del demonio. Porque Lucifer, aunque cayó de muy superior gracia que había recibido, pero no perdió la visión beatífica (ya que nunca la tuvo) ni fue privado de ella, porque no se le había manifestado ni él se había dispuesto para merecerla, antes la desmereció, pero Pablo al punto que se dispuso para ser justificado y consiguió la gracia se le comunicó también la gloria y vio claramente la divinidad, aunque de paso. ¡Oh virtud insuperable del poder divino! ¡Oh eficacia infinita de los méritos de la vida y muerte de Cristo! Justo y razonable era por cierto que si la malicia del pecado en un instante trocó al ángel en demonio, fuese más poderosa la gracia de nuestro Reparador y abundase más que el pecado (Rom 5, 20) levantando de él a un hombre, no sólo a ponerle en tanta gracia, sino tanta gloria. Mayor fue esta maravilla que haber criado los cielos y la tierra con todas sus criaturas, mayor que dar vista a ciegos, salud a enfermos y resucitar muertos. Démonos la enhorabuena los pecadores de la esperanza que nos deja esta maravillosa justificación, pues tenemos por nuestro Reparador, por nuestro padre y por nuestro hermano al mismo Señor que justificó a Pablo y no es menos poderoso ni menos santo para nosotros que lo fue para él.

263. En aquel tiempo que San Pablo estuvo caído en tierra contrito de sus pecados y renovado todo con la gracia justificante y otros dones infusos, fue iluminado y preparado en todas sus potencias interiores como convenía. Y con esta preparación fue elevado al cielo empíreo, que él llamó tercer cielo, confesando también que no sabía si fue este rapto en el cuerpo o sólo en el espíritu (2 Cor 12, 2). Pero allí vio intuitiva y claramente la divinidad, con más que ordinaria visión, aunque

transeúnte. Y a más del ser de Dios y sus atributos de infinita perfección conoció el misterio de la Encarnación y Redención humana y todos los de la ley de gracia y estado de la Iglesia. Conoció el beneficio incomparable de su justificación y la oración que por él hizo San Esteban y mucho más la que María santísima había hecho y cómo por ella se le había acelerado y en virtud de sus merecimientos, después de los de Cristo, se le había prevenido en la aceptación divina. Y desde entonces quedó agradecido y con íntimo afecto de veneración y devoción a la gran Reina del cielo, cuya dignidad le fue manifiesta, y siempre la reconoció por su restauradora. Conoció asimismo el oficio de apóstol para que era llamado y que en él había de trabajar y padecer hasta la muerte. Y con estos misterios le fueron revelados otros muchos arcanos, que él mismo afirmó no le era permitido manifestarlos (2 Cor 12, 4). Pero en todo lo que conoció ser la voluntad divina, se ofreció a cumplirla, sacrificándose todo para ejecutarla, como después lo cumplió. Y la Beatísima Trinidad aceptó el sacrificio y ofrenda de sus labios y en presencia de todos los cortesanos del cielo le señaló y nombró por predicador y doctor de las gentes y vaso de elección para llevar por el mundo el santo nombre del Altísimo.

264. Para los Bienaventurados fue día de gran gozo y alegría accidental, y todos hicieron nuevos cánticos de alabanza, engrandeciendo el poder divino en tan rara y nueva maravilla. Y si de la conversión de cualquier pecador reciben nuevo gozo (Lc 15, 7), ¿qué sería de la que así manifestaba la grandeza del Señor y su misericordia y redundaba en tan grandioso beneficio de todos los mortales y gloria de la Santa Iglesia? Volvió del rapto conmutado Saulo en San Pablo y levantándose del suelo pareció estar ciego, sin que pudiese ver la luz del sol. Lleváronle a Damasco a casa de un conocido suyo, donde con admiración de todos estuvo tres días sin comer

ni beber, pero en altísima oración. Postróse en tierra y como estaba ya en estado de llorar sus culpas, aunque justificado de ellas, con dolor y aborrecimiento de la vida pasada dijo: ¡Ay de mí, en qué tinieblas y ceguedad he vivido, y cómo tan apresurado caminaba a la perdición eterna! ¡Oh amor infinito!, ¡oh caridad sin medida!, ¡oh suavidad dulcísima de la bondad eterna! ¿Quién, Señor mío y Dios inmenso, os obligó a tal demostración con este vil gusano, con este blasfemo y enemigo vuestro? Pero, ¿quién pudo obligaros, fuera de vos mismo y los ruegos de Vuestra Madre y Esposa? Cuando yo ciego y en tinieblas Os perseguía, Vos, Señor piadosísimo, me salís al encuentro. Cuando iba a derramar la inocente sangre que siempre estaría clamando contra mí, Vos, que sois Dios de misericordias, me laváis y purificáis con la Vuestra y me hacéis participante de Vuestra inefable divinidad. ¿Cómo cantaré eternamente tan inauditas misericordias? ¿Cómo lloraré la vida tan odiosa a vuestros ojos? Prediquen los cielos y la tierra Vuestra gloria. Yo predicaré Vuestro santo nombre y le defenderé en medio de Vuestros enemigos.—Estas y otras razones repetía San Pablo en su oración con incomparable dolor y otros actos de ardentísima caridad y con humildad profunda y agradecimiento

265. El día tercero de la caída y conversión de Saulo habló el Señor en visión a uno de los discípulos llamado Ananías que estaba en Damasco (Act 9, 9ss). Y llamando Su Majestad por su nombre a Ananías como a su siervo y amigo, le mandó que fuese a casa de un hombre que se llamaba Judas, señalándole el barrio donde vivía, y que en ella buscase a Saulo Tarsense y que por señas le toparía en oración. Al mismo tiempo tuvo Saulo otra visión del Señor, en que conoció al discípulo Ananías, y le vio como que llegaba a él y con ponerle las manos en la cabeza le restituía la vista. Pero de esta visión de Saulo no tuvo noticia entonces el discípulo Ananías, y así

replicó al Señor y le dijo: Informado estoy, Señor, de ese hombre que ha perseguido en Jerusalén a Vuestros santos y en ellos ha hecho grande estrago y, no satisfecho con esto, ha venido a esta ciudad con requisitorias de los príncipes de los sacerdotes para prender a cuantos invocan Vuestro nombre; pues, ¿a una simple ovejuela como yo le mandáis que vaya en busca del mismo lobo que la quiere devorar?— Replicó el Señor: Anda, que ese mismo a quien tú juzgas por mi enemigo es para mí vaso de elección, para que lleve mi nombre por todas las gentes y reinos y a los hijos de Israel. Y puedo yo señalarle, como lo haré, lo que ha de padecer por mi nombre.—Y conoció el discípulo todo lo que había sucedido.

266. En fe de esta palabra del Señor obedeció Ananías y fue luego a donde estaba Saulo y le halló orando y le dijo: Hermano Saulo, nuestro Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me envía para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.—Con que se confortó y convaleció. Y por todos estos beneficios dio gracias al Autor de cuya mano venían, y luego comió y recibió el alimento corporal, que por tres días no había gustado. Estuvo algunos días en Damasco, confiriendo y tratando con los discípulos del Señor que allí vivían. Y postrándose a sus pies les pidió perdón, rogándoles le admitiesen por su siervo y hermano, aunque el menor y más indigno de todos. Y con su parecer y consejo salió luego en público y comenzó a predicar a Cristo por Mesías y Redentor del mundo con tal fervor, sabiduría y celo, que confundía a los judíos incrédulos que vivían en Damasco, donde tenían muchas sinagogas. Admirábanse todos de la novedad y con gran asombro decían: ¿Por ventura no es este hombre el que ha perseguido en Jerusalén a fuego y sangre a todos los que invocaban este nombre? Y ¿no ha venido a esta ciudad para llevarlos presos ante los príncipes de los sacerdotes?

Pues ¿qué novedad es ésta que vemos en él?

267. Cada día convalecía más San Pablo y predicaba con mayor esfuerzo, convenciendo a los judíos y gentiles, de manera que trataron de quitarle la vida, y sucedió lo que adelante tocaremos. Fue esta milagrosa conversión de San Pablo un año y un mes después del martirio de San Esteban, en veinticinco de enero, el mismo día que la celebra la Iglesia Santa; y era el año del nacimiento de Cristo de treinta y seis, porque San Esteban, como queda dicho en el capítulo 11 (Cf. supra n. 198), murió cumplido el año de treinta y cuatro y entrando un día en el de treinta y cinco, y la conversión fue entrado un mes del de treinta y seis; y entonces andaba Santiago en su predicación, como diré en su lugar (Cf. infra n. 319).

268. Volvamos a nuestra gran Reina y Señora de los Ángeles, que, con la ciencia y visión que muchas veces he repetido (Cf. supra n. 179), conoció todo lo que pasaba por Saulo: su primero e infelicísimo estado, su furor contra el nombre de Cristo, su caída y la causa de ella, su mudanza, su conversión y sobre todo el milagroso y singular favor de ser llevado al cielo empíreo, ver claramente la divinidad, y todo lo demás que allí en Damasco sucedía. Y no sólo era conveniente y como debido a la piadosa Madre que se le manifestase este gran misterio, por Madre del Señor y de su Santa Iglesia y por instrumento de tan nueva maravilla, sino también porque sola ella pudo engrandecerla dignamente, más que el mismo San Pablo y más que todo el Cuerpo Místico de la Iglesia, y no era justo que un beneficio tan nuevo y una obra tan prodigiosa de la diestra del Omnipotente quedase sin el reconocimiento y agradecimiento que por ella le debían los mortales. Esto hizo con plenitud María santísima, y fue la primera que celebró la solemnidad de este nuevo milagro, con el retorno posible a todo el linaje humano. Convidó la gran Madre a todos sus Ángeles y

otros innumerables del cielo y vinieron a su presencia, y con todos estos divinos coros hizo un cántico de alabanza, para glorificar y engrandecer la potencia, la sabiduría y liberal misericordia que en San Pablo se había manifestado, y otro a los méritos de su Hijo santísimo, en cuya virtud se había obrado aquella conversión llena de prodigios y maravillas. Y de este agradecimiento y fidelidad de María santísima quedó el Altísimo agradado y —a nuestro modo de entender— como satisfecho de lo que en beneficio de su Iglesia había obrado en San Pablo.

269. Pero no dejemos en silencio las conferencias que el nuevo Apóstol tuvo consigo mismo sobre el lugar que tendría en el corazón de la piadosa Madre y el juicio que habría hecho de conocerle tan enemigo y perseguidor de su Hijo santísimo y de sus discípulos para destruir la Iglesia. No nacieron estos discursos en San Pablo tanto de la ignorancia como de la humildad y veneración con que miraba en su espíritu a la Madre de Jesús. Pero no tenía entonces noticia de que la gran Señora estaba capaz de todo lo que por él había sucedido. Y aunque la consideraba y conocía tan piadosa, después que se le manifestó por medianera de su conversión y remedio como lo conoció en Dios, con todo la fealdad de su vida pasada le encogía, humillaba y causaba alguna cobardía, como indigno de la gracia de tal Madre, cuyo Hijo había perseguido tan ciega y furiosamente. Parecíale que para perdonarle tan graves culpas era menester misericordia infinita y la Madre era pura criatura. Alentábale por otra parte entender que había perdonado a los mismos que crucificaron a su Hijo y que en esto le imitaría como Madre. Dábanle noticia los discípulos de cuán piadosa y dulce era con los pecadores y necesitados, y con esto se encendía más en deseos de verla y proponía en su ánimo que se arrojaría a sus pies y besaría el suelo por donde ponía sus plantas. Pero luego

le confundía el pudor de ponerse en su presencia de la que era Madre verdadera de Jesús y estaría tan ofendida y vivía en carne mortal. Juzgaba si la suplicaría le castigase, porque esto le parecía alguna satisfacción, pero también le parecía no cabía en su clemencia tomar esta venganza, pues sin ella había pedido y alcanzado tan liberal misericordia para él.

>>sigue parte 19>>